

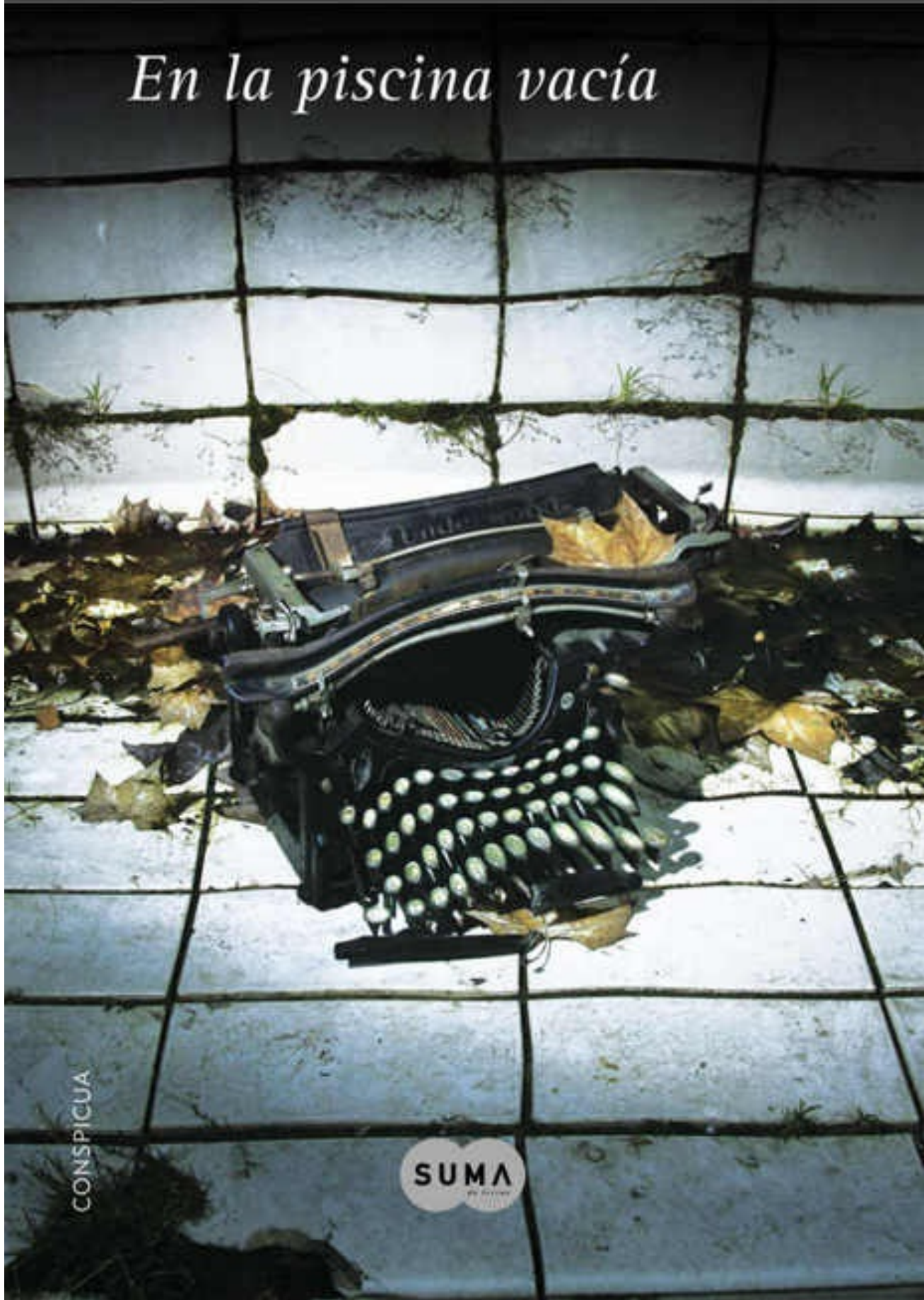
Félix Sabroso

En la piscina vacía

CONSPICUA

SUMA

de libros



Félix Sabroso

En la piscina vacía



www.megustaleerebooks.com

Índice

[Portadilla](#)
[Índice](#)
[Cita](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)
[Sobre el autor](#)
[Créditos](#)

«Entonces, se le ocurrió que dirigiéndose hacia el suroeste podía llegar a su casa por el agua. Su vida no lo limitaba, y el placer que extraía de esta observación no podía explicarse por su sugerencia de evasión. Le parecía ver, con el ojo de un cartógrafo, esa hilera de piscinas, esa corriente casi subterránea que recorría el condado».

JOHN CHEEVER, *El nadador*

Llevaba ya más de dos años sin escribir. Casi ni siquiera fantaseaba con hacerlo. Me había dedicado un tiempo, demasiado, a esa pequeña literatura oral que nos convierte en charlatanes de fiestas, sobreactuados de red social, manipuladores de las palabras en favor de un goce no siempre de ida y vuelta. Un intenso palabritas, sobrado y elucubrador. Un pesado a evitar, soportable solo a ratos.

Siempre conseguía eludir el papel. No quería bajar al sótano, aterrado ante el sonido que de allí me llegaba. No era un sonido, era un terrible olor que a duras penas conseguía disfrazar, un hedor sonoro como un grito podrido.

Pensaba a menudo que era cuestión de tiempo, de rachas, periodos de observación y reflexión, de etapas de llenado. Acumulando sin discriminar, como si todo fuese información, como si todo me sirviese alguna vez para algo en mi Diógenes absoluto. Amontonando vivencias apestosas, situaciones y miradas como bolsas de basura apiladas en los pasillos... Me castigaba y me toleraba al mismo tiempo. Siempre supe hacerlo, combinar indulgencia y autorreproche, mi cóctel favorito.

Pero en cada uno de aquellos días había siempre un momento para la decisión y la audacia, así me convencía de que estaba intentando remediarlo, de que arrancaría con la escritura por fin partiendo de cualquiera de las innumerables ideas que diariamente hacían en mí el camino de entrada y salida. Cualquiera de ellas, incluso la peor de todas. La satisfacción estaba solo en pensarlo: un goce neurótico, una fantasía analgésica y paralizante.

El cuerpo obedece con automática ferocidad y busca caminos para nuestros más titubeantes requerimientos, casi siempre en contra de nosotros mismos. El cuerpo gobierna y, atendiendo a ese deseo de volver a escribir, realizó algunos movimientos, intentando ponerle remedio de la única manera que sabía: haciendo más ruido aún, rompiéndolo todo y poniéndome en jaque.

Así, una noche en la que el olor estaba a punto de asfixiarme, mi cuerpo abrió las ventanas de par en par; y allí estaba él, husmeando, merodeando. Y yo, claro, lo dejé entrar.

Aún confundo el momento exacto en que entró en mi vida, pero está intacto el retrato mental que me hice de él. Era un torpe, un ambicioso, el muchacho sordo y mudo que tenía todos los nombres y ninguno. Ese idiota innecesario al que invitaría al festín con mi desdén de vampiro *amateur* y mi exceso de falso enamorado de la vida sin decirle que él era la única vianda.

Lo había visto ya antes, a distancia, y sabía lo que estaba haciendo. No eran, ni por asomo, pasos inocentes los suyos, pero los míos tampoco.

Comencé con algunas frases tontas y él respondió con algún cuestionable halago. Luego, un gesto suyo de prematuro desinterés fue decisivo para que afilase mis colmillos y me tirase en barrena a por él a una velocidad vertiginosa y cómica a un tiempo.

Se llamaba Víctor, como siempre humilde y pretencioso como el charol embarrado de un zapato que no está hecho para caminar y que sin embargo lleva ya el cuentakilómetros al límite. Podría completar la descripción pero lo cierto es que el dibujo a trazo gordo del idiota interesado saltaba de él a mí como las pulgas... Y nos fundíamos, o mejor, nos confundíamos, mezclándose nuestros rasgos de origen antagónicos hasta el mimetismo absoluto, como en esos videoclips con *morphing* de los noventa. Así, a veces yo era él y otras él era yo, a veces moría de pena por él y otras me lamentaba de mí mismo. En cuanto a él, también a veces le ocurría todo, pero casi siempre nada.

Podría dedicar más tiempo a describir con detalle todos los episodios de esta breve relación que venía a colmar el vaso, a provocar un equilibrio a través de un gran desastre, a cambiar las cosas quizá o a desmontarlas definitivamente para que nada se moviese. Podría contarle, disfrazando hábilmente las obviedades, porque tengo cada instante de aquellos escasos dos meses minuciosamente elaborado y, por supuesto, reinventado: cuando el idiota se hizo listo, cuando yo me volví idiota, cuando manipulé triunfante, cuando me dieron la vuelta, cuando creí amar, cuando jugué sin piedad, cuando creyó amar él, cuando me despreció, cuando se sintió despreciado, cuando nos reímos todos de él, cuando él se rio el último...

Pero definitivamente esto no es una canción de amor, hablamos del egoísmo y sus excelencias, así que el relato exige a gritos una elipsis.

Se trataba de un asunto de dos tan intenso como común, tan brillante como repetido, de tal manera que todo el que fuese ajeno a aquella borrachera emocional, es decir, todo el mundo excepto yo, lo encontraría, sin duda, eludible, inútil, soporífero y no pasaría de estas primeras páginas. Malos tiempos para cuentos de amor con el único y endeble fin de emocionar, para historias esperanzadoras que no han sido desvirgadas por venenosos puntos de giro, para páginas y páginas de dulce retrato preñado de eficaz empatía pero sin cargas de dinamita ocultas tras cada punto y aparte. Nada de eso. Voy a ir a lo que considero sin duda el verdadero arranque de la cuestión. Daré un salto mortal para situarme directamente en el momento en que maté a Víctor. Aquella imborrable noche en la que destruí a ese muchacho de tal modo que no lo reconocí ni su madre.

Comienzos exagerados de eyaculador precoz. Siempre me pongo el listón muy alto para así defraudar y defraudarme, creando para mí mismo un apacible fracaso, una emoción familiar que me devuelve al mismo lugar: ese narcótico confort donde siempre me rindo, me inmovilizo y apago el ruido.

Destrocé a aquel muchacho de tal modo que no lo reconoció ni su madre. ¡Qué exageración tan resultona!

Soy un gandul acomodado con ínfulas de roquero que confunde a la audiencia haciéndole esperar algo más audaz, incorrecto y emocionante de lo que en realidad fue: ni un crimen de pasiones del hemisferio sur, ni el de un psicópata descuartizador, ni el de un escritor asesino con complejo de Dios —creador y destructor, filosofía y metáfora del mundo que se desmorona, la podredumbre de la sociedad del éxito, ego y naturaleza creativa—. Nada de eso. Fue solo un torpe accidente: no conduzco bien, no conduzco nada y había bebido tanto como una comunidad autónoma.

No estaba colérico ni desesperado, no se me había colmado el vaso, aún no estaba a punto para la revolución que posteriormente protagonizaría. Solo fue una llamada de atención, un tráiler promocional, una actuación histórica e innecesaria: me largaba de la fiesta de cumpleaños de Adriana, mi editora, tras discutir con ella — desacuerdos y amenazas— y después de una sobredosis de impertinencias de Víctor.

Pero la fiesta la dejamos para luego. Ahora vamos al accidente: a la rueda que marcha adelante y atrás, al neumático chirriante, a mi mano errada titubeando con las marchas, quemando el mecanismo, a su cabeza arrastrándose por el asfalto, al *chof* de cucaracha aplastada, al ruido de la máquina cuando cruje al ser.

Le había pedido las llaves de su coche. Nos conocíamos hacía apenas dos meses y era nuestra primera fiesta juntos, pero él ya sabía perfectamente que yo no conducía nunca y se hacía evidente que estaba muy borracho. Aun así me las dio. La indolencia y la irresponsabilidad impidieron que Víctor dudase ante mi solicitud, muy propio de una generación en la que debieron verter sosa cáustica sobre el neurotransmisor encargado de la empatía con el prójimo.

Salí de aquel chalé —oda tantas veces repetida al siglo XX y sus excelencias decorativas— haciéndome notar, interpretando el orgullo, la altivez y la radicalidad de alguien que hubiese llegado a una suerte de conclusión iluminada: una tontuna en contra de todavía no sabía qué... Como pude llegué al coche y, tampoco sé cómo, conseguí meter las llaves en el contacto. El equipo de música se activó enseguida, saturando y aniquilando más si cabe mi percepción del entorno. Sonaba un CD del chico, una macarrada infumable. No lo apagué. La sentí de pronto como la banda sonora perfecta para dar contenido a mi terrorista interior; en ese momento yo era Víctor. Y probablemente también Víctor fuera yo, porque hizo lo que sin duda hubiese hecho yo mismo: seguirme arrepentido hasta el parking.

En nuestros escasos encuentros esos habían sido los pequeños gestos que yo interpretaba como amorosos, no había otros a los que asirse. Así se construía nuestro endeble y engañoso asunto. Víctor me siguió preocupado y a mí, subjetivo como mi oficio, estos cuasigestos me ponían hasta el culo de endorfinas. Probablemente solo pensó —porque efectivamente alguna vez pareció hacerlo (más por fría templanza que por común proceso reflexivo)— en cómo coño volvería a su barrio desde aquella urbanización tan irritantemente desubicada, o quizá temió que me cargara su coche, su única y más preciada propiedad: una chatarra patria de tercera mano.

Di marcha atrás. No lo vi, nunca lo veía y esta vez tampoco.

No supe qué era lo que se había enganchado, primero a las ruedas y luego al chasis inferior. Lo arrastré una y otra vez. En lugar de frenar, debí de concluir que la mejor manera de deshacerme del bulto sería superarlo, pisotearlo hasta que se soltase. También soy así, cuando la cago insisto hasta la gran cagada y remato... No fue tan fácil mover el vehículo adelante y atrás, pero seguí hasta acabar envolviéndolo todo en humo. Por fin me detuve y bajé del coche. Allí estaba Víctor: sus zapatos pretenciosos me eternecieron. Me di cuenta por primera vez de que los llevaba para buscar mi aprobación, otro gesto que sobreinterpreté nuevamente como mudo acto de amor.

Así, antes del horror, primero sentí lástima de aquel pobre hombre que en ese momento era yo; antes del horror, me cupieron incluso las milésimas irónicas, el chiste que enciende la culpa inmediata y te obliga a recular sobre ti mismo. Una casi risa ante sus delgadas piernas saliendo por la parte trasera del vehículo: una imagen de dibujos animados, el coyote aplastado.

¿Por qué no gritó? ¿Por qué cayó inerte desde el primer instante como un saco de patatas?

No somos de piedra y, aunque recorramos carreteras secundarias ante el dolor —humor, escepticismo, lástima—, al final, en estas situaciones, de un modo o de otro, siempre acaba teniendo lugar la única posible emoción de resultante lógica: el horror absoluto.

Vomitó, me cegó y caminé por las calles oscuras de la urbanización hasta poner entre ambos toda la distancia posible. Pero no la suficiente. Víctor se quedaría conmigo mucho tiempo.

¿Cómo llegué hasta el centro y hasta mi casa desde aquella colonia periférica? Eso es otra elipsis. El caso es que llegué y no debí tardar tanto porque la enajenación nerviosa no me había abandonado aún...

Así comenzó todo: el pánico, la espiral de errores, las hojas de periódico tapando las ventanas, el fantasma maltratador, la locura absoluta... Pero rebobinemos hasta Adriana, mi editora, su cumpleaños, la fiesta y un grabado de Bacon.

*This is not a love song
happy to have not to have not
big business is very wise
I'm crossing over into enterprise.
P. I. L.*

Adriana quiere que siga siendo el mismo. Que siga sorprendiendo siempre con lo mismo. No sorprendiendo pues.

—Diviertes, vendes, nos contentas a todos. Si tienes problemas con eso duda de ti mismo, y si dudas mejor no cambiar nada.

Ganábamos dinero juntos, disfrutábamos las mieles y jugábamos con la amistad, con palabras de fidelidad. Coqueteábamos con una intimidad basada en la repetición de los encuentros pero no en la profundidad de las cosas.

Adriana siempre ha estado y yo también: cumpleaños, vacaciones, navidades, muertes de madres, un divorcio espeluznante (de ella), alguna enfermedad más o menos complicada, una operación (mía), demasiadas fiestas, infinitas veladas de levedad occidental ... «Eso es una amistad», pensaréis, y pedir más suena a insatisfacción caprichosa, pero, en realidad, yo sé que no y ella también. No estamos en comunión absoluta y nunca lo estuvimos. Podríamos despacharnos muy a gusto el uno con el otro, sin el otro o contra el otro a poco que cualquiera se ofreciese a encendernos la mecha. Lo nuestro es algo que perdura en la más insufrible de las ligerezas. Negocios, en definitiva, con gestos de esos que busco siempre y que lo hacen todo más fácil, pero negocios.

—No sé qué haría sin ti.

Lo dije solo una vez, ni antes ni después. En una película hubiese sido más que suficiente para darle sentido al resto: menos es más y todo eso. Pero la vida real precisa de la repetición para confirmar la veracidad de cualquier asunto. En la vida, un único hecho extraordinario, por aislado, confirma su contrario.

«No sé qué haría sin ti». Tuve que recordar muchas veces sus palabras a falta de poder volver a escucharlas. Dureza, escepticismo, practicismo y sentido crítico. Adriana y yo presumimos de nuestros peores prejuicios sin tapujos, nos reforzamos con ellos. Pero siempre me pareció que ambos escondíamos mucha debilidad humana. Ella era incapaz de verbalizarla o siquiera pensarla pero a mí, sin embargo, me hacía escribir como un tumor cuya existencia ocultase, como un mal gusto inconfesable.

No podía más con Adriana, pero no debo atribuirle a ella toda la culpa: ambos teníamos la información precisa sobre nuestra incapacidad mutua para querer y teníamos elaborada esa carencia. Podría haberse sostenido nuestro acuerdo, debería haber podido sostenerlo y de hecho así lo hice mucho tiempo, pero hablamos del año en que yo lo reventé todo. En realidad había conseguido reconocer el problema de base muy pronto: si alguien te hace ganar mucho dinero, te lleva de la mano a la primera línea de combate y te mantiene allí mucho tiempo, es muy fácil fantasear sobre cómo sería caminar a solas y echarle un pulso al otro para ver quién puso más. Lo supe casi desde el principio, pero comprenderlo ya no me aliviaba. Una incesante guerra fría nos había envuelto siempre, pero solo a mí parecía estorbarme últimamente. Solo yo percibía el olor a podrido: una cárcel, un zulo, un secuestro, una muerte en vida.

—Eres muy exagerado, entiendo que eso es lo que te hace ser quien eres: una mirada. Pero deberías poder diferenciar: diviertes, vendes y nos contentas a todos. ¿En serio tienes problemas con ser tú o lo haces por seguir presumiendo de audacia ahora que te acercas a los cincuenta?

No hay nadie más detestable que aquel que te empuja y contribuye a que superes tus propios límites.

Adriana siempre celebraba su cumpleaños. Estaba contenta, nunca diría que feliz, ella tampoco, pero poseía un buen humor tenso y sostenido que la hacía eje social de un círculo, amplio pero concreto, que incluía escritores y gente de éxito en general. Existía entre todos ellos, claro, un cierto denominador común ideológico, aunque en este asunto se podía llegar a ser más laxo si el fenómeno del éxito era sólido y prolongado. Admitíamos, en ocasiones, gente que se daba de bruces con nuestro pensamiento, y no creíamos que eso lo debilitara: al contrario, creíamos que nos servía para reforzarlo.

Visitantes intermitentes con quienes luego cebarnos y a quienes desmontar tras un periodo más o menos corto de relación. Adriana era, pues, una promotora, una celestina, una intermediaria, una lista insaciable, un trampantojo de mecenas: una tipeja adorable.

Cuando supo de mi intención de cambio, de mis ínfulas autorales, tardó muy poco en querer aniquilarme. Pero, señores, yo escribo. Mi neurosis principal consiste en adivinar cuál es el siguiente paso en las líneas argumentales y vi venir la subtrama de Adriana. Me adelanté.

Ya hacía meses que estábamos en pleno incendio y, como me apetecía una mierda ir a su cumpleaños, me presenté con Víctor para hacer un poco el tonto. La soberbia del chico, su impertinencia, su juventud y su carga defensiva lo convertían en el convidado idiota, el blanco más fácil pero también en un arma de destrucción masiva.

Nadie lo conocía, era el pulpo en el garaje, y yo el elefante en la cacharrería. Aquella noche no se sabía muy bien quién desentonaba más de los dos: yo borracho y a la contra y él con unos zapatos que oían a petróleo y abrumado. Aún no podía conocerse con exactitud quién de los dos iba a ser el francotirador que arremetiese contra los cuerpos en movimiento. Nos estábamos poniendo en evidencia y nadie pestañeaba porque mis amigos pueden con el desorden. En realidad van de poder con todo, de bregar desde el otro lado.

«Unos sobraos» según Víctor. Completamente de acuerdo con él, aquel año sí.

—¿Quién es este? —La pregunta de Adriana casi lo ponía de patitas en la calle.

—¿No te lo había contado? Tendría que haberte advertido, es Víctor, llevamos dos meses viéndonos y está cambiando mi vida.

—¿La tuya y la de cuántos más?

Adriana es muy reactiva a las confesiones afectivas, así que insistí convencido de que, aun sin crearme, le contrariaría igualmente.

—Creo que me estoy enamorando.

Entonces Adriana me contestó con la eficacia tantas veces probada del mutismo absoluto, abandonó la conversación y se fue de cabeza a abrir el regalo de su marido, que acababa de entrar sonriente y cargando con un enorme rectángulo envuelto en papel de estraza: condescendencia y docilidad hasta el paradigma.

La presencia de Víctor había causado en Adriana el efecto esperado: un revulsivo, un zarpazo de retorno en venganza por algo que yo aún no podía concretar.

Pero casi siempre que maniobro demasiado, y me pasa mucho, el tiro encuentra su camino natural en la culata: el chico se sintió tan fuera de lugar como observado, tan ridículo como requerido. La receta perfecta para un explosivo casero: desprecio y deseo a un tiempo. Víctor no resultó ser mi aliado para el embate, jugamos a destiempo y sin estrategias. Había pensado que sería sencillo que me siguiera los pasos, confié demasiado en mis habilidades de manipulador y me equivoqué: Víctor comenzó a rebufar y, en lugar de adherirse a mis objetivos terroristas, hizo la guerra en solitario y, lo que es peor, contra mí.

—Arranco por piernas, me piro, me borro, me largo de aquí cagando hostias.

Ese tipo de chicos tienen poco verbo, no lo encuentran útil, pero este se multiplica espontáneamente en impensables sinónimos cuando se trata de escurrir el bulto... Me insultó, adjetivando también mucho, acusándome de haberlo llevado allí únicamente para que mis amigos se burlasen de él. Intenté negarlo pero, no sé por qué, me entró risa, y eso, claro, me restó credibilidad.

Empezó a pegar gritos, a ridiculizarme y no sintió la necesidad de hacer ningún aparte, ni siquiera cambios de volumen; se explayó ante todos, como en esas películas americanas en las que encuentran aún tan resultón que los *high-lights* de intimidad sentimental se produzcan siempre en presencia de una audiencia masiva y a ser posible con micrófono. Tan eficaz como vomitivo e inverosímil.

Para rematar el desparrame de sandeces, Víctor afirmó a gritos que allí lo único que querían todos era comerle la polla.

«¿Todos? ¿Hasta el exmarido de Adriana?», pensé.

No digo que no cupiese ese deseo en el abanico de posibilidades de alguno de los invitados, pero no era ni por asomo lo único que ese tipo de gente ambicionaba. Las prioridades en la vida de nuestro grupo se habían sofisticado lo suficiente para que la querencia fálica, no digo que no existiese, de ningún modo representase un anhelo exclusivo. Tras la perla de Víctor, se creó un silencio, pero no incómodo, sino como la pausa previa a una carcajada general y unánime que no se produjo porque Adriana entonces, experta también en puntos de giro, rompió de un solo tirón el papel que envolvía el regalo de su ex como quien descubre una placa. El regalo era un grabado de Bacon. Una de esas expresiones retorcidamente emborronadas: grises y marrones en impertinente dinamismo.

Aquello terminó de convulsionar al chico, que amagó con opinar a la contra del atormentado no-personaje. Su impertinencia podría haber gustado en otro momento, hubiese entretenido. Incluso podría haber sido incentivada para que el idiota se creciese en opiniones desafortunadas y divertidas, pero se decidió tácita e improvisadamente que Bacon no admitía aún la burla escéptica, no de momento, y desde luego no en aquel momento. Adriana solo tuvo que mirarme y yo, a destiempo y sin fortuna verbal, más torpe que Víctor —ya en Víctor fundido—, la insulté y la mal describí con un saco de tópicos similares a un discurso *auténtico*: una ridiculez. Se produjo más silencio, esta vez sí, incómodo. Luego requerí las llaves del coche, me fueron entregadas y lo demás ya lo sabéis.

Hemos desafiado todas las leyes a base de hacer el tonto. Hemos relajado la cuestión hasta atrofiarla. Ya lo sabíamos todo y creíamos que era cuestión de disfrutar despreciando nuestro propio saber. Estábamos tan de vuelta que inventamos la Ley de la levedad.

Llegué por fin a la casa. Nunca había pensado en aquel piso como mi lugar en el mundo. Un decorado más o menos acertado donde se amontonaban pertenencias de acumulador sin complejos: cajas cerradas, cuadros por colgar, ventanales sin cortinas, ausencia total de elementos decorativos. Mas de diez años ya y aún en la provisionalidad del recién mudado. Un espacio que no había sumado las escenas suficientes para convertirse en un hogar, aunque en su momento lo hubiese concebido, ingenuo e impotente, con tales fines: superávit de sofás, biblioteca en rascacielos, cine en casa, cama enorme, chimenea, comedor para una docena de invitados... Pero ya digo que no ocurría nunca nada allí que pudiese relacionarla con la idea de refugio, madriguera, escondrijo, reducto del yo. Ni cenas, ni fiestas, ni amor; ni siquiera, en intimidad, disfrutar del fortalecedor ejercicio del introspectivo pensamiento. Por eso, supongo, nunca decía «vuelvo a casa» o «me voy a la casa». Para referirme a ella siempre decía «la casa».

Aturdido me encogí en el sofá de mi despacho frente a mi mesa de trabajo. Las libretas amontonadas, recortes, papeles, carpetas, ceniceros, lápices y ordenador. El desorden de alguien dedicado en cuerpo y mente a la escritura. Un decorado que de nuevo mentía. Una imitación, un despistado resultado en realidad de nada.

Miraba aquel escritorio, mis ojos como platos, como si el espacio me hablase —por los codos y a gritos— del futuro inmediato. No pude más. Un rato, ni siquiera lo recuerdo, creo que me desmayé dormido, no sé cuánto tiempo. No fue un black-out total, al contrario, continuaba el torbellino. La cabeza sumando imágenes, palabras reiteradas, como en los duermevelas de las sustancias, mantras cabezones sin ambiciones de elevación, indigestión informativa: los zapatos, el humo, la sangre, Adriana, palabras en courier 12, la culpa, Bacon, el papel de estraza, la polla, el alcohol, las llaves, ¿por qué no me callo?, ¿por qué no se calla?, ¿por qué Adriana no dice nada?

No podía abrir los ojos a pesar del ruido y las náuseas. Un finísimo hilo de control aún intentaba detener el arrastre de la oleada mental, respondiendo con un monólogo que solo servía para espesar más la marea: «Por favor, silencio, por favor, cállate un poco...». Hubiese sido mejor permanecer despierto, yo ya lo sabía, pero tiraron de mí, me había dormido sin poder evitarlo.

No había aún amanecido cuando el asunto se había apoderado ya del cuerpo como único escenario: el corazón se me salía por la boca, me ahogaba, un infarto, un frenazo en seco de todo el sistema. Pensé que no sería capaz de moverme pero conseguí llegar hasta el teléfono. Los dedos pudieron marcar el 112. Enseguida una voz femenina me anunció las urgencias.

—Me muero —pude balbucear.

Debí sonar convincente porque la voz dio curso de inmediato a mi llamada con la diligencia de un pasado recientísimo donde anhelos de bienestar trataban de organizarse para imponer sus formas. Pero la feliz acogida duró poco: una doctora con otro acento, una profesional del NO, una mujer de hoy en día. Pensé en venganzas inmigrantes: ineptas sin papeles a la contra de todo... Vivo en una atmósfera tan liberada de prejuicios xenófobos, tan incuestionables, que lo fácil y común es acabar teniéndolos. Es lo que tiene estar de vuelta: te relajas, das rienda suelta y cualquier asunto hace su camino de regreso reforzado. Se llama envejecer.

—Me muero —repetí, convencido de la eficacia de la aseveración tras los resultados anteriores. Pero intentar repetir un éxito es en sí mismo un fracaso, esto forma parte de las leyes del mercado y yo debería saberlo muy bien. La secuela no funcionó.

—¿Qué le ocurre exactamente?

—¡Que me muero!

—¿Me puede describir concretamente qué le ocurre?

—¿Que describa?

Pedirme que describiese siendo escritor era como obligarme a hacer deberes. Ningún profesional es capaz de hacer mal aquello para lo que está cualificado: la solicitud me obligaba a analizar, elaborar y construir y yo solo quería una ambulancia.

—¡¡U-NA AM-BU-LAN-CIA!! ¡Me muero!

—Si va a morir o no preferiría valorarlo yo. Describame los síntomas.

—¡Mande una ambulancia, hija de puta!

—Como vuelva a insultarme le cuelgo el teléfono.

Su amenaza me detuvo y me pensé lo de volver a replicar. Quería cagarme en su boca, pero no me podía permitir que colgase. Me di unos segundos más. Los suficientes para que —pensaba— al oír mi respiración ahogada, se ablandase y retomase ella la amena conversación.

—¿Sigue ahí?

La dejé ganar y ganó: opté por describir.

—Me ahogo, no puedo respirar, mi corazón va muy deprisa, puedo oírlo sin tocarme el pecho, creo que suena en todo el edificio.

Lo del edificio, de haberlo escrito, en una segunda pasada lo hubiese eliminado. Mi hiperbólico modo de asociar ideas se sofoca casi siempre en edición. Pero es lo que tiene la palabra hablada: tan efímera e intangible como imborrable.

—¿Siente algún dolor en concreto?

—Sí. Me ahogo. ¿Puede enviarme una ambulancia?

—No, me ahogo no. Digo un dolor.

—¡Es usted una cabrona!

—Le cuelgo —amenazó.

—¡No, por favor!

—¿Algún dolor? —repetió por tercera vez invitándome a concluir.

—Dolor, lo que se dice un dolor, no. Pero en mi caso es normal, yo nunca sufro de dolores.

—¿Es la primera vez que tiene una crisis de ansiedad?

—¿Una crisis de ansiedad? —Volví a esperar unos segundos para no perder los nervios, pero retomé enseguida y los perdí.

—¡¿Crisis de ansiedad?! ¿Qué quiere?, ¿ahorrarse la puta ambulancia? ¡Pago mis impuestos, cerda! ¡Te pago a ti para que mandes dinero a tu país!

Lo hizo. Colgó. Yo, en respuesta, me dejé caer al suelo, sobreactuado, como si ella pudiese ver cómo me derrumbaba y pudiese sentir algún tipo de culpa.

Yo, mi espectador, mi enfermero, el único amigo que se compadecía de mi patética situación.

Ya empezaba a darme cuenta de que nada serio me ocurría en realidad cuando volvió a sonar el teléfono. De nuevo la voz amiga, la primera en atenderme, la que sí creyera en mi muerte inminente, me aseguraba que un médico se acercaría a mi domicilio a la mayor brevedad.

Creo con fervor en todo lo que imagino que puede llegar a pasar. Vivo sobremotivado por mis propias conjeturas hasta el agotamiento. Escribo por esta sobredosis de fe y, por la misma razón, dejé de hacerlo.

Nunca llegó el ansiado oficio, solo estímulo, estímulo, estímulo... He sido joven demasiado tiempo. Pondré un ejemplo: tras colgar el teléfono, me asaltó caprichosamente una imagen de mí mismo perdiendo la consciencia y muriendo sin poder abrirle la puerta al médico, me bastaron únicamente unos segundos para que la elucubración se convirtiese en verdad irrefutable. Ni anciano prolífico, ni joven promesa; iba a morir en una absurda edad mediana que no dice nada y con un profesional de la salud aporreando mi puerta. Entonces pensé que hubiese sido mejor llamar a los bomberos.

Convencido de la llegada inminente de mi desmayo, me añadí un abrigo a lo puesto y bajé a esperar mi socorro al portal. Cada vez menos aterrado pero aún un niño, un eterno niño tenso, inexperto, que lo convierte todo en un ejercicio extenuante.

La luz del portal se encendía y se apagaba cada minuto y medio: conté mentalmente y concluí esa cifra a ojo.

Contabilizo casi todas las cosas: los pasos hasta el café de la china, los segundos en llegar al quiosco, las baldosas del baño... Pero carece de interés. Una neurosis tantas veces mencionada que no me añade nada nuevo. Cuento también mis pulsaciones, simplemente situando mi mano en el pecho. Mis empirismos son siempre chapuceros pero a mí me sirven. Me doy mucho crédito, ya lo dije antes. Sí, también me repito mucho.

Él médico no llegaba nunca. ¿Me dejaban para el último? ¿Consideraban mi caso menos urgente?

Pensar esta posibilidad, claro, tranquilizaba mis temores pero al tiempo también me ponía colérico. Modos occidentales: sobrevivir es importante, sin duda, pero por encima de todo soy un cliente. Ser un cliente reconforta a los ansiosos, es como llegar a casa. Cualquier otro rol implicaría tomar responsabilidad sobre uno mismo, admitir un abismo autogestionado: un suicidio.

A esas alturas mi ritmo cardiaco había bajado hasta alcanzar de nuevo la normalidad. No quería defraudar las expectativas de gravedad que había anunciado. Si ellos ya habían descartado de primeras trasladarme a un hospital, al menos tenía que conseguir que me proporcionasen un buen dopaje. Tengo en la casa todos los tranquilizantes posibles, pero supuse que, ante un pánico rotundo, los de urgencias me chutarían un viaje más seguro y contundente. La *Regina mater* de los ansiolíticos: una anestesia en toda regla, de esas que no se tienen en casa y que matan a las estrellas musicales. Debía merecer la inyección, así que mi misión era sostener la crisis de ansiedad hasta la llegada del servicio de urgencias.

Comencé primero a agitarme con pensamientos negativos, a sobreestimar mi aprensión de modo artificial; conmigo esto funciona. Incluso dejé de respirar para conseguir que aumentasen de nuevo las pulsaciones. Estaba tan ocupado con las consecuencias que mi cuerpo experimentaba que durante un rato no pensé en la causa original: Víctor y el torpe atropello. Ya habría sido descubierto su cuerpo, ya estaría frío. Pero yo no estaba en ese asunto. Ahora se trataba de mí. ¿Cuándo no? Al pensar que no pensaba en Víctor, pensé en Víctor y, ¡mano de santo!, la taquicardia y la ansiedad estaban allí de nuevo y ahora en su máximo esplendor. La culpa, ¡qué gran herramienta multiusos!

Cansado de levantarme del escalón para darle al interruptor, dejé de hacerlo. El médico llegó cuando ya llevaba un rato a oscuras. Oí el sonido del timbre en el portero automático.

—¡Aquí, aquí! —baluceé para llamar su atención desde el interior.

Un hombre desgarbado, larguirucho y de manos enormes empujó el portalón y, en lugar de entrar directamente, se mantuvo allí unos segundos, enmarcado por el contraluz de la calle. Teatral y expresionista.

—Mi nombre es Cornel, soy el médico de guardia.

Cornel poseía un levisimo acento del este, tan imperceptible y sutil que concluí que era rumano. Cornel me observaba, y así permaneció unos segundos, con un viejo maletín de cuero en la mano, como un torpe y gigante Frankenstein ante su víctima. Yo, sentado allí en el suelo, hecho un gurrúño, pobre, pequeño, semiiluminado por el haz rectangular que recortaba el espacio desde el exterior. Pensé en eficaces sustancias de farmacéutica soviética, en torturas y venganzas, en la decadencia del sistema del bienestar, en la fealdad y en los tejidos acrílicos. Así, hubo un brevisimo momento en el que ambos nos mantuvimos en silencio. Respiré entonces angustiado, intentando ser gráfico a la hora de transmitirle mi estado, pero pensé enseguida en medir mi actuación. Él, con paternal condescendencia pero sin rendija de duda, me propuso subir a la casa. Sentía tanto alivio ante su asistencia que en ese mismo instante le hubiera suplicado que se quedase a vivir conmigo, encerrados los dos, muy sedados para solo dormir, rendirnos y nunca más estar solos. Era mi salvación y mi único soporte: aquel interino de pantalón de tergal, gafa engrasada y templada seguridad era lo único cierto, cercano y sólido.

Subimos a la casa. Los dos en el lentísimo y mal iluminado ascensor. Una extraña fugaz convivencia. Su expresión de hombre rumano y el mortecino fluorescente componían un todo coherente. A mí esa luz, en cambio, me mataba. Nunca conseguí que la comunidad la cambiara. Es fácil rebelarse a las solicitudes de un redicho.

Rompí el silencio y empecé a preguntar con desparrame confirmando que era rumano, de un pueblo a una hora de Bucarest, que llevaba diez años en España, que solo cinco en la Seguridad Social, que no tenía hijos, que no estaba casado, que no iba nunca a Rumanía, que no le gustaba España, que no, que no, que no... y un sí: leía mis novelas. Hubiese seguido preguntando pero me paró en seco.

—No se agite más. Silencio ahora.

Yo me callé y pensé en lo acogedora que era la obediencia si esta era puesta en práctica con la esporádica asiduidad de un hobby.

El enorme Cornel permanecía sentado a los pies de mi cama esperando pacientemente que el sueño me venciese como un padre firme y tierno, mientras yo diluía una píldora sublingual.

No suelo captar con facilidad la ternura con la que soy habitualmente tratado y, en caso de reconocerla, no sé muy bien qué hacer con ella. Suelo exigirla con mi actitud, darla por hecho y una vez obtenida puedo llegar a resultar cínico y despreciativo. Luego, haciendo uso de una simpática culpa, obtengo el perdón y se me vuelve a querer siempre: soy un entrañable cabrón.

Lo que en realidad pretendía con mi pataleta era pasar el tiempo suficiente fuera de juego para que el involuntario asesinato del chico y sus consecuencias se diluyesen por arte de magia o pasasen a otras manos o, en definitiva, hallasen, por ignorancia y torpeza policial, otros móviles esgrimibles que me mantuviesen completamente al margen.

Los criminales ponen siempre kilómetros entre sus errores y ellos mismos, yo, sustancias: la fuga química. Un escondite seguro. Yo había insistido en una inyección, algo en vena que me dejase fuera de juego sin lugar a titubeos conscientes y por unas buenas horas.

—Esto no va a anestesiar-me, necesitareé algo intravenoso.

Cornel sonrió y aseguró que esa pastilla era suficiente para dejarme K. O. Lo dudé, lo negué y empecé de nuevo con la verborrea en contra. Cada vez más lento. La lengua gorda. Yo no advertía en mis palabras atisbo ya de ironía, no estaba ya para brillar, pero así me interpretaba Cornel, porque se reía ante todas mis aseveraciones.

No es que el rumano ofreciese en respuesta juegos verbales que denotasen agilidad mental, pero su templado silencio me hacía atribuirle inteligencia y densidad interior. Siempre he considerado virtuoso al que se mantiene callado. Es un juicio que me ha inducido a error en muchas ocasiones. He sobrevalorado a mucho idiota introspectivo y aun así, tras desenmascarlo, he seguido otorgándole virtud por su condición de simple mortal silencioso: una especie en extinción en mi ecosistema.

Tras asumir las decepciones, finalmente he concluido que prefiero a mi lado tontos calladitos que listos parlanchines. Ya estoy yo para hablar. ¿Quién no anhela un poco de antagonismo?

—¿Te callas porque observas o porque no tienes nada que decir? ¿Eres muy listo o muy tonto, doctor rumano?

Cornel contestó nuevamente con una sonrisa, insistiendo en evitar el verbo.

—Hoy vengo del infierno —añadí, intentando epatar.

Más silencio.

—Sois odiosos los que os comportáis así. Es como si con vuestro silencio os reservaseis el derecho de admisión. Engañáis con eso, vendéis aire.

Cornel insistió en callarme de nuevo llevándose el dedo a los labios. Pensé, claro, en esa enfermera de los carteles de los hospitales. Entonces por fin comenzó a hablar. De mis novelas. Las había leído todas pero no se deshizo en halagos. Habló de la pertenencia de las ideas. Arrancó con un lugar común: todo eso de que, una vez que se lee algo con lo que se siente identificación, de algún modo pasa a pertenecerle al lector. En cualquier caso, expresó bien aquello de la obra abierta, bla, bla, bla... Una democratización cargada de razón, no digo que no, pero que, a mi parecer, estimula las fantasías de potencia creativa del hombre gris. Pensé en lo cabrón y facha que puedo llegar a ser y, justo en ese momento, la pastilla empezó a hacer su verdadero efecto, porque esta idea no me llevó a otra sino que se diluyó en un fluir de escucha: el doctor rumano, Cornel, hablaba al fin sin parar.

—Si me permite decirle, me parece que hay una invitación a un gran viaje contenida en sus historias. Un camino no recorrido. Como un apunte de grandeza disfrazado de levedad que nos mantiene a la espera a los que leemos todas sus novelas. ¿Tendremos que conformarnos con imaginarlo o va usted a escribir alguna vez de verdad?

Me estaba durmiendo ante los ojos de un desconocido que venía a darme las palabras-estocada. Como una conspiración orquestada. Mi terror se había convertido en un pobre borracho que se tambaleaba débil y, aunque no podía ya conmigo, había vuelto a asomar el morro ante las osadas palabras del rumano. Fantaseé desordenado mientras me adormecía: me imaginé manipulado, como un espía capturado que toma consciencia de su peligrosa situación cuando ya está bajo el efecto de una intensa droga. Sin fuerzas, amenazado. Me vi torturado, golpeado, me vi con una bolsa de plástico en la cabeza, me vi a mí mismo empujado a un abismo oscuro y vi la cara de Cornel mirándome desde la cima. Gran angular y risa vengativa. Entonces cerré los ojos ya del todo y no sé si las dijo o las imaginé, pero creo recordar estas últimas palabras:

—Esperamos por ti.

Negro total. El sonido del portazo no consiguió rescatarme del sueño profundo. El doctor rumano se había marchado con su misión plenamente cumplida, sin fisuras.

Sé que estoy arrastrando el asunto y desatendiendo expectativas. ¿Hablamos del chico? ¿Qué ocurrió cuando hallaron el cadáver? ¿Por qué a estas alturas la policía no estaba aporreando mi puerta?

«Quizá no lo matarás, pensaréis. Lo hice. «Entonces, ¿cómo es posible que retrase la subtrama policial?». Sencillamente porque no va a haberla: ya advertí que esto iba del egoísmo y sus resultantes. No vamos a dar paseos innecesarios pero tampoco deseo provocar la insatisfacción de lectores tiquismiquis que buscan página tras página lo que se ofuscan en obtener. Así que voy a resolver preguntas de modo breve dedicando este único capítulo al asunto. Poco más de mil palabras sobre los hechos y su resolución para poder centrar la cuestión en su escenario natural y casi único: la casa, a la que, después de lo que estaba a punto de vivir, iba a poder referirme por fin con total seguridad como MI casa. Un vibrante territorio de grandes momentos: pensamiento, creación, milagro, emoción, vida íntima y esencial, terror absoluto y destrucción.

Siempre he sido mimado por la fortuna o, mejor dicho, los demás siempre han visto en mí a un hombre con suerte. Estoy muy lejos de creer en conceptos tan mágicos, pero, sin embargo, me encanta considerarla uno de mis aliados.

Hasta en los momentos más oscuros siempre ha habido un foco de luz apuntando a mi plano, pero sé que no es azar. La suerte es solamente para los que no la tienen y, por lo tanto, tampoco para ellos existe. En cualquier caso, la hipervaloración social que la suerte posee hace que me esfuerce en conservar como preciado bien algo cuya existencia niego. Incluso a veces me inquieto de verdad ante la posibilidad de perderla. Por otro lado, este trémulo fervor por algo que no existe confirma absolutamente mi amor por la ficción.

Más que en caprichos del azar creo en la existencia de una serie de eficaces motores que conducen al poseedor de los mismos a un lugar siempre adecuado: don de la oportunidad, intolerancia plena ante lo que no conviene, una ceguera degenerativa por lo humano, un olfato felino en continua búsqueda de tu propio olor, la transmisión no verbal de tus objetivos, el dominio del saber no sabido..., en una palabra, DESEO. Ese alien todopoderoso que contradice, mueve y transforma el mundo externo en favor exclusivo de lo que tu retina pretende ver. Se trata de una insaciable capacidad de logro que te conduce siempre e indefectiblemente al escepticismo; porque, no nos engañemos, esta envidiada naturaleza tiene efectivamente su segura penitencia. La ceguera de la que hablo no es selectiva sino absoluta, de tal manera que acaba por no permitirte ver tampoco aquellas excelencias vitales contenidas en lo sutil. Se desvanece, en definitiva, la visión misma de la propia felicidad.

Pero, volviendo a todo el desagradable asunto del atropello, resulta que esta serie de motores que mencionaba antes y que poseo en su mayoría me permitieron librarme de los problemas con la justicia y, lo que es más importante ahora, facilitaron que eludiese incluir aquí una subtrama policiaca.

Lo extraeré en cinco puntos. Desde los más tontos detalles que se pusieron a mi favor hasta el gran golpe de efecto:

I.- LAS HUELLAS

No encontraron ni una sola huella mía en el coche. Llevaba guantes. No me estoy sacando esto de la manga, ¿recuerdan que tuve que ponerme el abrigo para bajar al portal a esperar al médico? Era invierno. El frío provoca en mis dedos cortes dolorosos: dermatitis atópica. Protejo mis manos porque escribo. Siempre llevo guantes en invierno.

II.- EL ÉXITO

Todos mis libros han sido best sellers. Vendo tantas ediciones de cada novela que he alcanzado siempre la más irritante de las popularidades y, por supuesto, la correspondiente crucifixión, defensa y perdón posterior. Todo este vaivén judeocristiano alrededor del éxito hace que vender sea en muchos casos un eximente. No voy a extenderme en explicarlo, creedme: vendo, luego soy inocente.

Pero además está Adriana. Ella entendía que la celda de una institución penitenciaria no era la atmósfera más propicia para que un escritor que escribe en, desde, sobre y para el mundo cumpliera sus compromisos contractuales. Supongo que si obviase mi constante y absoluta desconfianza hacia las intenciones de mi editora podría hallar también un gesto amistoso, claro. El caso es que tardó muy poco en reaccionar poniendo en marcha a todo el gabinete jurídico de su grupo editorial. El mismo que me había encarcelado en vida con sus cláusulas dadaístas ahora se cuidaba mucho de preservar mi libertad.

III.- EL MÉDICO RUMANO

Es común que los hombres de ciencia admiren el desorden creativo. Como si se empeñasen en demostrar que de algún modo su método científico y su cartesiana mirada contienen también la lúdica y vibrante percepción del creador. No digo que no sea así, hablo de su empeño en demostrarlo.

Todo lo relativo a mí, a mis novelas y al singular episodio compartido aquella noche hizo que Cornel disfrutase como un niño de la idea, por nadie requerida, de convertirse en mi tapadera. Según me contara Adriana más tarde, el rumano mintió declarando que aquella noche había acudido a mi casa porque yo sufría un agudo cuadro de agorafobia que me impedía salir de la misma y que, por tanto, no había estado en ningún parking ni había podido atropellar a nadie. No tuvo reparos además en trastocar un poquito las horas en el parte médico. Quería sorprenderme con su audacia, estoy seguro: mostrarme su más irreverente faceta creativa.

Por otra parte, ninguno de los invitados se atrevió a mencionar mi breve presencia en la fiesta para protegerme, convencidos de que aquella sangría siciliana no podía ser obra mía o para cuidarse de no ir en contra de los intereses de Adriana. Por otro lado, tampoco es que el chico se hubiera ganado muchos amigos con su rosario de perlas a la audiencia: «Aquí todos quieren comerme la polla, el desencuentro, Francis Bacon...».

Adriana remató su declaración añadiendo que Víctor había acudido con su propio coche a la fiesta y que esperaba mi llegada que, obviamente, no se produjo debido a mi estado.

IV.- EXIMENTES MENORES

- No tengo carné de conducir.
- No tengo antecedentes penales.
- No tengo motivos para matar.
- No tengo cojones para hacerlo.

V.- EL GRAN GOLPE DE EFECTO

Con lo expuesto hasta aquí es más que suficiente, podría no desarrollar este último punto y volver de nuevo a mí. Pero este toque final lo considero arrebataudamente inverosímil, arriesgado y sexy. Una pasada de rosca torpe del destino, un giro hiperbólico y pop de esos que me permito siempre, bajando el listón hasta inhabilitarme ante algunos como ser pensante.

Veréis ahora por qué, aun no creyendo en la suerte, admiro tanto poseerla y me esfuerzo con vehemencia en conservarla. Pillo brocha gorda y ahí vamos: resulta que el chico, Víctor, tenía una fluidísima habilidad para meterse en lios de infinitas etiologías, las más previsibles y las más rocambolescas. Hasta aquí es sencillo de imaginar: drogas, préstamos, juegos, robos, chanchullos, estafas, trifulcas..., veinte añitos preñados de picos de acción.

Cuando lo conocí ya debía dinero, bastante. Nunca protagonizó la más liviana intención de devolverlo y nunca me lo comentó. Yo me hubiese cagado encima y, aunque nos conocíamos desde hacía poco, le hubiese, sin duda, sacado del entuerto, pero, no sabemos por qué, decidió no involucrarme (otro gesto que absurdamente valoré como acto inconfesado de afecto).

Llevaban semanas buscándole y aquella noche siguieron sus pasos hasta la fiesta de Adriana. Eran tres. Latinoamericanos. Preguntaron por Víctor en la puerta de la fiesta

y alguien del servicio les comentó que se había ido hacia menos de una hora. Ellos, desconfiados, hubiesen insistido, incluso hecho algún destrozo. Nada tipo *Helter Skelter*, pero asustar un poco al personal no les hubiese sobrado de no ser porque había una pareja de seguridad en la puerta de la casa y otra de ronda por la urbanización. Y este fue el único gesto de prudencia que los tres protagonizaron aquella noche porque, cuando volvían sobre sus pasos, ya en el parking y con la testosterona aún en el banquillo, se toparon primero con el coche y luego con su propietario, destrozado bajo el mismo. Y ahora es cuando viene el inverosímil toque del destino: pensando que otros del gremio se les habían adelantado y con su anhelo de venganza en el cubo de la basura, no se les ocurrió mejor idea que robarle el coche a Víctor obviando su cuerpo inerte.

Pasaron con el vehículo una noche loca por todos los polígonos imaginables, lo decoraron hasta el guardabarros con sus propias huellas dactilares y lo abandonaron luego, al amanecer, mal quemado en un descampado. Pocas horas después pasaron a disposición judicial. Ni sus propias familias creyeron en su inocencia.

Sufri, sí, un remordimiento salvaje, pero no lo reconocí a simple vista como para ser capaz de aliviarlo con autojustificaciones. De nuevo las carreteras secundarias. Mi sentimiento de culpa, esa culebra gigantesca, salió de su escondrijo solo en forma de consecuencias. Más adelante, el relato de todas ellas. Ahora de nuevo a la casa.

No se hizo esperar. Llegó desde aquella primera noche. Ni él tenía otro lugar mejor al que dirigirse ni yo hubiese tolerado el más mínimo retraso. Enseguida se hizo notar y el hecho de que yo no estuviese en condiciones para recibirlo incrementó su iracunda pataleta. Al principio atribuí los ruidos a un efecto secundario del sedante que, aun manteniéndome completamente fuera de juego, no conseguía aislarme del todo del estruendo. Aquellos ruidos entraban y salían de mí participando de sueños diversos: un barco que chocaba contra las rocas, un edificio que se desmoronaba, martillazos sobre las paredes, una rueda de coche reventando en mil pedazos. Un cansino montaje de imágenes de archivo.

El jaleo sonoro se mantuvo todo lo que restaba de noche y gran parte de la mañana, exactamente lo que duró mi sedación-refugio. Cuando duermes cualquier influencia externa percibida por los sentidos se eterniza. Los tiempos bailotean durante el sueño: un solo segundo es toda la vida y toda una vida sucede en un suspiro.

Aquel estado inducido se había convertido en un desquiciante reposo. El día había avanzado ya bastante cuando me despertó la vibración del móvil en mi mesa de noche. Pude abrir los ojos como quien despega velcos. El nombre de mi editora palpitaba en la pantalla del teléfono acompañado de la foto de una armadura medieval. Una broma de un breve viaje promocional de la última novela. Algo más de quinientas páginas que conseguí escribir a trompicones y con retrasos bajo presión contractual. La fotografía había sido tomada en un hotel castellano cuyo horror estético —tras vinos, cena y alcalde— nos puso a favor. Ahora más que nunca aquella imagen de la armadura ilustraba a la perfección a Adriana y supongo que entonces decidí que también y por eso la adjudiqué a su perfil del teléfono. Tres toques más y el móvil dejó de vibrar, ya al borde de la mesilla. Se encargó de ella el buzón de voz.

No escuché su mensaje hasta pasados dos días. Sus mensajes. Conté hasta ocho. Concisos todos. Los primeros me exigían, aún con desconcierto, que la llamase de inmediato, luego otros, más calmados, proponían encontrarnos y decidir cómo proceder con todo el asunto; y un último en el que, ya más meditada, daba instrucciones breves y precisas de qué debía hacer yo o, mejor dicho, qué no debía hacer. Firmeza férrea. Una armadura, en efecto.

Permanecí algo menos de una hora intentando volver del todo, luego ya, un poco más consciente, recordé los ruidos, pero, al haber cesado, me resultó fácil deducir que los había soñado.

Durante apenas unos segundos sentí el alivio y el desconcierto del inicio de una nueva vida. Me ocurre a menudo. Es una emoción adolescente y sin sostén que de pronto me embarga y me hace creer durante un brevísimo espacio de tiempo en la ilusión de una existencia esencialmente diferente y liberadora. Luego enseguida se desvanece por completo, basta con echar una mirada al exterior.

Así sucedió esta vez también. Al pensar de nuevo en aquellos sonidos tuve la certeza de que, efectivamente, habían sucedido fuera de mis pesadillas. Tras dilucidarlo me incorporé de inmediato y volví.

Aún mareado, me acerqué a los balcones exteriores, convencido de encontrar la causa en la calle (mudanzas, obras, contenedores de vidrio...), pero antes de poder asomarme confirmé lo contrario. Todo había ocurrido dentro de la casa mientras la medicación del rumano me mantenía secuestrado. Un desastre. Las estanterías, mis libros, mis discos, mis libretas, mis notas..., todo regando los suelos de la sala y el despacho. El miedo me invadió pero sin efecto adrenalinico, aún bajo la marea química.

Me aterré al principio sin la participación del cuerpo, el pavor sucedía solo en el pensamiento. Pero sucedió algo más que provocó enseguida el escalofrío físico, espeluznante.

Unos segundos después de recorrer las estancias observando el desorden, sin que mi imaginación hubiese acertado aún a decidir los posibles responsables de todo aquello, escuché un real y picoteado correteo de pasos a mis espaldas, en el largo pasillo. Imaginé a un hombre rata dando saltitos, al fondo, en la parte más oscura de la casa. Me volví rápido. No pude verlo todavía pero él ya estaba por allí. Conmigo.

Arranqué el abrigo del colgador de la entrada y, con el escalofrío soplándome la nuca, salí de la casa, escalones abajo y sin volver la cabeza.

Esto es Madrid. No lo mencioné aún porque estábamos a otra cosa. Estábamos en mí, concretamente. Vamos de dentro hacia fuera.

Madrid, donde el sol brilla también en enero. Cielos bonitos, dicen, es cuestión de gustos. A mí la ausencia habitual de nubes se me antoja el opuesto a un cielo protector. Un océano sobre nuestras cabezas. No soy solar.

Madrid ha transformado su escenario y casi del todo a mucho peor. La ciudad está invadida por la mediocridad. Luz fluorescente sobre souvenirs groseros, bares *low cost*, compraventa de oro, prostitutas que nunca querían serlo, chinos al mayor y ausencia.

Percibo la ausencia en cada milímetro de esta ciudad que nos dio a todos tanto y a la que, sin embargo, no lloramos suficiente cuando la lobotomizaron ante nuestras indolentes miradas. Plazas ahora como eriales de cemento. Madrid ya no está. Sus aromas frescos y pétreos a portales y porteras, a mixto de cafetería y moqueta de club setentero, esos olores que tanto me ubicaban en cada llegada han quedado disfrazados por un único y penetrante olor a orín. En la Gran Vía, cada noche, las grandes superficies de ropa acrílica, antes cines, cierran sus chapas condenando a la arteria a convertirse en una suerte de Hollywood Boulevard. Pero es la tónica del continente: Europa entera ya es fútbol, confusión y arqueología. El ruido, la persistencia del diseño y las luces disfrazan la pestilencia del cadáver, pero ahí está. Dentro de dos décadas no quedará ya ni el rastro de la queja. Pero yo soy de una generación en tránsito: yo conocí Europa.

Sin embargo ahora esa claridad agorafóbica y ese bullicio eran mi envoltorio necesario. Debía confraternizar con la normalidad: gente, tiendas y sol también. Un día luminoso que combustionaba mi yo más vampírico. Deambulaba vestido aún con la ropa de la fiesta de cumpleaños de Adriana como un rezagado tras una Nochevieja. En cualquier caso nadie reparaba en mi aspecto anacrónico. El naufrago invisible. Madrid ya no miraba la diferencia como antes hiciera con esos ojos catetos que tanto criticamos cuando fuimos más jóvenes y audaces. Otra ausencia.

Durante horas seguí los pasos de otros, entrando y saliendo de locales sin mirar los artículos, solo aproximándome a las zonas donde más personas se acumulaban: burgers, franquiciados de ropa, colas ante cajas registradoras, calles peatonales, enormes tiendas de telefonía... Músicas distintas que, imperceptibles, se filtraban al exterior desde auriculares en orejas de otros, retazos montados de transacciones comerciales, sintonías de móviles, entusiasmo consumista de juventud invasiva.

Tanto había celebrado diferenciarme y separarme y ahora me movía solo imantado por la necesidad de fundirme con el grupo. Buscaba un sostén, alguien que mostrase un repentino interés por mí, que me liberase del atolladero mental, que me entretuviese y me diese asilo. Una familia de acogida, un dormitorio infantil, un vaso de leche caliente. No quería tener que volver a la casa, pero nada ni nadie estaban disponibles para ofrecerme auxilio.

Por las calles, me escondía tras las masas que se abrían y cerraban en orquestada coreografía destapándome, dejándome al descubierto y a tiro. Pensé en aquella película de los años cincuenta, *La invasión de los ultracuerpos*. Una invasión extraterrestre que se apoderaba de los cuerpos humanos aprovechando sus horas de sueño. Tras despertarte ya nunca volvías a tu ser. Te convertías en un impasible transeúnte sin atisbo de emoción o posibilidad de empatía, un vegetal en movimiento. Consistía, claro, en no dormirse. Entonces dejé que la imaginación trabajase por su cuenta y empecé a mirar los rostros con los que me cruzaba, jugando a dilucidar quién permanecía aún despierto y quién se había dejando vencer por el cansancio y, tras ser invadido, ya no estaba más aquí. Exagerado y aprensivo, me pareció que no había nadie que no se hubiese dormido ya. Todos, seres desalmados, teledirigidos a sus propios pequeños asuntos, sin emoción posible.

Debía llamar a alguien de los míos, seguro que alguno de ellos aún permanecía atrincherado en sus posturas con los ojos bien abiertos sin haber sido aún invadido por las vainas extraterrestres. Los míos eran ya duros y desalmados de por sí, pero cómplices, sin duda, de mi egoísmo. Alguno de ellos, seguro, podría llegar a comprenderme y ayudarme. Pero ¿qué tipo de ayuda pedir?, ¿qué contar?

«He matado a mi amigo y mi pesadilla de anoche aún se expande al día siguiente como una mancha de aceite» o «Tengo una visita aterradora y desconocida en mi casa que me impide volver a ella».

Quizá podía llamar a alguno de ellos y simplemente derrumbarme en llanto y esperar el socorro sin más explicaciones. Eso concluí que haría y, sin decidir aún a quién debía llamar, me eché las manos a los bolsillos del abrigo. Allí estaban las llaves, la cartera, pero no había recuperado el móvil de la mesa de noche. Me acerqué entonces a una cabina.

¿Cómo funciona una cabina? ¿Alguien que tenga permiso de residencia usa todavía las cabinas? Eran distintas a las que recordaba pero enseguida me hice con su funcionamiento, alguna variante sutil pero en definitiva lo mismo: moneda, tono, teclado.

Tras introducir las monedas y recibir la señal de marcado, constaté que, en realidad, no me sabía el número de nadie. Únicamente recordaba el teléfono de la que un día fuera la casa de mi familia. Mi madre, con mi padre muerto hacía ya más de una década, vendió la vivienda y optó por invertir ese dinero confinándose en una de esas residencias que aparentan ser hoteles. No había más familia y no podía llamarla a ella. Estaba muy lejos de arrepentirme de mi desconexión total del origen, a kilómetros de añorar... Así que volví a coger el auricular y, sin recuperar las monedas, seguí caminando.

La tarde empezó a cerrarse y comenzó a oscurecer. Debía tomar una determinación. Volver a casa no estaba dentro de mis posibilidades. ¿Qué hacer?, ¿irme de viaje?, ¿encerrarme en un hotel?

Aun sin tener sus teléfonos, podría haber ido a casa de alguien, pero me di cuenta de que ninguno de mis conocidos generaba en mí la suficiente intimidad para recurrir a su auxilio repentino en pleno día laborable. Reconocer que no tenía amigos de verdad podría resultar una conclusión dramática, pero supongo que hay que tener un perfil concreto para no tener amigos de verdad, lo que implica precisamente no añorar su existencia.

Por supuesto pensé en Adriana, pero, aparte de nuestro desencuentro en la fiesta, existía ya una tensión ante un prolongado choque de intereses editoriales. Lo dicho: comercio o ideología... Ella quería que siguiese siendo el hombre-orquesta y yo buscaba a trompicones y casi sin saberlo dar con la idea que me permitiese protagonizar mi solo de trompeta.

Definitivamente nada ni nadie podría prolongar más mi refugio. Estaba solo ante el peligro. Si hubiese sabido al menos dónde vivía Cornel, mi amigo invisible, fiel guardián de las farmacopeas... Como no tenía a nadie a quien recurrir, ni nada que poder contar, ni ayuda definida que requerir, me dispuse, pues, para lo propio cuando anochece en la ciudad y la soledad es un dragón dispuesto a carbonizarte: irme de bares.

Hice de las mías. No recordaba ya ese ritmo. Habían pasado años desde la última vez que me dejé llevar tanto, sin culpa ni cansancio: dos noches y un día completos. Bebí, charlé con gente a la que no conocía y a la que no conocí, hui, reí y protagonicé.

Muchos garitos, muchas calles, muchas personas y luego, ya de día, alguien me invitó a continuar en una casa. Allí me vi en una sala pequeña y desangelada, recibido por extraños hospitalarios. Atisbando tras alguna puerta entreabierta más de un asunto ajeno a mí, yo en pasivo siempre pero presente. Un día que corrió sin flaquezas hacia la segunda noche en la que mis pasos me llevaron a un hotel mediano del centro, de esos sin intención: un espacio anodino de cromados y alógenos.

Un lugar donde en definitiva y por fin pude obtener unas horas más de sueño sin peligro de invasiones. Estaba anestesiado por el cansancio tras dos jornadas de ritmo cadencioso pero sostenido e insomne. Chocولاتinas del minibar, tele sin pausas, un acompañante no desinteresado y poco más. No me extenderé por este paseo por el lado salvaje porque, igual que me abominaba hacerlo por los senderos del amor, algo similar me ocurre con el relato de escenas de nocturnidad y canalero. Soy de la opinión de que el exceso solo ilustra el perfil de un personaje o es atendido por el receptor con romántico aprecio cuando es referido a gentes del pasado. El malditismo en coetáneos no suma, al contrario, se interpreta siempre con ligera insignificancia; una especie de error innecesario que a nada apunta. El aprecio por la exageración precisa siempre de la perspectiva del tiempo.

Tras algunas horas de descanso, una ducha y ropa de otro, me enfrenté ya al tercer día post-Víctor. Primero pagué la habitación, las consumiciones y las consumaciones, luego me despedí rápido y finalmente me vi de nuevo en la calle.

Repuesto en apariencia, decidí que quizá podría volver a mí mismo, significase esto lo que significase. Me acerqué entonces a desayunar adonde tengo costumbre, al café de la china. El café de la china se llama bar La Perla y es uno de esos de tapa y vermú de grifo pero regentado por una taiwanesa que imita con inquietante perfección todas las recetas españolas como la que copia un bolso de Vuitton. Sus precios y la zona hacen que esté siempre muy concurrido. Fue una vez allí y ya ante un pincho de tortilla cuando me reencontré inesperadamente con Víctor. Ahora en papel. Una esquila en el periódico de la mañana anunciaba su funeral en una iglesia de algún lugar de Fuenlabrada.

Así fue como, por una sola vez, me vi invadido por un insufrible e incontrolable desconsuelo ante la pérdida de lo amado. Ya sin carreteras secundarias, un disparo directo al órgano para desmembrarlo de cuajo. Caí en el suelo sucio del bar, llorando a gritos. Rodeado por las piernas del resto de los clientes no pude evitar pensarme una vez más y no me hice gracia. Ahora ya sí, por fin, Madrid me miraba.

La china, a la que tanto reí su insufrible desinterés por hacer amigos, un frío proceder siempre en las antípodas del boquerón y la caña, tuvo de pronto un gesto afectuoso. Al verme allí, en el suelo, desesperado ante la concurrida audiencia de su clientela, salió de la barra, se acercó hasta mí y, paciente pero económica, me levantó del suelo, me sacó a la calle y, sin preguntas, me metió en un taxi. Luego, ya en el vehículo, como suelo hacer, desmonté el contenido de aquel acto solidario: decidí que simplemente me estaba quitando de en medio para evitar que complicase su imparable actividad comercial.

La taxista, pelo enorme e inadecuado, tuvo que preguntarme tres veces adónde íbamos. Me costó un momento eterno poder decirlo aunque nunca tuve dudas del destino. Ella conocía perfectamente Fuenlabrada, así que supo llevarme sin consultas hasta la iglesia donde se celebraría el funeral. Un recorrido de casi media hora sin menciones reseñables: yo seguía en lo mío y ella en la conducción. Ni desdén, ni aprecio. Corrección y privacidad.

Al llegar me encontré con una edificación de los setenta, de esas iglesias que pretendían revisar el concepto católico desde el continente y que resultaron enseguida ser una aberración arquitectónica solo valorada en caminos de vuelta posteriores por miradas más *kitsch* y resabiadas: cemento y vidrieras pseudoabstractas.

Una vez dentro descubrí que no había reparado en la hora. Me acerqué a un tablón informativo en el que se anunciaba el sepelio para algo más de tres horas después. No estaba para hacer turismo de periferia, así que me senté a esperar al fondo, en un lugar enfilado con una columnata lateral que me dejaba ver y ocultarme a mi antojo.

Tuve tiempo de sobra para recorrer diferentes estados y para inventar. Imaginé misas con guitarras y cansioncitas, luego el bautismo de Víctor allí mismo veinte años antes. Un arranque neorrealista e ingenuo ahora truncado. Una vida ofrecida en sacrificio a una causa tan innecesaria como narcisista: el alimento para la construcción de más mentiras escritas.

Luego imaginé a Víctor unos años después, haciendo la primera comunión con chaqueta azul marino y jersey blanco de cuello vuelto, quizá elegido de entre todos los niños para leer en el púlpito. Así podría haber comenzado su difusa y débil ambición con un breve texto escrito en una hoja de papel. Algo dedicado a sus padres o a sus compañeros del colegio, o a su catequista, o a su curita de izquierdas. O tal vez no leyese nada y, rebelde en semilla, ya era de aquellos que, en lugar de abrir la boca, ponían la mano en busca del sagrado cuerpo de Cristo. Pero toda esa higiene moderna había empezado, como otras muchas, en los años setenta y ya para su infancia, en los noventa, ese gesto no hubiese resultado ni rebelde, ni gesto siquiera. Esto de las décadas me llevó a dilucidar después que, a partir del 2000, no se hablaba ya en términos de décadas como tanto hicimos en el siglo XX: que si el sofá era muy años cincuenta, que si su actitud es muy ochentera, que si los setenta, ¡cómo fueron los setenta!... Nadie habla ahora de los años cero o de los años diez. Tanto empacho de *revival* y de repetición de repetición nos ha dejado en un estado de confusión sin etiqueta. Entrar en un nuevo milenio nos ha hecho tomar consciencia de hallarnos ante un vertiginoso e interminable océano temporal. Ninguno de nosotros verá ya acabar un siglo ni, por supuesto, un milenio. Nos queda nadar y nadar sin esperanza alguna de alcanzar otra orilla. Nos alejamos de tierra. Necesitaría carros de serotonina para apaciguar esta mirada apocalíptica y ni aun así podría disfrazar lo que veo. Alguien ha descorrido las cortinas y, aunque volviesen a cerrarlas ante mis ojos, no sería capaz de olvidar lo que he visto detrás.

—¡Pobre Víctor!, ¡pobre de mí!

Lloriqué de nuevo, pero el tiempo que aún me quedaba de espera me permitió seguir con holgura el juego de la asociación libre de ideas: inventé entonces después del acto religioso correspondería un tiempo de fotos y besuques a los niños en la explanada delantera de la iglesia, a pleno sol de junio. Luego seguí a Víctor y a su familia. Los vi andando por el barrio hasta un bar cercano donde hacer una celebración humilde, probablemente compartida con otras comuniones. Imaginé también un pequeño reloj de pulsera como regalo de un padre enérgico y siempre ausente, una madre orgullosa de su hijo y expectante ante la presencia inesperada del hombre, una abuela glotona y provocadora de conflictos, unos amigos bebedores e inoportunos, otros muchos niños ruidosos, vecinos todos, refrescos en botellas gigantes, fritanga nacional, un televisor en funcionamiento, manteles de papel y hasta el soniquete de una máquina tragaperras... Pura Italia en la meseta castellana más poligona. Pudo ser así. Debí serlo y, aunque no difiriese mucho en realidad de la atmósfera de mis desayunos en el bar La Perla, a mí aquella construcción imaginaria me pudo, me enristeció de puro ajena o quizá, al contrario, por demasiado reconocible. De nuevo el enorme agujero negro en medio del pecho.

Seguí pues, muy automotivado, imaginando y culpándome de ser yo el responsable de un triste resultado final para una infancia inocente de atroces durezas. Pensé, claro, en lo oportuno de estar castigándome en la casa de Dios. De pronto les encontré la utilidad y la gracia a esos recintos: introspección y recogimiento. Un lugar en definitiva muy adecuado para encontrarse con el ego. «Tengo que ir más a la iglesia», pensé. Entendí mejor así por qué en muchas ocasiones el pensamiento postmoderno había acabado en misa.

Seguía imaginando a mis anchas como un escritor que no escribe pero que se masturba con las ocurrencias cuando llegó ella. Un buen rato antes de la misa y sola. No parecía una madre, era una chica, más joven que yo, desde luego, delgada, sin lutos, en vaqueros feos. Una mujer de ojeras con solera que no podían haber aparecido con tanta fuerza tras la muerte de su hijo o, en ese caso, hablarían de un dolor inenarrable, de esos que cuentan que encanecen a los seres en pocos segundos, pero lo cierto es que su expresión de seco sometimiento hablaba de resistencia y familiaridad con el sufrimiento. Ella también era Víctor. Se parecían inquietantemente.

Entonces el cura, aún de civil, salió de la sacristía, se acercó a la joven madre, le ofreció asiento y hablaron un poco. Yo, oculto tras las columnas y favorecido por una sonoridad fruto seguro de la casualidad y no de las habilidades del arquitecto, pude escuchar sin esfuerzo su conversación. El sacerdote, profesionalmente escueto, no se anduvo con rodeos.

—¿Estaba bautizado?

—No —contestó breve ella.

—Por supuesto no hizo tampoco la comunión, ni visitaba la iglesia.

—Tampoco.

—¿Por qué quieres dar una misa a tu hijo si no has creído necesario que el ejemplo de Jesús formase parte de su vida?

No había en ella respuestas para retóricas cristianas, por lo que aquella pregunta alcanzó automáticamente la categoría de reproche.

—¿Puedo darle la misa o no? —repuso la mujer.

La afirmativa fue solo un tímido asentimiento.

—He traído el dinero —devolvió el desdén la madre.

—Eres débil —insistió el párroco.

—No lo soy.

—Tu falta de fe es débil. No crees y sin embargo recurres al consuelo de Dios.

—Por ahora prefiero pensar que mi hijo sigue estando en algún otro lugar.

—Cuando venga la gente... —Pero nunca supe qué más iba a decir aquel cura porque la madre lo interrumpió acabando con lo accesorio de aquella conversación:

—No, no vendrán muchos.

Apenas superaron la docena, entre vecinos, algunos amigos de Víctor y yo mismo. El sacerdote no se excedió en referencias ni loas al chico. Se trataba de una ceremonia tipo en la que se rellenaban con su nombre los puntos suspensivos de un texto preconcebido. Pensé que quizá podría haber escrito algunas palabras que diesen al acto sentido de la propiedad, un único y último regalo para Víctor: mentiras balsámicas. Pero nadie me conocía ni me reconocía y nadie debía hacerlo. Me había alejado del núcleo urbano solo una veintena de kilómetros y yo ya no era nadie.

Cuando acabó la misa y la madre salió de la iglesia, miró un momento hacia el lateral donde yo permanecía aún y se cruzó un segundo con mi mirada, pero no se dirigió a mí y sé que no se hizo preguntas. Fue en ese mismo instante cuando nació *La Idea*. Una obsesión instalada que ya nunca dejó de crecer y crecer para convertirse en lo único, como un camino sin desvíos. Un asunto pequeño con el que había convivido sin apenas reparar en su repugnancia: lo insufrible de no poder ser sin el yo.

La madre salió de allí y no se entretuvo demasiado en pésames ni saludos. Los demás tampoco, no hubo corrillos. Ella se echó a andar por las calles del barrio. Calles idénticas, bloques idénticos de ladrillo. Fue fácil seguirla. No de un modo virtual, no con mi imaginación esta vez. Quería al principio ver simplemente cómo caminaba, luego si se derrumbaba en algún momento. Si se tambaleaba al menos. Si dudaba, sufría o si se volvía caminando sobre sus pasos para escupirme, golpearme y decirme «Te maldigo por haber acabado con la vida de mi único hijo». También la imaginé abrazándose a mí y perdonándose. Abrazándola yo a ella también. Desarrollando ambos una confusa y melodramática complicidad. Decidí entonces concentrarme en no fantasear más. Cortar de cuajo cada imagen que me llegase. Como dije antes, *La Idea* ya se había instalado en mí de tal manera que seguir con mis ocurrencias me pareció un comportamiento mezquino e infiel. Debía bastarme con seguirla a prudente distancia. Debía dejar ahora que hablase la realidad sin interpretación alguna. Un ejercicio de contención nada mío. Un esfuerzo. Para conseguir mi propósito y detener el flujo imaginativo me concentré primero en su calzado. Unos zapatos negros que habían perdido su forma. No estaban gastados, solo enrarecidos por el uso, elegidos sin duda por su comodidad, como esos zapatos que se venden en las farmacias. Entonces recordé los zapatos brillantes de Víctor. Aquellas piernas delgadas sobresaliendo del vehículo, rodeadas de humeante neumático. Pensé que quizá había sido ella la que se los había comprado, que tal vez no los llevaba por mí sino por complacerla a ella. Y, claro, entonces me vino a la memoria mi propia madre: sola, alejada de mí, y sin rastro de culpa. Justificado ya de sobra el olvido.

Detuve de nuevo la concatenación de pensamientos, no como homenaje al silencio debido al muchacho y a su madre, sino para evitar herirme a mí mismo. La mujer entonces se detuvo en una cafetería pequeña de azulejos engrasados y oscuros: marrones y naranjas. Yo necesitaba beber algo y me imaginé entrando tras ella, acompañándola hasta la barra para tomarnos un buen whisky. Pero no entré, me quedé un rato en la acera de enfrente observando a través de la cristalera del establecimiento los movimientos de ella. No se sentó en ninguna de las mesas ni se arrimó a la barra. Habló brevemente con un hombre de edad aproximada a la mía que estaba postrado ante la caja registradora. «Un gordinflón, un tipejo impresentable», decidí. Probablemente el dueño. Ella entró en la barra. En pocos segundos ya se había colocado un delantal y estaba pasando una raída bayeta por ella y atendiendo a los que entraban. La madre de Víctor era camarera.

Él nunca me lo dijo y aunque lo hubiese hecho esa era una información que con toda seguridad yo no hubiese retenido. Las escasas veces que estuve con él cuando verborreaba colocado, mi atención se centraba solo en mirarlo gesticular, así el sonido de su voz siempre desaparecía en *fade out* mientras yo mantenía una leve sonrisa asertiva emulando que escuchaba con dedicación su perorata innecesaria. En este caso no lo llamo egoísmo sino economía en la recepción de estupidez. Una consideración tan subjetiva, claro, que te conduce de cabeza y sin escalas a la sordera total más rotunda: empiezas por los memos evidentes y acabas por bajarle el volumen al resto del mundo. Por no recibir absolutamente a nadie ni a nada. Otro de los pilares que sustentan la sequía creativa.

Pero volvamos a la dosis de realidad que exige el duelo: al compromiso que había adquirido de mantener el pensamiento cerrado por defunción. La simple observación sin darle vueltas de tuerca me parecía en verdad suficiente. Permanecí allí, de pie en la acera, observando a aquella mujer, su modo de trabajar, su fluida capacidad para volver a sus asuntos sin pasar por el dolor paralizante. Sin tiempo para sí. Allí estaba, en ferviente actividad, ante la cafetera, la plancha, los clientes, la caja registradora, las neveras, la bayeta, una y otra vez... No podía dejar de mirarla, no se detenía y a la vez nada en ella resultaba automático o desmotivado. No necesitaba pensar si hacer o no hacer, era una camarera y esa certeza la llevaba de modo inmediato a la acción. Yo, sin embargo, era un escritor y, aunque pensara mucho en lo que podía llegar a escribir, usara la mirada como nutriente e incluso aunque elaborara toda la información que podía llegar a serme útil, no conseguía afrontar la actividad en sí misma: el puro teclado. Puede parecer que son asuntos incomparables pero, sin embargo, la acción es solo acción y ponerla en marcha sorteando los muros que el camino nos impone exige la misma valentía y decisión vital sea cual sea la labor en cuestión. Absolutamente todos los seres podríamos decidir cualquier mañana no levantarnos nunca más. Optamos, sin embargo, por ejecutar cualquier modalidad de acción, por simple que sea, así, hasta el mismo instante del final.

Decidí que quería entrar en la cafetería, presentarme y hablar con ella. No lo sopesé y, sin reflexionarlo, dejé que el impulso se hiciese conmigo. Crucé la calle tan hipnotizado por el deseo que no miré a mi alrededor y estuve a punto de ser atropellado yo también. El claxon sostenido de un autobús me desvió de mi objetivo. Salté de nuevo a la acera. El corazón en la garganta. No debía hablar nunca con ella y además ni siquiera sería capaz. Respiré. Ella, ajena, seguía en su actividad tras el cristal y yo otra vez en mi acera. Ambos, inamovibles tras el bocinazo de realidad, volvíamos a estar otra vez equidistantes. El autobús de línea indicaba como destino final Madrid y se había detenido a pocos metros de mí, en su parada. Mientras bajaban algunos viajeros, entendí que debía irme y sin dudarle me subí a él. Lo admitiese o no, el único temor que era de mi sola propiedad era el de enfrentarme a regresar de nuevo a la casa.

Dos noches y tres días habían sucedido cuando entré de nuevo en la casa. Disfrutaba de una calma temporal, de esa que se desarrolla ante el deber cumplido. No había miedo, ni ruidos, ni compañía alguna. Disfruté de un sentimiento de alivio sin fundamentos, como si mi asistencia a la misa de Víctor hubiese diluido la culpa y alejase ya del todo las posibles complicaciones resultantes del accidente. Desde luego, mi suerte, esa virtud de ficción, se había puesto manos a la obra y en esa casi media semana habían sucedido ya gran parte de los puntos de la eludida subtrama policiaca: la intervención del médico rumano, los timbrados en mi puerta, la declaración de Adriana y sus invitados, la aparición del vehículo y la detención final de los culpables inocentes.

Al volver a entrar, recorrí todas las habitaciones de la casa, como un ritual mecánico, comprobando nada, confirmando la presencia de nadie.

No me produjo estupor ver que el desastre que me había encontrado al despertar dos días antes y que me había echado a la calle aterrado, en realidad, no se había producido. Todo estaba en su sitio: los libros, las películas, las libretas, mis notas... Cada cosa respondiendo a mi perfecto desorden conocido. No le di demasiadas vueltas. Concluí que la visión de aquel caos había sido imaginaria y producida por el *shock* postaccidente o la fuerte sedación del rumano. La fe vehemente en mis propias percepciones se ponía en marcha ahora para devolverme cuanto antes a la normalidad. Entonces mi móvil, aún enchufado en la mesa de noche, empezó a vibrar ruidosamente: Adriana por octava vez. Llegué a él en el último aviso, sin tiempo para responder. No la llamé de nuevo enseguida porque necesitaba saber por dónde me saldría antes de enfrentarme a ella. Escuché primero con atención cada uno de sus mensajes, algunos muy concisos otros muy largos. Para hacerlo tuve que sentarme en la cocina blanca, vieja, grande y fría.

Después de que Adriana recitase todo el rosario de instrucciones, solicitudes de silencio y reproches, la última llamada era ya solo una orden concreta de cierre: «Lámame ya». Conozco todo el catálogo de tonos e intenciones de Adriana. Debía hacerlo sin más dilación y así lo hice. Ella contestó a la primera. Antes de que me lo impidiese, arranqué yo sin saludos para marcar mi intención.

—La policía querrá verme y no sé si podré mantener el tipo si me andan interrogando.

—No lo harán, se ha resuelto todo. Además, no has sido tú —aclaró Adriana. Pero mi silencio posterior la obligó a reiterarse—: No te lo estoy preguntando. Lo afirmo: no has sido tú. Ya han pillado a los autores del atropello.

—¿Cómo que los autores? —añadí evidenciándome más si cabe.

—Al chico lo perseguían, debía dinero. Vinieron a por él después de marcharte tú.

La dejé entonces proseguir.

—A la policía le dije que tu ausencia se debía a un retiro en el campo para concentrarte en tu nuevo proyecto literario. Les mostré tu contrato como prueba.

—Gracias, Adriana, de verdad, no sé qué haría sin ti.

—Yo tampoco sé lo que harías... —añadió imitando brevemente la calidez.

Silencio.

—Fotocopiaron el contrato y se lo quedaron.

Volvió al contrato. La veía venir, no dejaría para otra llamada el reclamo de mis responsabilidades. No habría duelo posible. No se había creído mi afecto por el chico ni a mí mismo. Ante Adriana aquello era un asunto que se diluía en descreimiento. Me había pasado ya otras veces con ella, me había minado otros muchos entusiasmos sin casi saberlo. Adriana iba al grano: la novela no entregada.

—Hubo risas cuando leyeron lo que te pagamos. Antes de que me marchase las cifras ya habían corrido por toda la comisaría. Incluso el comisario fantaseó con dejar el cuerpo y escribir su experiencia. Un mar de anécdotas, imagínate. Dejé que pensase que podíamos valorarlo.

Y Adriana en verdad podría valorarlo, de eso no me cabía la más mínima duda. Antes de que pudiese recordarme el dinero que me había anticipado, los meses que hacía que habíamos superado el compromiso de entrega y teniendo en cuenta que yo iba a necesitar otro préstamo en breve, intenté tontamente apelar a su comprensión, invocando a la amiga.

—Adriana, ya sabes por lo que he estado pasando y cuál está siendo mi proceso ante la escritura. Voy a necesitar más tiempo.

Pero la amiga ya había sido invadida por las vainas extraterrestres. Hacía mucho tiempo que Adriana se había quedado dormida. Volvió pues a la aseveración seca, al rodeo antes de dar en el blanco.

—Mira, está muy visto todo eso del escritor que no escribe.

—No intento ser original. No he podido evitarlo, Adriana.

—¿No has podido? Me gusta que utilices el pluscuamperfecto. Crisis concluida. Ahora, a escribir.

—Perfecto —la corregí.

—Me alegra que estemos de acuerdo —malinterpretó ella.

—No, Adriana, lo que digo es que «No he podido evitarlo» no es pretérito pluscuamperfecto, es pretérito perfecto.

Había tensado demasiado el asunto y ella no celebró mi cinismo.

—¿Necesitas que te amenacen, Víctor?

¿Víctor? Adriana me había llamado Víctor. Al escuchar que se refería a mí con el nombre del chico, el escalofrío me engarrotó de tal modo que el teléfono se desprendió de mi mano acabando en el suelo. Pero no hice por recuperarlo. Corrí entonces hasta las estanterías de los libros donde se alineaban también todas mis novelas y me busqué en sus lomos: me llamo Víctor Durán... ¿Y entonces el chico?

No reconocía nada, me había apeado de golpe de unos años de desbocado galope y ya nada me resultaba familiar. El asunto del chico había sido el colofón y la caída tras un trote incesante donde no hubo nunca calma ni aprecio real por un proceso que debía invadirlo todo sin atender a ninguna otra posibilidad: ser un escritor indefectiblemente, no pensar que escribía sino sencillamente hacerlo. Precisé siempre de esa adolescente emoción que una vez instalada me empujaba a relatar: una suerte de caprichosa inspiración, algo leve, insoportablemente infiel, que iba y venía como un gañán maleducado y maltratador, y que me asistió pocas veces, las justas para impedir que me ahogase de desamor. Así era yo, un enfermo a la espera, un enamorado de la idea de hacer ficción con síndrome de Estocolmo. Y de este modo consumía todo lo que me iba ocurriendo, agotándolo sin afecto, hasta llegar a sofisticar la búsqueda de combustible, hasta llegar a reventar un cuerpo, otro, no el mío. Diseccionar la vida para entenderla, para redibujarla, para ofrendarla como el alimento al monstruo del verbo.

Comenzaron así los días previos a la muerte definitiva del yo impulsivo, insatisfecho, del no escritor que escribía, o mejor, del escritor que no podía hacerlo, para dar paso por fin al hombre imaginado. Por supuesto, no supe reconocer que aquel proceso era un vomitivo para poder asumir ese gran cambio: un escarpado camino ascendente pero directo hasta el objetivo. Toda aquella náusea me parecía, al contrario, el previo al fin total, a morir sin más, impotente y acabado.

En aquellos días no importaron demasiado los nombres. Ni el mío ni el suyo ni los nombres más comunes de las emociones; ni siquiera los nombres de las cosas mismas. Abandoné las denominaciones, el juicio constante consistente en la gimnasia pasiva y automática de asociar lo visto y lo vivido a sus propias palabras. No husmé en mi memoria para localizar al chico y las letras que formaban su verdadero nombre. Ni siquiera me pregunté en qué consistía que se me hubiese borrado de aquel modo tan eficaz y, lo que es peor aún, que tras el desorden producido por el accidente y su muerte le adjudicase el mío propio. Hasta que la editora me nombrara al teléfono, tres días había vivido sin registrar que no era Víctor el que aparecía en la esquila en el bar de la china o el que, al menos en tres ocasiones, el párroco nombró durante la misa. Puede que el ojo y el oído lo captasen en esos momentos, pero desde luego la información no hizo nunca el recorrido completo hasta el archivo central.

Entendí que no iba a ser capaz de recordarlo y tampoco me propuse forzarlo porque sabía que aquel intento se podía convertir en la obsesión insomne que le diese a mi agotada cordura la estocada de gracia. No importaba no saberlo. No me había sentido culpable nunca por mi desdén con la realidad. Hacía mucho tiempo que mi déficit de atención se celebraba incluso como rasgo diferenciador, como inevitable efecto colateral de otros talentos que me convertían en el cronista de un grupo. La mirada siempre en otra cosa, un despiste necesario. Evidentemente no tengo que molestarme en explicar que no era esa la razón y que se trataba de simple y llano egoísmo. El chico iba a ser ya siempre «el chico». Despojar de nombre a alguien a quien previamente has arrebatado la vida es un mal menor.

Los días posteriores, tres o cuatro, fueron tranquilos. Los desayunos, los paseos, el silencio, la puesta a punto del escritorio, el festín sedante de las rutinas: orden externo para aniquilar el caos interno. Un balsámico e infantil simulacro previo a la escritura. No me atrevía a mucho más que a hacer algunas anotaciones con las que volvió *La Idea*, la que surgiera luminosa en el funeral del chico, ante un altar, como una novia enamorada. Y descubrí así que el transcurrir de los días no le había restado esplendor ni omnipresencia. *La Idea* seguía ocupándolo todo y, entusiasmado, eludí la evidencia de que estaba con seguridad en las antípodas de los intereses editoriales de Adriana. Hice por ponerme a ello, pero no escribía de verdad, mareaba la cuestión y, sin llegar siquiera a asumir que ni aun atesorando un punto de partida tan feliz e inspirado sería capaz de arrancar, desvié de nuevo mi atención de la escritura e hice por volver a lo social.

El autoengaño consistía esta vez en poner en marcha de nuevo el repetido propósito de hacer de la casa MI casa. Como otro sostén accesorio para la escritura, como el orden, como la colección de vivencias, como las notas. Sería un escalador sin habilidades pero dotado del equipaje más completo y profesional. Monté con rapidez y sin dar espacio a la duda un encuentro con amigos en la casa.

Me gustan las listas. Me ordenan, claro, pero también me llevan a escrutar lo que ocultan; de nuevo una invitación a la libre asociación de ideas. En periodos de máxima pereza —la mayor parte del tiempo— llegué a plantearle a la editorial la posibilidad de publicar en lugar de una novela un libro de listas. Les razoné vehemente el posible contenido infinito de las mismas. Una vía de entrada a la ficción imaginada por el propio lector, una descripción de moderna poética de vidas, perfiles y situaciones. Condensación expresiva. Incluso las usé alguna vez como asunto de relleno en más de una conferencia. «Un género en sí mismo», defendía. Pero cada vez que lo propuse recibí las sonrisas silenciosas de Adriana. No coló.

Confeccioné rápidamente la lista de invitados. Asumida la certeza de los que no vendrían, me bastó un pòsit rectangular para apuntar algo más de diez nombres.

Petra, la pintora de gran formato, y Raoul, su marido francés, ambos dotados de juventud y un estilo de vida que les daba un lugar en lo social: sus vestidos, sus muebles, sus regalos a veces. Todo adecuado, elegido desde la sutileza y el eterno sostén de la referencia.

Alicia, ahora presentadora de un programa cultural en La 2, ansiosa y siempre con disimulado complejo de exclusión, acompañada de un joven amigo que apenas disimulaba también su desconcierto. Roberto, el profesor de lingüística, siempre con cara de yo-y-a-me-iba y miedo en su lenguaje corporal; y Sara, la sal de las fiestas, sin oficio concreto, que todo lo intentó convencida pero con la constancia inversamente proporcional a su frescura: la periférica imprescindible.

Adriana, por supuesto, su exmarido y un par más de su séquito.

Me senté a esperar. Los había citado temprano, no quería que llegaran con la noche. En realidad la hora de la cita era una convención, necesitaba que llegasen ya, cuanto antes. Por supuesto no lo conseguí, los días eran cortos en invierno y mis amigos impuntuales en cualquier estación. Ninguno, además, se sentiría en su medio llegando a una velada aún con luz.

Una reunión, eso sería. Antes el mero hecho de juntarnos se convertía en una fiesta y ahora nuestras fiestas se transformaban en cambio en reuniones. Yo había ido preparando mi estado social: solazarme bebiendo antes de que llegara la gente. Perfecto para una fiesta: fuera de lugar en una reunión.

Tocaron al portero automático cuando llevaba más de una hora de espera sentado solo, bebiendo, sin ninguna otra actividad. Como una secuencia de película minimalista, yo, descompensado, al borde de un plano sostenido, vacío y en silencio. Al oír el timbrazo corrí a abrir. De los doce vinieron solo seis, todos juntos. Faltaron Adriana, su ex y su séquito habitual.

De un solo timbrazo. «Se han puesto de acuerdo», pensé. Habrían quedado antes para llegar en tropel, eso explicaba el retraso. Todo lo que ocurrió en el cumpleaños de Adriana evidentemente había enrarecido las cosas. Subieron también de golpe. Los esperé en la puerta, estaba dispuesto a superar las formas, los posibles desencuentros, a sortear las ironías, los dardos y las miradas escépticas. Quería volver a otro tiempo.

Pusieron todos los abrigos rápido sobre mi cama y enseguida nos reunimos en corro en la sala. Ofrecí bebidas, puse algo de música, abigarré los silencios e intenté crear una atmósfera para la que solo yo parecía estar dispuesto. Estaba solo, desacompasado. Yo no paraba de hablar pero ellos solo se prestaban atención entre sí. Un enfermo de ego percibe eso de inmediato y entonces intensifica el verbo, se esfuerza, sube incluso el volumen.

Les ofrecí dos horas de perorata desacertada, como un imitador de mí mismo. Casi divertido, casi brillante, casi mordaz y certero... Pero con imágenes forzadas y apreciaciones que no venían a cuento. Me esforzaba por llegar a un *high light* conversacional, una carcajada unánime, pero nadie hacía por disimular que aquello no era una fiesta y que estar allí tenía más que ver con la curiosidad que les provocaba ver mi resultado tras el desastre que con el simple y tan añorado anhelo de compartir.

Silencio. Yo no daba para más. Entonces Sara, dotada siempre para la inoportunidad más oportuna, hizo la pregunta que supuso un punto de giro:

—¿No vamos a cenar nada?

No había comprado comida. No había pensado en una cena. Ellos venían a una cena. ¡Los había convocado tan pronto! Yo no había pensado en nada más que en llenar la casa cuanto antes.

—Pensaba que beberíamos —me excusé.

—Ya lo hacemos, Víctor, pero precisamente por eso deberíamos comer algo —añadió el lingüista—. Úlcera y prevención.

¿Qué podía haber en la nevera?... Mi mirada se dirigió al largo pasillo con la cocina al fondo. Entonces, ya sí y sin duda alguna, lo vi con toda claridad: el chico estaba de pie en la penumbra del fondo. Media cabeza ensangrentada por el atropello, el pelo pringoso, la chaqueta y la camisa rotas y su mirada enorme y asustada clavada en mí con aterradora fijeza. Así permanecimos unos eternos segundos, nublé a los invitados que, acostumbrados a mi intermitente atención, ni siquiera repararon en ello y siguieron parlotando sobre si irse entonces a cenar a algún otro sitio o quizá pedir comida por teléfono. Mientras tanto, yo intentaba adivinar en los ojos del chico alguna información sobre sus intenciones: amenaza, recompensa, venganza y hasta amor llegué a buscar. Su expresión era intensa pero no aclaraba nada. Entonces me levanté y di unos pasos hacia él. No me acerqué del todo, mantuve la distancia necesaria para verlo bien. Su sangre aún goteaba haciendo un pequeño charco en la tarima. El chico, al ver mi proximidad, empezó a negar con la cabeza. Su motricidad corroboró su presencia y me espeluznó. Escuché, lejana ya, la conversación sobre comidas: que si pizza, que si chinos, restaurantes de la zona aún abiertos... El chico entonces habló y detuvo por fin mis pasos.

—Diles que se vayan, no los necesitas.

Volví al salón y, sin preámbulos ni formulismos, les pedí a todos que se marchasen. Durante unos segundos permanecieron en silencio, intentando, desconcertados, comprender mi solicitud repentina. Pero, acostumbrados a mis salidas de tono de los últimos tiempos, no se mostraron perturbados, al contrario, saciada su ansia de cotilleo acerca de mi estado, creo que aprobaron y casi aplaudieron poder marcharse. Los acompañé sin disimular mi urgencia y ellos tampoco se eternizaron en charletas ni despedidas; y desde luego nadie advirtió en ningún momento la presencia del chico. Cuando, sin más, cerré la puerta tras ellos, él no estaba ya en el pasillo, pero sí el charco de sangre y un leve reguero de gotas que marcaban el camino hasta la puerta de mi despacho. Un mapa directo hacia la escritura. No me dediqué a seguir el rastro, al contrario, me encerré en el dormitorio convencido de lo fortuito e irrepitable de la aparición. Pero la larga noche iba a contradecir esa primera idea: sus llantos y lamentos, que venían de algún lugar de la zona exterior de la casa, no consiguieron que me animase a acercarme hasta él intentando ser consuelo. La vergüenza y el respeto me mantuvieron a distancia. La culpa también. Su llanto infantil y desolado resultaba tan desconcertante como conciliador, hasta el punto de que llegué incluso a poder dormirme al abrigo de su dolor.

No es necesario ser un cuarto para estar embrujado
ni una casa,
el cerebro tiene corredores que superan
los lugares materiales

vale más encontrar a la medianoche
un fantasma visible
que afrontar en el interior
a ese huésped más helado.

Vale más atravesar galopando una abadía
apedreado
que encontrarse a sí mismo desarmado
en un lugar solitario.

Ese uno mismo, detrás de uno mismo oculto,
debe sobrecogernos más,
el asesino escondido en nuestro apartamento
será un menor horror.

El cuerpo busca un revólver,
echa el cerrojo a la puerta
presintiendo un fantasma superior
o más.

Por la mañana el cielo evolucionó del negro al gris plomo. Estaba tan oscuro que parecía que no hubiese amanecido. Era aún muy temprano y los sollozos del chico, esta vez rabiosos, me empujaron, ahora sí, hasta él. Ya en el salón, me encontré de nuevo con todas mis cosas por los suelos. Las mismas hojas rotas, las libretas, los mismos libros destrozados en un collage de caos con la colocación exacta de la primera noche. Un paralelismo, una imagen reiterada queriendo significarse por simple fenómeno de repetición: un recurso narrativo de la realidad, pensé.

El chico estaba allí, sentado en mi sillón de lectura. Apenas asomaba tras el alto respaldo la mitad de su cabeza con su cabellera negra, pringada de sangre seca. De espaldas a mí, hacía mil añicos todas las notas de mis años de observación sin escritura. Se esmeraba en cortarlo todo en trozos muy pequeños, con furia precisa y dedicada. Decidí intervenir en una fugaz suerte de dominio.

—No puedes hacer eso, ni quedarte aquí conmigo.

Al oír mis palabras el chico volvió la cabeza con la lentitud precisa para que mi corazón diese un vuelco en caída libre. La tensión dramática es siempre una cuestión de ritmo.

Esta vez su mirada sí que pudo hablarme: una ira descomunal, tan enorme que no podía representar a un solo individuo. Pensé entonces en la venganza de todo un grupo, en una respuesta global a ese éxito mío ligero y poco comprometido que, sin embargo, nunca le brindó sosiego a la culpa. De nuevo el chico era un instrumento en manos de otros.

La necesidad de ponerme a salvo surgió de modo inmediato. Salí corriendo por el pasillo en busca de la calle, pero el chico saltó con eficacia desde el sillón y corrió tras mis pasos con sobrenatural rapidez. Enseguida me alcanzó, abalanzándose sobre mí y tirándome al suelo. Intenté zafarme pero el chico tenía ya la fuerza del grupo. El forcejeo y mis gritos lo encendieron más aún y empezó a golpearme, iracundo, con los puños primero, luego con los pies: por todo el cuerpo y en la cara. Sangraba. Aunque no hice por defenderme, en una de sus patadas conseguí agarrar su tobillo y, sin estrategia, tirarlo al suelo. Me levanté como pude y allí lo dejé. No volvió a seguirme y yo, en lugar de huir a la calle, busqué de nuevo la tregua encerrándome en el baño, como si adivinase ya que la casa y la presencia fueran un lugar y un resultado del que difícilmente podía escapar.

Fui al espejo. Allí vi entonces al monstruo y pensé que así, desfigurado, me parecía más a mí. La sangre de la nariz era la prioridad, no me dejaba respirar y apenas ver. Me lavé la cara como pude. Me hice algo parecido a una cura. No sabía hacerlo, ni tenía con qué. Agua, jabón y alcohol. Luego, a punto de desvanecerme, me senté en el suelo del baño.

De nuevo el llanto incesante del chico acabó por invadirme y entonces rompí a llorar yo también. No podíamos consolarnos. Cada uno de los dos en su solo dolor y en su propia muerte. Pero hubo también intersecciones de empatía, por momentos también lloré por él, o al menos por la impotencia de no poder retornar hasta una solución de desenlace de nuestro asunto en la que ambos hubiésemos salido indemnes.

Así estuvimos más de una hora hasta que por fin cesó. Pero yo aún no podía moverme de allí, no me sentía capaz de abrir aquella puerta. Intenté disipar mi miedo pensando que quizá se habría ido para siempre, que la paliza que me había propinado era una despedida. Pero esta conjetura mía no se instaló como otras, no conseguí darle la credibilidad que precisaba para ser alivio. Efectivamente, después de un largo rato más en silencio, el chico volvió a evidenciar su presencia: tras incorporarse del suelo, su silueta desfiló rápido ante el cristal esmerilado. Si hubiese querido matarme, la frágil puerta que nos separaba no hubiese sido obstáculo, pero en aquel momento no lo pensé así. Me sentía ingenuamente protegido y allí seguí oculto sin atreverme a salir durante algo más de dos horas. Pensaba que si lo hacía seguro que no llegaría con vida hasta la puerta de la calle.

Las palabras otra vez eran mi único arsenal disponible. Debía persuadirlo y llegar con él a algún tipo de acuerdo. No lo elaboré demasiado. Empecé a hablar con palabras titubeantes al principio pero que luego, improvisadas, acabaron por abrirme un camino más sólido. Un proceso ya conocido. Debía ser eficaz pero controlando el imaginario para estar a la altura y no resultar críptico a su entendimiento. Mesurar el yo bajando el listón. Pensé entonces que conseguir sostener su interés y conmovérselo se parecía bastante a los pactos con mi editora y el mercado del entretenimiento: aburrirlo o perder su atención hubiese implicado una muerte segura.

—¿Sigues ahí...? ¿Me oyes...? ¿Estás aún ahí...? No debes hacerme más daño porque no resolverás nada con eso. Ya sé que también encendería más tu enfado pidiéndote perdón o explicándote que, aunque no lo pareciese, fue solo un torpe accidente. Pero creo que puedo ser más útil si me dejas vivo. Si te acercaste a mí es porque esperabas un lugar. Hace mucho que no escribo, pero en tu funeral me llegó una idea. Ahora sé que esa idea, que es por ti, desde luego debe ser para ti. Una puerta de salida para los dos. Puedo escribir y darte así existencia. Sabrían de ti. Porque tú has venido para eso, ¿verdad? ¿Sigues ahí? ¿Me oyes? Tú y yo no nos conocíamos tanto en realidad. ¿Por qué no has elegido volver a tu madre?, ¿o a tu padre?, ¿o a tus amigos? ¿Por qué has vuelto a mí entonces si no es porque puedo escribir?

Como siempre, me animó el verbo, el infinito irreprimible de la asociación de ideas, y me alejé de la comercialidad añadiendo:

—Mi culpabilidad ha sido tu filtro de acceso, no estarías aquí sin ella.

Me apartaba así del objetivo de captación y, como además no había respuesta, temí el desencuentro, así que concluí volviendo a la oferta directa.

—Sí me dejas salir de aquí haré algo por ti. Te escribiré. Serás en palabras, chico, serás si me dejas salir. ¿Me oyes? ¿Sigues ahí?

Ni un suspiro, ni ruidos, ni pisadas, ni sombras. Hablaba ya con nadie. Quizá sí, por fin se había marchado, o tal vez nunca estuvo. Tal vez fuera solo el recreo de mi imaginación que, de puro no emplearla en su plenitud durante los últimos tiempos, multiplicó su fuerza contra mí como un gigantesco alien que, colérico, se rebelaba ante su secuestro. Un demonio que ahora se tornaba inmenso e invencible para vengarse de mí, su único captor.

La posibilidad de que el chico hubiese desaparecido por fin, lejos de liberarme, me despertó un irreflexivo sentimiento de decepción.

Pero ¿y la sangre?, ¿y la paliza?, ¿y mis notas de años esparcidas por el suelo y hechas trizas? ¿Cómo podía siquiera dudar de su visita? Era indudable: el chico había venido y me había desfigurado a patadas hasta casi acabar conmigo.

—¿Sigues ahí, chico? ¿Sigues ahí?

Temí que si insistía exponiéndole mi propuesta se debilitara su deseo. Sé de qué está compuesto el deseo, no hay que azuzarlo demasiado, es tan voraz como endeble. Ya le había dicho todo lo que podía decirle, le había brindado la única oferta posible, así que abrí la puerta del baño y salí de mi escondrijo. No había nada ni nadie allí. Tras unos segundos inmóvil en el pasillo, me dispuse a caminar hacia la puerta de la calle, lentamente, con sigilo, y al llegar me aferré al picaporte. Pero no abrí. Antes de fugarme me volví para mirar de nuevo el largo corredor y allí me vi a mí mismo, de pie, sin aire, apocado, viejo, asustado. Un listo hecho tan tonto a golpes de los miedos más abstractos. Huía sin pudor, desdiciéndome y olvidando mi reciente promesa. Un gesto que resumía perfectamente años de traición al compromiso. Tener palabras te impide tener palabra.

Por la idea, aquella que llegará en el funeral, resultó ser el hada salvadora y volvió de nuevo al rescate. Allí, ante la fuga, en la puerta de la calle, recordé los beneficios imaginados de convertirme en un nuevo hombre y en un nuevo escritor si cumplía con la oferta hecha al chico. Solté entonces el picaporte, volví a recorrer el pasillo caminando hacia mí mismo y no hui ya nunca más.

Aquella tarde y su posterior noche el chico no volvió. Yo no hice más notas previas, ni me entretuve en más preámbulos-excusa. Ya no me imaginé a mí mismo haciendo. Simplemente lo hice: escribí.

En todas mis novelas aparentemente había dibujado siempre una amplia panorámica de lo conocido, un gran plano general que los incluía a todos. Un cronista, dijeron muchas veces. Se hablaba de mi percepción del entorno, se me invitaba a las reuniones para que mirara: un deseado retratista convocado con la esperanza de que tirase la foto. Pero lo que en realidad hacía no era el retrato de los otros. No lo fue nunca. Mentía. Si se ampliaban punto por punto las imágenes de aquellas composiciones eclécticas y heterogéneas, espeluznantemente, siempre aparecía yo, más o menos pixelado, en algún lugar de la gran escena. El espejo era tan grande que era difícil darse cuenta de que solo me estaba mirando a mí mismo. Los alrededores entretenían, sí, pero tarde o temprano hablaban también solo de mí. No se trataba de un descubrimiento reciente, yo siempre lo supe, pero los resultados obtenidos, el éxito y las fiestas me despistaban de concentrarme en la visión, cada vez más ineludible, de lo que se me avecinaba. Obviaba al meteorito a punto de colisionar mientras me aturdí festejando. Se llama miedo.

Coqueteé siempre con la posibilidad de mirar de verdad, de conmocionarme con otros modelos, pero no bastaba con pensarlo. Para que todo aquello cambiase tenía que, simplemente, suceder y no había sucedido nunca hasta entonces: por fin el relato ambicionaba nacer desde otro lugar, incluso por encima de mí mismo, hasta enfermarme. El entusiasmo de lo sufrido aquellos días me hacía pensar que por fin sería posible, que de una vez por todas sería capaz.

Seríamos dos para construir el mundo aparte. El búnker del escritor, lejos ya de todo y de todos. Tenía ya la idea y el sujeto, la madre camarera y aquella iglesia fea, la barriada de ladrillos y la muerte, la ambición más ingenua y el temor más soterrado, la venganza más física y su resultado más inevitable. Y, por supuesto, tenía lo más importante: un punto de vista. Mirar por él hacia mí y por mí solo hacia él.

Pero debía conseguir que el yo titubease en cada línea y también todo ese aprecio mitómano y resultón por todas esas situaciones, por todos esos lugares y personajes frecuentes. Pensé así en declararle la guerra a mis amigos de rotunda personalidad y a su infranqueable pensamiento estructurado. Solos, la casa, el chico y yo. No habría nada más. Creí entender entonces por qué escribir sobre dos y solo para dos.

Todos los seres humanos que se relacionan estrechamente poseen en algún lado un sólido y complejo relato. A veces no sale nunca a la luz. Nadie le da forma o lo transcribe, pero aun así este relato existe desde el mismo momento en el que dos se miran y confirman su coexistencia, por igualdad o contraste, por ligera simpatía o feroz necesidad.

Sin embargo, a veces también el mismo relato o su simple intención de ser se esfuman sin que nadie pueda poner remedio o tan siquiera advertirlo. Se ha hablado mucho de por qué algunas historias no llegan nunca al papel, mucho se ha dicho de un limbo de las ideas o también de un viaje nunca efectuado, o incluso de un despiadado encuentro, a oscuras y por detrás del escenario, con el escepticismo y/o el miedo de sus protagonistas. El relato, en este último caso, es atacado por estas negras presencias que devoran primero su aspecto más formal, es decir, su planteamiento, nudo y desenlace, y finalmente engullen también toda su intangible grandeza y condición de gran verdad infinita y condensada. Así, poco a poco, hasta su desaparición total.

De este modo, las personas que no consiguen sellar su amistad con el relato expreso de su propio afecto, acaban por convivir con una desencontrada nadería que a veces hace que todo el asunto se diluya sin dolor, pero minando poco a poco el entusiasmo y justificando el olvido resultante con frases tontas del tipo «El amor eterno no existe» o la que es aún más estúpida: «Nada es para siempre». Aquel chico ya no existía y sin embargo era la única cuestión tangible.

Mis iguales se desdibujaban, sí. Todos acababan desapareciendo ante los nuevos papeles y las nuevas palabras. La disolución se extendía, partiendo desde Adriana hasta el resto del grupo. Ella siempre el ojo del huracán, el punto desde el que partir para saber con exactitud de dónde debía alejarme. Ella tenía mucha responsabilidad en todo el hartazgo, sí, aunque supongo que también influía mi fobia original hacia su persona: todo ese asunto al que era tan propensa a referirse como misoginia cada vez que no conseguía lo que pretendía de alguien. Asumí su argumentación recurrente para liberarme. Acabaría por fin con los objetivos editoriales que mi mentora tenía decididos para mí a cambio de aceptar que mi rebelión se basaba en la sencilla aversión a su condición de mujer. Para completar el dibujo de nuestro asunto me pareció lícito y hasta conveniente hacerlo según su propia versión de los hechos. No contradecirla esta vez. Una especie de regalo de despedida.

En los dos días posteriores no me hice más curas, dejé que las heridas se fuesen secando solas, que el rostro se inflamase sin aliviarlo con paños fríos y los tonos rojos pasasen a morados primero y a verdes después. Tampoco recogí el desastre, ni comí apenas nada, ni dormí casi. Solo llenaba hojas a mano, algunas acababan arrugadas en el suelo, claro, pero en general sumaba líneas con fluidez. El chico no hacía ruido ni acto de presencia alguno y yo atribuí su ausencia a mi cumplimento de la promesa. Permanecería alejado mientras supiera que tenía una vivienda en mis papeles, un país y una existencia en las palabras que, para él, de mí estaban naciendo. Así había querido que fuese y así sería. No me levantaba del escritorio y, sin releer o dar lugar al juicio, la actividad seguía su curso y yo no estaba a otra.

Pasaron las horas sin hacerse notar. De nuevo amaneció con el sol rabioso. Las nubes protectoras son siempre un asunto efímero en Madrid. Me había adormecido sobre los papeles. Reposo sobre la tarea, como cuando nos obligaban a recostar las cabezas sobre nuestros propios brazos en los pupitres de los colegios. Ignoro el tiempo que pasé allí dormido, pero sí sé que fue el teléfono el que me despertó como otras muchas veces. No solía sonar nunca el fijo pero el móvil se había quedado sin batería hacía horas. El contestador se hizo cargo: la voz de Adriana lo invadía todo. Amenazaba de nuevo con presentarse en casa si no le respondía. Por supuesto no lo hice.

Lejos de elaborar la cuestión de Adriana y su insistencia por intentar meterse en mis asuntos, me centré únicamente en la invasión solar que al despertar de golpe me había provocado angustia y hasta náusea. No tenía cortinas, ya dije que la casa estuvo siempre a medio camino de convertirse en el lugar adecuado. Siempre por hacer. Cogí un buen montón de periódicos que permanecían apilados en varios puntos a la espera de ser recortados, subrayados o a veces leídos y me dispuse a tapar con ellos las ventanas para impedir que la claridad entrase de aquel modo tan grosero. Hojas dobles enteras y cinta de embalar. La labor me costó un buen rato porque las ventanas son grandes y porque, además, abordaba la tarea con la torpeza que acompaña siempre al ansia.

Cuando por fin terminé, todo en penumbra, ella ya estaba allí. Adriana tenía llaves de casa. Nunca las usó y por eso no recordaba habérselas dado, pero en momentos de exaltación de nuestra intimidad y de nuestro camino en tándem, Adriana me las habría solicitado, mostrando una forzada preocupación por mí. Un toque propio de gestora, un detalle de intermediaria interesada en crear lazos donde difícilmente surgirían de modo natural.

«Vives solo, un día podrías necesitarlo». Supongo que pensó que aquel era precisamente un momento de necesidad. Adriana, el ama de llaves, la dueña y señora de los asuntos, promotora y sostenedora siempre de las tramas principales, venía dispuesta a resolver y enfrentarse a lo que fuese, pero al ver mi rostro hinchado y amoratado no pudo evitar el grito. En cuanto a mí, concentrado en tapar las ventanas, toparme con ella allí en medio del salón, llavero en mano, también me asustó.

—Pero, Víctor, ¿qué te ha pasado?

Me entusiasmé con la atención de Adriana. Me derrumbé en dócil demanda de mimo y celebré su auxilio. Me creí apoyado, acompañado, quizá incluso salvado. Olvidé por un momento mi decisión de ruptura definitiva con su sistema y allí estaba, sentado ante mi editora y única casi amiga, dispuesto a contar lo vivido con vehemencia verborreica. Esperanzado con que ella, ahora sí, pudiera acompañarme en la construcción de mi nuevo yo. Uno de esos impulsos ingenuos que me revelaban una vez más como un eterno aprendiz de audaz. El entusiasmo conocido de dar valor absoluto a una remota posibilidad nos engaña pero nos mantiene vivos. Aunque Adriana siempre había sabido quién era yo en realidad y lo que ocultaba: un tonto esforzado por presumir de escepticismo, disimulando así mi anhelo constante de ser elegido, un ser que abarcaba desde el ego más insufrible hasta el complejo más absoluto. Tenía la fragilidad tan disfrazada siempre que ni yo mismo me había visto bien nunca.

Mi relato no hizo pestañear a Adriana. Su lenguaje corporal y su expresión no la traicionaron. Sostuvo la intención de disimular su asombro ante lo que oía. Al contrario, mostró algo similar a la preocupación, al afecto, a la incondicionalidad desinteresada y a la más abstracta de las comprensiones. Sin pretensión de resultar verosímil, obvia incluso. Yo andaba tan intoxicado ya por nuestra ligereza habitual y tan desesperadamente dispuesto a creerla que toda aquella actuación suya me sirvió perfectamente y me vi invadido por un improbable sentimiento de agradecimiento.

Había empezado a contarle la historia desde el principio. Me tomé mi tiempo, obligándola a mantener su actuación mucho rato, pero supo digerirlo. Comencé con lo que ella ya conocía, sin pudor a repetirme y, a pesar de estar ella al tanto de los orígenes de lo ocurrido, no me interrumpió ni una sola vez. Mi crisis, la no escritura, la incorporación del chico al escenario, la presión a la que ella misma me estaba sometiendo, mi venganza el día de su cumpleaños, el ridículo accidente posterior, los días y las noches de fuga, el funeral de periferia, la madre camarera, el hallazgo por fin de *La Idea*, el fantasma del chico, la paliza y de nuevo la idea como única tabla de salvación. Todo aderezado con mi interpretación particular de los hechos: acción e intención, causa y resultado.

Adriana aguantaba el tirón y yo seguía y seguía sin condensar ni eludir detalles mientras su mirada, que expresaba naturalidad absoluta ante lo que escuchaba, se escapaba a veces a los periódicos que cubrían las ventanas, al suelo alfombrado de libros rotos, a los papeles hechos mil añicos o a mi camisa medio rota y ensangrentada. Por fin acabé mi historia en celebración edificante, justificando el caos con su feliz resultante: por fin un puñado de páginas escritas.

Adriana entonces obvió al fantasma, el desorden, las ventanas cubiertas como el zulo de un heroinómano, mi incontinencia y mi rostro destrozado y fue directamente a la verdadera cuestión que la había traído hasta mí: los papeles escritos.

—¿Cuánto has escrito exactamente? —profirió yendo de lleno a la cuestión.

—No es cuánto, Adriana, es qué.

—¿Cuánto? —insistió. Sabía que en mi caso pasar de la fantasía impotente a la tangible realidad era siempre una cuestión de cantidad.

—No tanto. Algo más de treinta páginas —añadí satisfecho.

—¿Las tienes impresas?

—Ni siquiera lo he releído, Adriana. Las he escrito a mano.

—¿A mano? —se extrañó—. ¿Puedo verlas?

La miré entonces y, tras unos segundos de lapsus dubitativo, me levanté del sofá, me acerqué al escritorio y le entregué enseguida el montón de hojas. Ella, entonces, se encaminó a mi sillón de lectura pero antes de que se sentase en él la persuadí para que no lo hiciese.

—Ahí se sienta él. No lo enfademos.

Adriana obedeció sin réplicas. Para ella el uso del silencio estaba siempre cargado de opinión, pero en esta ocasión yo no estaba para percibir sus subtextos ni ella para evidenciarlos. Volvió entonces a mi escritorio y se sentó a leer con atenta curiosidad; yo frente a ella en un diminuto taburete. Se convirtió así aquel acto en un ritual de primeras veces: un escritor, un manuscrito, un editor y una mesa de despacho de por medio.

Adriana pasaba las páginas, leyendo sin expresión, creando el suspense conocido hasta que llegó a la quinta hoja. Se detuvo un momento, me miró con expresión indefinida y se dirigió de nuevo a mí. Ahora sí, su preocupación y comprensión no resultaban impostadas.

—¿Y dices que no lo has releído? Te lo leo yo misma.

—No lo hagas —balbuceé.

—Es necesario, Víctor. Debes escuchar lo que has escrito en estas treinta páginas.

Mi terror entonces creció y creció, consciente de que, con toda seguridad, aquella lectura invocaría al chico de nuevo y a toda su cólera. Adriana, ajena, empezó a leer en voz alta:

—*El escritor que escribe sobre un escritor que escribe sobre un escritor que escribe sobre un escritor que escribe sobre un escritor que escribe de un escritor que escribe sobre un escritor que escribe sobre un escritor que escribe de un escritor que escribe...*

Adriana podría haber acabado antes, porque ahora yo podía recordar perfectamente todo lo que seguía y ella, claro, también podía suponerlo, pero no se detuvo y continuó pasando páginas y páginas y páginas leyendo la misma frase una y otra vez, creando el efecto infinito.

Adriana debería haberlo entendido. Estaba huyendo de mí hacia mí, del eterno bucle en el que se había convertido toda la creación artística de Occidente, obras sobre obras, de obras sobre obras, una encima de otra taponando el fluir, provocando la isquemia del pensamiento.

Ella debía entenderme, parecía nada pero era un ejercicio necesario que rompía con mi pasado. Tenía que haber comprendido el significado de todo aquello o, en todo caso, yo no debería haberle permitido que lo leyese. Le pedí que lo dejase pero no me hizo ningún caso e incluso alzó su voz, así que tuve que taparme los oídos. Pero aun con ellos tapados pude escuchar los ruidos que informaban del regreso del chico, pequeños gritos enfadados al final del pasillo. Me levanté de la silla y empecé a excusarme ante él, gritando más que Adriana.

—¡Es un proceso! ¡Tienes que tener paciencia, chico! ¡Aún no hablo de ti porque primero debo desaparecer del todo! ¡Tienes que tener paciencia! ¡¿Me oyes?!

Mis disculpas no pudieron evitar lo inevitable: pasos, golpes, portazos. Allí estaba de nuevo y ya sabía perfectamente que me esperaba una buena.

—¿Con quién hablas, Víctor?! —Se agitó Adriana rompiendo ya del todo su interpretación de la templanza.

No había manera de salvar la situación, era ya muy tarde. Ella no tenía que haber leído en alto pero era tan culpa suya como mía. Solo culpa mía, en realidad. Adriana tenía que marcharse cuanto antes o sería mucho peor para los dos. Se lo pedí pero no fue tan dócil como los invitados de la cena de la otra noche.

Adriana mostraba su verdadero desconcierto y nerviosismo. Yo nunca la había visto así pero no estaba para analizar su inusitado comportamiento. Debía actuar con rapidez. Insistía en que se fuese pero no había modo, estaba aún más alterada que yo, incluso que el chico. Decía que allí no había nadie más que ella y que yo, y a mí me resultaba tan irritante que se empeñase en obviar todo aquel estruendo al fondo del pasillo y el peligro que para ambos representaba que temía por mi propia violencia. Entonces ya sí, vi de nuevo al chico corretear por el fondo del corredor. Como Adriana no entraba en razón la tuve que arrastrar en volandas por el pasillo deprisa mientras ella me increpaba e intentaba evitar que la echase de la casa. La fuerza de resistencia de Adriana también era física. «Todos más fuertes que yo», pensé. Cuando por fin conseguí llevarla hasta el descansillo de la escalera, le cerré la puerta en las narices consiguiendo, por muy poco, que no viese al chico ni un solo momento y sobre todo que el chico no la viese a ella, evitando por lo tanto un mal mayor. Aún en la escalera la podía oír gritar:

—Voy a volver, Víctor.

Pero a pesar de conseguir sacarla de mi casa, el alivio duró solo unas décimas de segundo. Enseguida la mano del chico me agarró con fuerza y me arrastró con decisión de nuevo al interior. No me defendí.

No os voy a relatar la nueva paliza. Innecesario. No fue peor, pero daba sobre golpes anteriores. Tras un hormigueo en la cabeza como puntos negros de metralla, el dolor desapareció. Me desvanecí.

El niño que fui era torpe, delgado, cabezudo. El cuerpo no gobernaba la situación, mis botas ortopédicas, mis gafas de miope, mi propensión a las caídas y un pelo lanudo e indomable que parecía quedarse con toda la energía posible. Al andar fluctuaba, serpenteaba. Un tambaleo. El niño era un idiota, un pusilánime incapaz, un servil aterrado. El ceño muy fruncido mucho antes del uso de la razón. El miedo como única atmósfera conocida. El niño que fui no merece la primera persona porque ya no soy yo.

Dicen «Ama a tu niño interior». Yo lo culpo de todo, lo detesto, no hay afecto alguno que me una al que fui, a los que allí estuvieron dándome golpecitos en la espalda y balbuceando estupidez. No hay añoranza por lo que sucedió; ni por las personas ni por los lugares. No hay reconciliación posible. Dicen: «Pero si eres el resultado de todo aquello». Mienten, Ahora solo soy para contradecirlo todo. No me es útil la memoria.

Todas las mañanas el niño vomitaba aterrado con la idea de volver al colegio. El lugar donde no había asideros. Era el padre del niño el que lo llevaba diariamente con desimplicada ternura y lo abandonaba a su suerte en la verja de aquel centro público. Allí, el niño recibía una enseñanza endeble y olvidable por culpa del tsunami de brutalidad, burla y dureza que proponía el propio entorno. Muy temprano, todos los días, siempre llegaba el primero para que así el padre pudiese acudir después a su empleo, también muy temprano, siempre el primero. A veces ambos llegaban al empleo y a la escuela aún sin amanecer. Los dos ante el miedo, el gris desconcierto de los deberes no amados, de los lugares no escogidos.

Un bocadillo en la bolsa que la madre preparaba era el primer desasosiego. Tirarlo en una papelera evitaba peleas pero provocaba culpas por traición al origen. La madre y el esmero, el lugar blanco y seguro acababa todas las mañanas en la basura para evitar hurtos y bofetadas. La cobardía te ennegrece, te aleja de la madre para siempre. La cobardía es el padre. Y el padre solo infunde lástima. Pobre padre. Tanto esfuerzo por disfrazar el temor, tanto sentido de la responsabilidad, tanta renuncia nunca requerida. Tanta temible ferocidad para ocultar a duras penas el aturdimiento de otro niño que un día fuera, el pavor de otro origen. La herencia arrastrada. El miedo de padres a hijos.

Allí, en aquella verja, solo, sin consciencia, esperando a que abriesen el colegio. No conocí la felicidad siendo inocente. Ni la bondad, ni la pureza. Aprendí la crueldad y me defendí con las peores armas. No celebro la inocencia. El inocente solo espera dejar de serlo, conocer el terreno y los medios para brindar su ofensiva. Solo la sapiencia y la conmiseración podrían aliviar la acción que el inocente ejecuta siempre tras un largo y pasivo silencio. Pero el inocente nunca sabe y jamás se compadece. El inocente es el felino a la espera. Aunque nunca consiga atacar, aunque no supere jamás su inactiva idiotez, su musculatura estará siempre al acecho. La inocencia no es un lugar seguro. No hay inocencia en el inocente. Proteged a los niños y alejadlos de la infancia.

Una imagen: los hierros de la verja y su crujido chirriante una vez que la abrían cuando ya éramos un tumulto a la espera. Arturo, el conserje enjuto, viejo siempre y de verbo ininteligible. El guardián de la ignorancia académica. La apertura de la verja y la entrada a la escuela, todos correteando. Con los años la memoria retomaba esa foto invitándome siempre a mil metáforas del horror, todas innecesarias por predecibles: el redil, el cerco, la cárcel, el matadero.

El niño no entiende si es envidiado o difusamente deseado o secretamente admirado. Únicamente recibe la resultante: el rechazo. El niño busca solo la fusión al grupo, detesta pues la diferencia. La diferencia nos refuerza más tarde pero también nos condena para siempre. No digo nada nuevo, es siempre así, de tal manera que mejor recurrir a un breve muestrario de hechos sin marcar intención. Intentaré dejar todo el asunto abierto. Tres cuestiones centran los acontecimientos más memorables: la fealdad, la sexualidad y las palabras.

Se sabe de la propia fealdad muy pronto, pero hasta que se conoce uno nace príncipe, digno de todos los afectos y todas las loas. Se jacta el niño de su propia pureza, valora de sí mismo una clara limpieza que le hace creerse poseedor de belleza y por tanto digno de todo amor. Se confía pues en que, al salir de este lecho de temperatura y confort artificial, la vida te brindará de modo indefectible el retorno de tu propio afecto. Esto dura hasta la primera vez que alguien nos hace sentir el error. Es la mirada del otro la que nos descubre la sorpresa de no ser quien creíamos y la que nos obliga más tarde a ocultarnos en un expectante silencio, en la tímida espera de que una nueva mirada contradiga ese golpe recibido en el epicentro de la estima. Si este milagro corrector no sucede, si se debe convivir pues con la fealdad que nos atribuyen los ojos ajenos, se despiertan, en compensación, otras cualidades. Porque como el fluido de abstracta belleza, inculcado en el lecho materno, no cesa, acaba por encontrar efectivamente su salida en el desarrollo de otras habilidades. Tal y como la sangre busca nuevos caminos ante las arterias obstruidas.

Visionarios, genios, creadores, celosos, envidiosos, trepas, manipuladores, locuaces, ambiciosos, etc., son todos seres cuya belleza oculta ha buscado carreteras alternativas.

Todo el descubrimiento de mi fealdad sucedió en el colegio, y no hablo solo del aspecto físico, sino también de la más incorregible de las torpezas para expresar gracia alguna. Sentí que hacía sentir repugnancia. Un colegio, el mismo lugar que debía formarme, no me vio. Me vio mal. Puso ante mí un espejo deformante que me devolvió un horror del que aún no me he repuesto del todo. Mis pasos se hicieron torpes en cuanto conocí cómo me veían los demás. Dejé de bailar, olvidé la coreografía por completo y tropecé. A partir de aquí toda búsqueda de aceptación se convirtió en perversa: desplegué otras armas, recurrí a la dureza, aprendí a ser crítico, escéptico, defensivo, renuncié a la reciprocidad, apagué la luz y descubrí las palabras. Pero no fue fácil al principio. Cuando abrí mi boca por primera vez, cuando se me hizo leer en clase mis primeras redacciones, los demás me miraron por fin, sí, pero no me admiraron. La repugnancia se extendió como una nube tóxica. Entonces no solo era feo y débil sino además redicho, listillo y cursi. Tras la lectura y el aplauso del profesor, el que estaba sentado a mi lado en el pupitre murmuró: «Espérate en el patio».

Me inflaron a hostias y me invitaron a aprender a correr, a cerrar el pico, a reducir el uso de las palabras a las mínimas y más comerciales y también me enseñaron a esperar.

No amo a ese niño y no quiero que esté en mi interior. Siento, sin embargo, orgullo del joven que una mañana se presentó ante el espejo del baño, descubriéndose capaz quizá de algo, armado de información hasta los dientes (tanto silencio del niño sirvió para acumular estrategias, canciones y pensamientos). El joven emparedó el cadáver de aquel niño enfermizo tras un muro de indolencia y recursos plásticos. Los excluidos nos aferramos a lo formal, romanticismo básico, y nos damos de por vida de bruces con los realistas porque nos parecen siempre los matones de la escuela. Subjetivo, sí, pero ¿por qué no serlo?

Mi adulto es la venganza, el justo resultado. Es, tras una narración árida, el desenlace comercial y revanchista que invita al aplauso cómplice del público.

Soy un escritor porque he sido el niño más inútil que jamás he conocido. Soy escritor de éxito porque les dije a todos que lo era y hay tanta ligereza y rapidez que nadie se planteó ponerlo en duda. Me convertí en el mejor porque yo lo dije, pero este ardid no me sirvió del todo, porque yo sabía que no era cierto. La memoria es rozamiento y, por mucho que se pise el acelerador, tarde o temprano detiene al vehículo. Por todo esto escribí, sí, pero también por todo esto ya no soy capaz de hacerlo.

Otro coche y otra muerte. Para acabar con los asuntos pretéritos brevemente fotografiaré la mañana en que todo cambió, quizá para mejor pero desde luego a mi pesar. El padre conducía camino del colegio, camino del trabajo. El hijo a su lado no atisbó la muerte de modo inmediato. Primero reparó en el silencio del padre, luego en su balbuceo extraño, su espasmo, que interpretó como estallido de locura. Por último, el coche saliéndose de la calzada botando por la acera solitaria en la mañana de aún tímida luz.

Ya en el hospital, tras la muerte oficialmente diagnosticada, el médico preguntó a la madre si el padre padecía de algo, la madre solo respondió: «Sí, de miedo». Estando presente allí, en ese enorme pasillo, el joven desterró por fin al niño y, tras la breve respuesta de la madre, encarceló para siempre a su propio miedo.

—No pude llorar a mi marido porque tuve que sacar adelante a mi hijo —decía siempre la madre. Mi madre.

Ya no había padre pero nadie empatizó más que consigo mismo y se olvidó con tanta facilidad que, claro, tuvo sus consecuencias: mi joven se miró por fin al espejo, se convirtió en su opuesto, un audaz kamikaze de barrio, y descubrió el sexo de las palabras.

Soy Víctor Durán, publicaba novelas en los estertores del mundo que conocí, al que me aferré como un clavo ardiendo y del que me convertí en último adalid conocido, último idiota dispuesto, último guardián de las riquezas almacenadas por el hombre.

Soy Víctor Durán y ahora mismo estoy sentado en el sofá de mi casa junto al fantasma del cadáver de un chico cuyo nombre no soy capaz de recordar, aunque esta carencia nominativa no lo anula, al contrario, lo expande. Sin nombre los tiene todos. Es todos los personajes posibles. Tampoco recuerdo bien cómo era su carácter en vida. Lo conocí poco y en plena maratón de ego y desorden, así que su perfil también se me torna inquietantemente infinito.

Ambos tenemos heridas con las que estamos aprendiendo a convivir. Yo se las hice a él y él me las hizo a mí. Sangre seca, piel amoratada y expresión incierta a la espera del próximo episodio. Quien esté libre de expectante incertidumbre que tire la primera piedra. Nosotros no estamos tan mal después de todo. Hay cierta armonía en la estampa. Familiaridad y calma chicha tras días de exceso. Un suspiro, pasa un ángel. Aquí estamos los dos, uno frente al otro, destrozados y calladitos. Hay también cierto humor en la imagen.

Estoy a punto de proponerle algo sencillo: una cena, un picoteo improvisado, o mejor, quizá ver una película. Me gustaría que viésemos películas juntos, sí. Podría también leerle. Poemas, relatos cortos, algún retazo lapidario, pero eso le va a recordar que ya no escribo y sé muy bien que este asunto le pone como una hidra.

Si él estuviese dispuesto, si admitiese que tenemos todo el tiempo del mundo, si yo lo admitiese también, si liquidásemos de una vez por todas esta impaciencia por estar en algo que a ningún lado nos conduce. Podría quizá instruirlo, entretenerlo, convertirlo en mejor a base de alimentarlo con cucharadas rebosantes de todo aquello que sé. Siempre pensé que, a pesar del egoísmo, tarde o temprano acabaría por poseerme ese anhelo conocido de brindarle mi legado a un único ser: a un elegido. Legar a un muerto, ¿se le ocurre a alguien mayor absurdo? Es, sin duda, un gesto muy de este tiempo. La humanidad bajo tratamiento antipsicótico. Tanto coqueteo con el todo desde la ciencia y desde el arte nos ha sumido precisamente en la nada. El saber actuando como un agujero negro; el saber primero ambicionado y luego convertido en abstracción de sí mismo nos ha devuelto a la más absoluta de las ignorancias. Ya no sabemos nada y todo se desmorona. Nos quejamos de que se celebre la idiotéz, nos indignamos, temblamos ante el triunfo del ignorante, pero hay que aceptarlo, es la resultante lógica y todos hemos participado. La revolución del idiota es la única revolución posible ya. Vuelve la culpa y vuelve Dios.

Si fuese verdad todo eso de la cualidad visionaria del creador y me empeñase en construir escritura sobre lo que veo venir, entonces sí que sería ciertamente cruel y destructivo, porque desde las palabras puedo ser el loco más equivocado pero también el más convincente. No debo escribir más porque solo soy capaz de ver el fin del arte, del pensamiento y por extensión el fin de este mundo nuestro. Hablar de esperanza es una ñoñez ligera. Nunca me interesó como tema y ahora menos que nunca. Así que mejor no hacer nada, mejor quedarme aquí debatiendo y hostiándome con este muerto mío, mejor ser un demente, otra vez un Bartleby, porque si escribo os dejaría una única ventana abierta: aquella que os condenaría a la eterna repetición, al *vintage* del pensamiento, al eterno día de la marmota como única posibilidad para sostener este juego: si queréis seguir aquí, volved a los lugares conocidos y reinventad la reinención de lo reinventado porque hace ya mucho que estáis muertos y demasiado enfadados para daros cuenta.

No, probablemente no escriba más, pero no puedo decirselo a mi fantasma malhumorado que se empeña en negarse a la evidencia. ¿Cómo explicárselo todo y no destrozarlo nuevamente? ¿Cómo decirle que ya dijimos que todo era mentira y que luego nos consolamos festejando que la mentira era mejor que la verdad, y que después decidimos regresar a la verdad, y regresamos, y que por último y de nuevo volvimos a negarla y así nos quedamos por listillos sin nada más que añadir? Me parecía mejor seguir los dos en silencio y, sí, efectivamente, veía en esa tregua una escena rutinaria y hogareña.

Debería haber permitido que se extendiese aquel silencio entre los dos para así, quizá, descubrir lo que había después. Una suerte de estado de liberadora plenitud, un paraíso de las ideas donde todas ellas retozan cebándose rozagantes, fluyendo sin el prejuicio y el denso peso de considerarse nuevas o viejas, insustanciales o edificantes... Pero, a pesar de tanta intensa luz, a pesar de estar sufriendo la más desquiciante de las sobreinformaciones, aún seguía siendo yo, parlante y torpe, así que rompí en palabras.

—¿Te gustaría ver una película?, tengo miles. *El nadador* es de un hombre que vuelve a su casa a nado, a través de las piscinas de los vecinos de toda la comarca. Un viaje desnudo hacia sí mismo. Creo incluso que llega a nadar en una piscina completamente vacía.

Animado por su escucha, estaba a punto de dar un salto y zambullirme de lleno en el subtexto posible que nos vinculaba a aquella sencilla sinopsis, pero el chico me interrumpió.

—No me marcharé de tu lado hasta que vea que escribes y que lo que escribes habla de mí de verdad.

Me crispó tanto aquella insistencia suya que le hubiese golpeado esta vez yo a él. No temí rebelarme y lo hice.

—Aunque leas lo que escribo no podrás interpretarlo, no sabrás distinguir siquiera si habla de ti. Eres un bruto incapaz.

Pero no conseguí sacarlo de sus casillas y respondió, en cambio, a la altura.

—No sé cómo cojones voy a inspirarte si piensas eso de mí.

Yo me mantuve a la ofensiva.

—La gracia no eras tú, consistía en mi forma de mirarte.

—Olvidalo. No será ese el enfoque. No te dedicarás a opinar y opinar conjeturando sobre mí sin mí. El reto era abandonarte, dejarte a ti, nos habíamos hartado de ti, se trata de que mires por mí. Se trata del otro. Ese era el único reto.

Necesité obviar la eficacia de su respuesta para poder insistir.

—No hablabas así, chico. ¿Qué hiciste con el ignorante de barrio de ambiciones desbocadas?

—Estoy muerto, ¿te acuerdas? Ahora hablo por medio de ti y solo contigo.

—Que intentes convencerme de que eres solo un asunto de mi imaginación es más cruel que los golpes.

—¿Solo? Pero si hace mucho tiempo que tu imaginación es más fuerte y real que tú. ¿Tienes alguna idea de quién coño eres?

Me bastó con eso, no me veía con ánimos para el ping-pong verbal y menos con él, no lo apreciaba como contrincante. Errores de cálculo. Así que le obligué a concretar.

—¿Estás aquí conmigo o no lo estás?

—Yo no me pondría a prueba, puedo acabar de reventarte la cara para demostrártelo.

El timbre de la puerta detuvo la conversación y de pronto el chico cambió su expresión. Los dos volvimos entonces al silencio. Más tenso esta vez.

Se enfada, piensa que quizá le he tendido una trampa, que he llamado a alguien, que quiero huir de nuevo. Nos miramos sin mover un músculo. Son los segundos previos a la acción. Yo no actúo pero él sigue al acecho, entonces vuelven a llamar. Los timbrazos se suceden ahora con insistencia. El chico se enerva y trato de calmarlo.

—No espero a nadie. Puede ser un mensajero o alguien que se ha equivocado.

—Cállate. No abras —me replica.

Comienzan entonces a golpear directamente en la puerta. Un hombre habla desde el otro lado.

—Si no me abre volveré con policías para que tiren la puerta abajo.

De inmediato reconozco la voz. El chico se levanta y, muy inquieto, camina de un lado a otro. Cornel, mi médico rumano, no cesa de aporrear la puerta.

—Es médico y amigo y no se irá si no le permitimos entrar —le explico. El chico, ocultando su susto, niega con la cabeza y me chista de nuevo. Yo entonces insisto —: Me has dejado las manos intactas pero apenas puedo ver. Si me cura y consigue deshinchar mis ojos podré escribir.

El chico se da unos segundos pero decide creerme. El aporreo hace vibrar ya toda la casa, entonces me mira exigiéndome prudencia y luego, sin decir nada, me da permiso para abrir.

Adriana coincidiría con Cornel en las declaraciones a la policía y, tras visitarme, preocupada, debió contactar con él reclamando para mí ayuda profesional. No me voy a extender en los mil matices de su preocupación, elaboradlo vosotros: sale solo.

Justo antes de abrirle a Cornel increpé al chico para que cerrase también la boquita y no metiese la pata. Él asintió con gesto obediente. Llamó mi atención que, dominando ya él, fuese tan sencillo que también se dejara dominar. Entendí que ambos estábamos igualmente interesados en resolverlo pronto y seguir solos. Nació así, sin anuncios, una complicidad de todavía incierta consistencia.

Cornel al verme en aquel estado apenas reprimió una expresión de dolor y conmiseración. Breve. Hacía tiempo que un gesto de este tipo no fluía de modo natural de los demás a mí. Poco le faltó para abrazarme, pero felizmente no lo hizo. Pensé siempre que si algún día recibía un gesto similar ya no podría desprenderme de los brazos de quien fuese y que probablemente moriría ahogado por mi infinito llanto. No sucedió y por tanto pudimos proseguir la escena.

Lo dirigí hasta el baño y allí, sentado yo en la taza, Cornel me limpió las heridas e incluso me cosió un corte de la ceja con esmero. Imaginé los lametazos de los gatos. Cornel era un gato. El chico nos miraba atento, plantado frente a nosotros sentado en el borde de la bañera.

—¿Quién es el animal que le ha hecho esto? —me preguntó el rumano de nuevo sin reprimir la lástima.

No le contesté pero el chico sí intervino.

—¿Por qué no le largas la clase de animal que eres tú y lo que me hiciste con el coche en la flor de la vida?

Su autocompasión me hizo soltar una carcajada.

—A fina, eso de «la flor de la vida» es una expresión cursi y repetida.

Cornel seguía a lo suyo. Me irritaba que, como Adriana, él tampoco fuese capaz de escuchar la voz del chico. Cuando oía solo mis respuestas las interpretaba, supongo, como abstracciones poéticas, propias de escritor en *shock*.

—Desde luego es cursi, no escriba nunca esa expresión —intervino Cornel irritando más al chico.

—¿Qué coño le pasa al ruso de los huevos? ¿Ahora escribe también? —repuso el chico sin disimular su envidia al adivinar nuestra complicidad.

—No es ruso —contesté.

—Soy rumano, ¿no lo recuerda? —añadió Cornel sin abandonar, cuidadoso, su tarea sanadora.

—Yo sí lo recuerdo —agregué.

Entonces Cornel se detuvo.

—¿Quién es el que no lo recuerda entonces, Víctor?

Aquella pregunta se parecía mucho a un testado, aparentemente sin intención, que pretendía olisquear en mi salud mental. Eso me hizo pensar que Adriana le había informado de la presencia del chico, así que decidí obviar la pregunta. Entonces Cornel insistió con el asunto, reforzando así mi sospecha.

—Es complicado entender a los escritores cuando perciben la realidad de un modo tan confuso y se expresan confiados en que el receptor interprete adecuadamente su visión.

—A mí en cambio la ciencia me parece más abstracta —contesté.

—Ahora estoy cosiendo rotos y limpiando heridas. No es ciencia, es como la labor de una madre.

—Tampoco entiendo bien el mecanismo materno.

Me sentía defraudado ante la posible estrategia del rumano, así que me dediqué a devolver sus frases, siendo breve pero conciso. El chico seguía nervioso.

—¡Callaos ya! ¡Que acabe y que se largue!

—¡Cállate tú y aprende a tener paciencia!

—¿Con quién habla, Víctor? —insistió Cornel abiertamente mientras acababa ya con los últimos puntos de sutura.

—A veces pienso en alto. Es un modo de fijar ideas y evitar su olvido —quise concluir desviando el asunto.

Aunque me sintiera más seguro dominando la situación, convenía, en cualquier caso, que Cornel no permaneciese con nosotros mucho más tiempo. El chico podía ser, efectivamente, un fantasma o quizá fuese simplemente lo peor de mí, pero en ambos casos lo que resultaba evidente es que no era muy hábil a la hora de hacer amigos.

Cornel insistía en llegar más adentro.

—Usted tendrá sus procesos y no tengo otra opción que respetarlos, pero sabe que puede confiar en mí —dijo.

—Eso es, probablemente, lo más cariñoso que me han dicho en los últimos diez años, pero...

Cornel, entonces, sonriente, me interrumpió matizando su afecto con asepsia admirativa.

—Mi interés consiste, supongo, en poder seguir disfrutando de su obra.

La admiración es siempre un doloroso sustitutivo del afecto. Aquel que te admira no puede quererte, sin embargo yo no sé buscar el afecto de otro modo que incentivando la admiración. Pensaba en todo esto cuando, rápidamente, Cornel comenzó a preparar con eficacia una jeringuilla.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Tranquilo, le sentará bien —repuso.

La habilidad y la templanza de Cornel no me permitieron la duda. La aguja de la jeringuilla ya estaba clavada en mi brazo y el propofol entrando. Comprendí enseguida que iba a padecer otro secuestro, el de los otros. El raptó más agorafóbico, aquel que insistía en devolverme al mundo exterior y a los contratos de mi editora. Cornell ya sin duda esbirro de Adriana, un nuevo punto de giro que le daba otra vez a la trama el «Nada es lo que parece» del peor argumento *noir*. Ahora el amigo Cornel, de generosidad no requerida y leve acento del este, era parte del lado oscuro: colaborador de la madre coraje del *establishment*, del origen del mal.

—Adriana está muy preocupada, lo hacemos por su bien, confíe en que estará mejor.

Estas palabras de Cornel y la cara desencajada e impotente del chico al comprender lo que ocurría fueron las últimas informaciones que recibí del exterior. Inmediatamente después, la química otra vez me sumió en un profundo sueño.

He debido de soñar mucho a lo largo de estos días. Se suceden un sinfín de imágenes que desaparecen, una memoria frágil que no hace por retener nada. No sé cuánto tiempo ha podido transcurrir. Un leve parpadeo me descubre el entorno: todo es blanco y apenas hay objetos. Se me vuelven a cerrar los ojos y no hago por evitarlo. Me voy dejando arrastrar por una placentera marea de sopor. No soy. Siempre incapaz de estar sin participar, pensaba que era imposible alcanzar un no-estado semejante.

Sin embargo sigo aquí, a pesar de que no se hace necesaria mi intervención sobre la realidad. El yo por fin de vacaciones. Lo que sea que me han estado suministrando para aniquilar el ruido y la elucubración es sin duda eficaz. El resultado no es inquietante o aterrador como habría podido temer. En estos días creo haber abierto los ojos a ratos y he debido de ver algunas caras. Personas amables o al menos correctas. Alguna enfermera, algún conocido. Adriana seguramente ha estado y a Cornel creo recordarlo también. Estoy seguro de que no ha sido un sueño.

Abro los ojos de nuevo. Creo que solo ha sido un parpadeo o unos breves minutos de sueño, pero otra vez han podido pasar horas. Miro a mi alrededor: la cama, un pequeño sillón, una puerta blanca, un breve armario empotrado, la cortina también blanca y la luz rectangular que se oculta tras ella. La luz rectangular... No soy capaz de dar con la palabra en varios eternos minutos. Un rectángulo, un rectángulo de luz, insisto en pensar pero no sale y no me obsesiona el lapsus. Puedo ver la cortina y tras ella la luz rectangular. Suficiente.

No tengo ni idea del día en el que estamos o siquiera la hora. Es de día. Luz crepuscular. Es por la tarde. Llegan apenas algunos sonidos lejanos: el viento en los árboles, leves voces en los pasillos, ruedas quizá de los carros con las comidas, o camillas, o sillas de ruedas. Se trata de un monótono y chirriante gira-gira. También ese ruido acompaña, me abriga. Todo lo que se filtra del exterior se convierte en un acolchado envoltorio que arrulla. Quisiera estar así mucho tiempo. A merced, adormilado.

La memoria deambula así por imágenes de una antigua atención materna. Momentos de la infancia, la obligada hora de la siesta. Cálida temperatura y habitación penumbrosa, los adultos fuera de cháchara descansada y yo dentro en la cama negándome a caer dormido. Los sonidos externos como continua invitación a abandonar el reposo pero también como sedante confort lejano. Dormir como mamá ordena o permanecer en falso sueño, gozando de un placer solitario y secreto: pensar. Parpadeo mirándome las pequeñas manos alzándose hasta alcanzar el haz de luz que se cuelga por la ventana. ¡Eso es!, se llama ventana. El rectángulo de luz blanca se llama ventana.

Esto es un hospital o, probablemente, un sanatorio de salud mental. ¿Cuánto habrá pasado? He debido de tener sueños agradables, sí, quizá incluso alguna pesadilla, pero no hay imágenes. Me siento respirar, poco a poco despierto de una tormenta perfecta. Debo levantarme, lo pienso y me levanto. Tardo mucho en hacerlo. Voy lento. Al incorporarme y avanzar por la habitación me descubro ante el espejo situado en la pared de enfrente: mis heridas de la cara han mejorado mucho, debo llevar una semana dormido. Pero no he dormido todo el rato. Ahora recuerdo algunas horas de consciencia leve, de permanecer con los ojos abiertos sin impulso para hablar o interactuar con imágenes mudas: limpieza de la habitación, enfermeras controlando el suero desde el que era medicado. Todo esto entre parpadeos. Estoy desnudo y despistado como el nadador de la película. Miro a mi alrededor. Es efectivamente un hospital. Pienso en una expresión que recordaba de la niñez en bocas adultas: cura de reposo, quinta de sueño. Pensaba que se trataba de una leyenda urbana, de una terapia etiquetada así por la imprecisión de los hablantes. Pero yo debo de haber dormido casi todo el tiempo, ya digo, más de una semana.

Me dirijo a la puerta y puedo abrirla. No estoy encerrado. Salgo de la habitación y comienzo a caminar por un largo pasillo. No me cruzo con nadie en los primeros momentos, pero puedo ver el interior de algunas de las otras habitaciones que se alinean a ambos lados de la galería. Todos los pacientes somos caucásicos: todo Occidente en cura de sueño. Sigo mi camino sin objetivo concreto, al final del pasillo rompe el todo blanco el plata de la puerta de los ascensores. Me voy acercando y siento que puedo salir y marcharme de allí. Pienso que quizá deba hacerlo. Aunque sin duda no sea mi voluntad la que me llevó hasta allí, nadie me impide que haga uso de ella y vuelva, pues, a mi casa. Pero la idea de escapar no me activa, ni acelera mis pasos, aún en balanceo. Me gusta estar así, sin apreciar la acción, sin sentirme empujado a hacer nada por mi propio difuso empeño. Vivir es inevitable, hacer no es imprescindible. Casi estoy a punto de llegar a los ascensores cuando suena un tintineo de llegada y se abren las puertas de uno de ellos. Una enfermera mayor que al salir me intercepta el camino de la calle. Pienso quizá en volver sobre mis pasos, huir, pero me faltan voluntad y razones. Permanezco allí, en el pasillo, ante el ascensor aún abierto y ante esa enorme enfermera que me ve y no se sorprende de mi fuga.

—Debo marcharme —le informo sin energía.

—¿Así, desnudo? ¿No cree que es mejor dormir un poco más y salir cuando esté completamente despejado? —replica con parsimonia y templada naturalidad, con ese tono sanitario que trata a todos como tontos o seniles y que siempre interpretamos como golpe a la dignidad hasta que por fin somos los enfermos y descubrimos que nos sirve.

Asiento y me dejo devolver a la cama. «Camino de vuelta al cajón blanco», pienso. La gruesa mano de la enfermera aprisiona mi brazo con firmeza pero sin dañar. Por los pasillos escucho gritos de otra paciente. No construyo una imagen completa, no opino, vienen solo a mi cabeza palabras inconexas: resultado, decrepitud, sanatorio.

—Vuelvo al cajón blanco —le digo.

—Al dormitorio a descansar. Mañana podrá volver a casa. Esté tranquilo, no le retenemos.

—Dormitorio, sí. Hay una ventana —concluyo.

—Exacto, hay una ventana porque no es un cajón —afirma.

Por fin me devuelve a la cama y se va. Cierro los ojos y admito el hecho de que el chico está ya muy lejos. No ha sido nada. La luz intensa del rectángulo, la ventana, ya no es un estorbo. La luz envuelve. Me duermo profundamente y quizá vuelvo a soñar.

Llueve tontamente. Ya no entra tanta luz por la ventana y la penumbrosa mañana vuelve gris el blanco. Mis ojos están ya completamente abiertos. No hay en mí tono alguno, ni deprimido, ni aterrado, ni desconcertado, pero desde luego me despierto sin entusiasmos nuevos. Estoy en punto muerto pero despejado. El resultado se parece bastante a lo que andaba buscando: la no-opinión. Supongo que en eso consiste apearse del gusano loco en el que había estado subido todo este tiempo.

Han decidido ir reduciéndome la dosis de hipnóticos. Han debido de dar por concluido el ciclo de sueño. Quieren que vuelva. Pero ¿quién? «La venganza de los otros», vuelvo a pensar. Dar de nuevo lugar a este tipo de elucubraciones no conviene ahora, lo admito sin esfuerzo, así que remonto intentando fijar pensamientos más edificantes. «Todo esto ha ocurrido por *La Idea* y para *La Idea*. Ha sido azaroso pero necesario». ¿Cómo es posible que sea capaz de hablar de necesidad alrededor de un asunto tan accesorio como el mío? En cualquier caso y a pesar de haber dormido durante más de una semana, he conseguido tomar una decisión, pero no voy a abrir la boca esta vez, me basta con reconocerla yo.

Entiendo que no puedo volver a ser el que era, incluso soy capaz de asumir lo ocurrido y distanciarme, pero no soy otro del todo. Está todo decidido, sí, pero no vislumbro con facilidad el siguiente paso.

Como a pesar de esta calma aparente sigo estando aquí, me viene de nuevo la pregunta a visitar, esa cuestión tan mía: «¿Qué hacer? Y ahora, ¿qué hacer?». No me apresuro a contestar. Después de un momento encuentro alivio en una respuesta que no me implica: «Alguien se encargará de todo. Algo sucederá que lo pondrá en marcha todo. ¿Qué tal si no lo tengo que decidir yo?». Parece que la solución va encaminada exactamente en ese sentido porque, justo al dilucidar este descargo de responsabilidad, la enfermera de manos anchas retorna a la habitación para indicarme el camino que ha de conducirme al siguiente episodio. La mujer sonríe levemente pero actúa sin dudas. Esa actitud que tanto admiro: ni un titubeo ante lo simple. Así precisamente es como se convierte en simple. En mi caso había conseguido el efecto opuesto: complicar lo más sencillo.

La enfermera no habla nada y yo lo agradezco. Abre las cortinas y el armario. Saca una percha con ropa. Es mía. La reconozco aunque recuerdo que no era la que llevaba cuando Cornel me secuestró. Está limpia y planchada. Entonces, ahora sí, la mujer me hace la indicación precisa.

—Puede vestirse cuando quiera, no hay prisas, luego verá a la doctora.

No sé quién es la doctora. Pienso en el viaje de Alicia, un recorrido guiado, el siguiente paso siempre una sorpresa, un nuevo punto de giro.

—¿Podría ducharme? —pregunto.

—Debería —concluye y luego se marcha.

No es una buena ducha, chorrean leves hilos irregulares y paso frío, sin embargo no soy eficaz, no consigo ejecutar nada con rapidez. Entre ducharme y vestirme puede haber pasado casi una hora. Cuando alguien te marca qué hacer y luego añade que no hay prisa pretende, en realidad, que lo ejecutes de inmediato. Puede parecer otra de mis hiperbólicas percepciones, pero está basada en la experiencia repetida. Hay gestos de educación que son como armas arrojadas. Al comienzo de mi ascenso sentía admiración por la gente de expresión educada, me hacían pensar que había llegado a casa, establecía comparación con los modales de mi origen y renegaba de ellos. Ahora, sin embargo, veo también en los educados la cínica agresión. Se revela ante mí todo lo que ocultan —la mirada certera del psicótico—. Me peleo frontalmente contra estos gestos y siempre salgo perdiendo. El ruido que armo es siempre más llamativo que el fino dardo del educado y no se me da la razón. Mi comportamiento en el cumpleaños de Adriana formaba parte también de esta absurda cruzada.

Una vez vestido me siento en la cama a esperar. No demasiado. Enseguida vuelve otra enfermera, esta es pequeña, delgaducha y menos amable. Me indica que la siga a la consulta de la doctora. Hacemos pasillo, ascensor, patio, pasillo y más pasillo hasta que por fin llegamos.

Innecesario describir el despacho de la psiquiatra. Solo hay dos tipos de despacho de terapeutas de la mente: las científicas, con muebles oscuros lacados con barnices caobas como féretros, paredes blancas con diversas opciones de gotelé, diplomas enmarcados y algún objeto decorativo con más o menos asepsia para mantener la distancia necesaria, pero delator para el ojo del buen observador de los posibles gustos, siempre dudosos, creencias y hasta de los orígenes del susodicho. Luego están los otros, que, al contrario, pretenden transmitir humanidad, multidisciplinaria, rollo cuántico. Hay colores, piedras de cuarzo, algún detalle que rezuma artesanado y hasta, en el peor de los casos, malva en las paredes. Estos últimos podría haberlos eludido, no gozan de mi confianza, son como la suerte. Aun así, mi avidez de ayuda y mi inagotable curiosidad por mí mismo como tema hicieron que recurriese a todos los modelos de terapeuta a lo largo de mi vida. Con escasa fe en todos los casos. Otra adicción. No encontré nunca utilidad real en las distintas terapias en las que curioseé, pero me provocaba fascinación mi propio fingimiento. Como todo el mundo, ante una terapia creía avanzar, pero en realidad trazaba círculos y nunca los abría hasta que, unilateralmente, lo decidía, hasta que el girar y girar me hartaba de verdad a mí.

Esto es un hospital convencional donde te dopan y te dejan fuera de juego una semana, aquí no había animismo, ni frecuencias energéticas, ni cuarzos, ni malvas. Farmacopea pura y dura, así que el despacho con el que me encontré respondía al primer tipo. La doctora me esperaba ya allí. Ella no estableció conmigo ninguna diferencia. «No lee», pensé, «o lee y no le gusta», «o entiendo quizá que debe ser siempre así, sea quien sea el paciente». Distancia profesional. Superaba los cincuenta e iba de pantalón negro y chaqueta jaspeada en grises. Pensé en una notaría. La psiquiatra me invitó a sentarme y, tras un brevísimo saludo, entró enseguida en materia.

—Su rostro ha mejorado mucho con respecto a su llegada.

Asentí y ella entonces prosiguió.

—Verá, no es fácil admitir la autoagresión, uno necesita buscar a otros responsables. Echar balones fuera, le llaman. Es fácil entenderlo cuando vemos que lo hacemos con conflictos más sencillos: una decepción amorosa, los desacuerdos profesionales o disputas familiares. Nos deshacemos de cualquier responsabilidad. Así que es humano no ser capaz de admitir que uno se golpea y se destroza la cara. No esta loco por haberse negado a verlo. No se culpe y no se impresione más. Simplemente había que desconectarlo por un tiempo. Hacer borrón y cuenta nueva.

Agaché mi mirada en gesto de aceptación. Ella no se detuvo.

—Hemos podido hablar con el médico que lo asistió en dos ocasiones y con su editora. Supongo que si le explico que no es el primer caso de persona que, no teniendo antecedentes psiquiátricos graves, tras el *shock* de una muerte inesperada sufre un brote psicótico puede entenderlo, ¿verdad?

—Perfectamente —contesté con brevedad para permitirle que continuase.

—Vamos bien. Adriana me habló además de sus problemas con la escritura, su búsqueda y necesidad de cambios y por último del terrible accidente de ese nuevo amigo suyo. Todo esto, unido al insomnio que ya padece, el alcohol y su afición a automedicarse. Bueno, es una resultante posible que desviase la responsabilidad a una presencia imaginaria. Alguien de quien además le debió a usted costar despedirse.

Fue fácil encontrar la emoción al oír que debía despedirme. Ví la iglesia, el bar, vi a la madre, al chico asustado al fondo del pasillo. Las lágrimas brotaron y convencionaron así a la doctora de la eficacia de su exposición. Se sentía satisfecha, pero ahora su leve sonrisa no era de empatía con el paciente sino de autosatisfacción por su habilidad para el acierto. Reconozco el ego a kilómetros. Entonces la doctora suavizó su discurso dejando que se filtrase algo similar al afecto y me comenzó a tratar de tío.

—Ahora estás desconcertado pero por fin en tierra, Víctor. Tómate tu tiempo. Sostendremos una medicación durante algunos meses y poco a poco irás encontrando nuevos asideros. Ten paciencia, no desesperes y confía, irás a mejor.

—¿Puedo volver a casa entonces? —Sequé mis lágrimas y concluí dócil.

Ya podía marcharme, sí. No hablaban de curación pero sí de superación de la crisis. Confiaban en mí y en los posibles beneficios del retorno a mis rutinas.

Pude salir de aquel despacho tras recibir un informe que incluía de modo detallado un rosario de consejos tan ingenuos como: alimentación adecuada, horas de sueño, paseos matutinos, visitas a seres queridos y, por supuesto, pastillas por un tubo.

No tuve que mentir para convencer, el silencio hizo lo suyo. Reforzaba así mi sospecha: se podía confiar en las ventajas de la pausa y de la no intervención.

Pero nunca se es otro del todo, solo enviamos a territorios secretos aquellos inconvenientes que nos restan ante los demás. Pero no nos abandonan nunca. Salen cada

noche para danzar con nosotros cuando ya estamos a solas. Vuelven y nos dicen: «Seguimos aquí, qué bien has conseguido ocultarnos hoy. Hoy tampoco nadie se ha dado cuenta de nuestro escondite».

Cambiar es aprender a disimular y disfrutar de la actuación resta dolor a la mentira. El verdadero nuevo hombre es un gimnasta, un continuo ejecutor de estrategias. Al recluirme en contra de mi voluntad e inducirme la inconsciencia, me arrancaron de cuajo del lado del chico. Me habían obligado a dejarlo solo y encerrado. Los muertos no comen, pero sí que se alimentan: con la memoria de los otros. Sin ella, mueren una y otra vez, cayendo por un eterno agujero de gusano: el olvido. Mientras dormía no podía suministrar a mi fantasma su único nutriente, mi recuerdo. Pero ahora sabía lo que debía hacer. Lo tenía todo planeado. Debía volver a casa y hacer lo necesario para que el chico volviese y disculpase mi ausencia. Quizá él ya no me golpease más, quizá me abrazase y se hermanase con la idea de que ambos habíamos sido secuestrados por última vez. Para eso debía convencerles de que por fin, sí, me había dormido del todo. Deambular entre los invasores con cara de nada. No expresar desacuerdo alguno para hacerles creer que no debían temer una recaída. Callarme y disimular. La doctora no me pilló ni un parpadeo, ahora quedaba convencer a Adriana y después al resto. Interpretar la locura se puede conseguir en una función escolar, fingir la cordura, sin embargo, requiere el control y la precisión de un deportista de élite.

Mi esperanza no se sostiene por el entusiasmo, ni siquiera por la fe. Mi esperanza es una fuerza íntima, pequeña, secreta, inconfesable, endeble pero inquebrantable en su propia flaqueza. No es un tema, no. Nunca escribí sobre la esperanza y por eso tampoco seguí escribiendo. Pero ahora puedo mirar con calma, sin anhelo de novedad, sin participar y dar así constancia de la herramienta más eficaz del que se expresa: la administración de su propio silencio.

Había venido a recogerme. Ya en el coche, dejé que hablase Adriana. Es difícil darle la vuelta a los roles con ella porque es demasiado consciente de que el silencio es un arma de infalible eficacia y la considera de su patrimonio. No debía hacerle sospechar, así que le sonreí con gesto aséptico pero cómplice, interpretando estar aún bajo el efecto reminiscencia de la sedación. No quería poner nada en evidencia, nada. No fue complicado que bajase la guardia y no reparase en mi mutismo. Adriana, aunque había sabido siempre justificarse y perdonarse a sí misma, sentía una difusa culpa por su manipuladora intervención y por lo tanto no estaba demasiado atenta a mí para no tener que afrontarme. En realidad ni siquiera estaba atenta a la conducción.

Siempre me sorprendió que una mujer que había sido capaz de construir prácticamente sola un sólido grupo editorial resultase, sin embargo, tan incapaz para manejar su propio vehículo. Su torpeza al volante era, claro, el resultado de su soberbia. Negación de la existencia del resto de los vehículos, negación del triunfo de la máquina en contraposición al pensamiento creativo. Quería someter al trasto: «Eres mío e inerte, luego te machaco». Por razones similares le costaba tanto admitir que yo no fuera completamente de su propiedad, por eso se separó de su marido, por eso estaba sola y, como consecuencia, cada vez más desorientada.

Adriana conducía por medio de las autopistas, a muy poca velocidad, destrozando la caja de cambios, obviando las señales y con reacciones tardías en la mayoría de los casos. A mí, en general, siempre me había provocado terror el hecho de estar a merced de que otro me arrebatase las riendas: los aviones, los coches, los correctores de estilo, los traductores... Pero viajar con Adriana al volante implicaba un abandono tan total del control que, al contrario, me trasladaba a sentir la más irremediable y absoluta de las rendiciones. Adriana, la carretera y una banda sonora de fondo que ella misma obviaba: cláxones e insultos de los coches que nos adelantaban. Enseguida comenzó a soltar una perorata, intencionada, por supuesto, pero más caótica y emocional que de costumbre. Todo un rodeo alrededor del mismo único tema: contrato/libro. Intentaba disfrazar su objetivo pero de un modo tan decepcionantemente previsible que debo reconocer que hubiese agradecido algo más de dificultad para esforzarme en dilucidar su intención entre líneas. Que se ocultase un poco más en esta ocasión para yo poder testar de nuevo mis anestesiadas suspicacias.

—La doctora me ha dicho que no debemos presionarte. Que quizá lo hemos hecho durante todo este tiempo. No era mi intención, ni por asomo. Tenemos nuestra forma de relacionarnos tú y yo, ¿no? Siempre pensé que azuzarte te alejaba de la locura. Es cierto que mi obligación es instar a la producción a los escritores para seguir publicando, pero contigo siempre creí que lo necesitabas y que cuando decías «No puedo», en realidad, pedías a gritos que alguien te sacase del atolladero y te pusiese a la tarea. No somos los editores los que hablamos del poder terapéutico de la escritura. Sois vosotros.

—No te preocupes, Adriana —interrumpí para dar ritmo a su monólogo con breves cortes y no evidenciar de este modo mi silente estrategia. En cualquier caso no hubiese hecho falta, me pisaba, no escuchaba, seguía parloteando.

—No quiero que escribas si es perjudicial para ti. Pero no alcanzo a creer que lo sea. A no ser que tú corrobore esa idea.

—No lo es. Tienes razón, Adriana —respondí intentando crear consenso. Pero ella seguía sin escucharme.

—Durante todo este tiempo de cheques de adelantos y de espera sin frutos, las cosas han ido a peor para todos. Hemos perdido a muchos de nuestros mejores autores, lo que se publica apenas se vende, la situación me tiene desbordada, Víctor, y esto, créeme, te lo cuento solo como amiga. Que necesito un libro tuyo es ahora, más que nunca, una evidencia, pero también te digo que si esto te va a hacer daño te juro que rompo el contrato hoy mismo y te libero.

Adriana casi se emocionó mientras yo sostenía mi esfuerzo en fluir a favor. Calmarla, quitármela de en medio sin que se pusiese a la defensiva. Dije lo que supuse que necesitaba escuchar.

—Ahora sé que todo ocurrió en mi cabeza, pero he vuelto a mí. Voy a volver a escribir y a cumplir con ese contrato, tranquila.

Cada vez me resultaba más difícil ocultar la tensión ante sus maniobras en la carretera.

—Adriana, no adelantes en las curvas.

—No te estoy hablando de contratos, Víctor, los que te queremos creemos que la escritura es tu única tabla de salvación. No solo vives de eso, también para eso. De verdad no atribuyas demagogia a mis palabras, trato de ser clara y eso me lleva a frases hechas, lo sé, pero no radiografíes lo que digo ni conjetures. Me mueve de verdad otra intención.

Yo no podía más y, casi perdiendo el impostado tono templado, se me escaparon los reproches.

—¿Y Cornel? ¿Qué movió a ese médico rumano a traicionarme?

Pero ella lo tenía todo bien construido y no tardó en devolvérmela.

—Nadie está en tu contra sencillamente porque nadie puede estar de tu parte. Todos te vimos muy mal. Ese médico rumano te admira y eso le ha llevado a preocuparse por ti.

—La admiración no me es útil —añadí decepcionado, a punto de estropear ya del todo mi juego de ocultación.

Adriana vio entonces el extremo de la cuerda que, involuntariamente, había dejado escapar y, rápida, tiró de ella intentando descubrirme.

—¿Por qué no te basta, Víctor? ¿Qué tipo de amor quieres? ¿Un cuerpo muerto en tu sofá? ¿Compañía para las rutinas? ¿Alguien a quien aguantar su aliento y sus mentiras? ¿No te basta con el gran e incondicional amor de aquellos que te admiran, con algo tan inquebrantable como es el talento? ¿Qué pretendes negándote a aceptar la respuesta ante lo que tú mismo has generado?

Un camión abigarrado de enormes troncos de árbol nos adelantó tocando la bocina largamente. Me impresioné y me percaté del peligro, pero enseguida volví al control del juego.

—No tienes que convencerme de nada, Adriana, porque tienes razón.

Yo iba a por todas pero aún no lo había conseguido. Adriana, que seguía dudando, insistía en acorralarme. Su escasa escucha me situaba al borde de estropearlo todo, pero aún me esforzaba por evitarlo.

—No soy la mala de la película. Es irresponsable que me sitúes en el lado opuesto al tuyo. No soy el poder. ¿Te vas a cargar tu carrera solo por lo que opinas de mí? No estés a la contra porque eso es muy depresivo. No echés balones fuera.

Otra vez esa repugnante imagen futbolera para referirse a que me autoengaño culpando al mundo de mis limitaciones. ¿Qué les pasa a las mujeres con el fútbol? No hay nada como el pragmatismo de Adriana para aniquilar mi escasa asertividad y hasta para desmontar la ilusión subjetiva de la creación misma. Ella primero había convertido en cláusulas todas las condiciones y todos los contenidos, luego pretendía que escribiese y encima exigía además que me lo creyese. Sí, Adriana querida, eres la más lista de los tontos y no me importa equivocarme de lleno y ser el perdedor rabioso cuando afirmo que, efectivamente, todos vosotros me parecéis los malos de la película. Los gestores, los intermediarios, los envidiosos aburridos de las cifras y las mesas de despacho. Es maniqueo y subjetivo, por supuesto, pero ¿quién le impide nada a un loco? Y vosotros diréis: «No será todo así, de todo habrá». De todo hay, sí, no voy a ser yo el que me cague en vuestra anquilosante fe en la diversidad: creer en todo nada define. Hoy en día, el idiota unidireccional crea escuela y seguidores. Se valora la especialización del pensamiento. El relativista que contempla todas las posibilidades. Ese antiguo sabelotodo humanista ya no ha lugar.

«Déjame en paz, Adriana, no es salud mental mojarse solo los tobillos en la orilla para no ver el fango del fondo». Tres días antes le hubiese largado algo así, sin duda, pero entonces, en su coche y de regreso al mundo viejo, ese del que nunca nadie escapa, me mordí la lengua una vez más. No es una imagen. La mordí literalmente hasta sentir el sabor de mi propia sangre, que tragué con rapidez para poder contestarle algo. Volviendo, claro, a fingir.

—Adriana, gracias, me has acompañado tanto todo este tiempo... Tú has hecho al escritor. Ahora me toca devolvértelo, no te preocupes más. Calla y confía. Soy un nuevo hombre y otra vez ha sido gracias a ti.

Con este último intento jugué muy alto. Arriesgué porque ya no confiaba en sostener la actuación demasiado tiempo, pero Adriana no me creyó de inmediato. Desvió la mirada de la carretera para intentar comprobar en mi cara la veracidad de tan peregrina declaración, cuando entonces sucedió de nuevo el milagro parasimpático: me brotaron otra vez las lágrimas. ¡Qué prueba tan irrefutable y engañosa! De pronto mis exageradas palabras resultaban verosímiles. Y ella, entonces, se abrió como nunca,

hasta la luxación mental.

—Te necesito, Víctor, ¡estoy tan sola! Y no es solo para que sigas escribiendo y yo publicándote, es que no tengo fuerzas para que se desmoronen más mundos a mi alrededor, si no puedo seguir creyendo en nosotros dos, creo que me moriré.

A esas alturas, estaba yo tan poseído por mi minuciosa interpretación de la cordura que me olvidaba de que lo hacía, sin embargo, para mantener a salvo al loco. Entonces, llevado por esa demencia total que es el festejo entusiasta de la coherencia, arrebatado por la normalidad, me vi pronunciando las palabras mágicas.

—Cásate conmigo, Adriana.

Al escuchar esta desaforada oferta, Adriana empezó a llorar también. Podríamos habernos matado. Inexperta en llores y vehículos, resultaba demasiado chirriante para conmovirme. Entonces, desarmada, dio un nuevo volantazo que nos sacó ya del todo de la carretera y, a trompicones por el arcén, fuimos dándonos contra el techo hasta que el coche por fin se detuvo del todo, no acabando al fondo de un gran desnivel por muy pocos milímetros. Este nuevo coqueteo con el fin no mereció para Adriana la más mínima atención. Conmocionada por mi improbable petición, obvió los hechos y se sostuvo en las palabras añadiendo a la sobredosis de puntos de giro vividos uno más.

—Víctor, tu madre murió hace cuatro días. Su cuerpo está en un depósito a la espera de que pudieses ocuparte. Se optó por no despertarte hasta que estuvieses bien del todo.

Solo me tomé unos segundos para poder reaccionar.

—Llévame ahora. Cuanto antes mejor —contesté.

Luego ella me abrazó con fuerza y me besó con el mismo tesón con que cerraba contratos y la misma torpeza con que manejaba coches.

Imaginaos por un momento un depósito de cadáveres. Azulejos blancos, techos altos, neveras de acero, sonido de goteo, humedad y luz fluorescente. ¿Lo habéis imaginado así, verdad? Así son.

Durante los años de estudiante fuera de casa, con el miedo ya desterrado, al menos en apariencia, en un periodo de plena negación de la tradición terrosa y rutinaria de lo familiar, en uno de tantos veranos en los que, tras dudas eternas de si reinventarme las vacaciones o acabar volviendo a la familia, terminé repitiéndome y regresando a Madrid y a los míos. España vivía en primera línea de fuego la crisis del 82. Recuerdo una mañana de agosto bochornosa y nublada en que viajaba en un taxi con mi madre hacia no sé dónde. El conductor, dicharachero, empezó a contarnos que estaban apareciendo nuevos modelos de empresa en una suerte de alternativas más o menos brillantes para afrontar el complicado momento económico que vivíamos. Comenzó entonces a contarnos de una que se dedicaba a organizar un sinfín de tipos de eventos familiares y que alquilaba incluso ponis para fiestas infantiles. Nos decía además que alquilar un poni era muy barato, que de hecho él mismo lo había hecho para los cumpleaños de sus hijos.

—Todos se vuelven locos, grandes y pequeños se quieren montar en los ponis. El animal no da a basto —explicaba el taxista, fascinado con el acierto de la lucrativa actividad.

Mientras tanto, yo, que por aquel entonces ya elucubraba, me imaginé siendo poni. Y aunque en esos años me otorgara más credibilidad si cabe que actualmente, sin embargo, el resultado de mis incesantes conjeturas solía ser todavía feliz y ligero.

Me imaginé como un desorientado poni blanco metido en una furgoneta que era trasladado sin saber bien dónde para acabar en una fiesta infantil en la cual seres desconocidos de todos los pesos y tamaños se agolpaban alrededor, gritones, con la intención de subirse encima... «Una desquiciante pesadilla nazi», pensé.

Mientras me entretenía con todo este encadenado de imágenes desconecté unos minutos de la conversación de aquel hombre con mi madre y, como a ella le desconcertaba y enervaba siempre que yo mostrara cualquier indicio de poseer alguna forma de vida interior —más que nada, supongo, por no perdersela—, comenzó a agitarme para que le dijese qué era lo que estaba pensando. Una vez nos hubimos apeado del vehículo le conté entonces de modo superficial lo terrible que me parecía todo eso del sufrimiento de los ponis alquilados para fiestas infantiles y lo mal que lo tendrían que pasar esos animales, a lo que ella me contestó:

—Sí, seguramente es terrible pero los ponis están acostumbrados.

No hubo más conversación. Siempre me pareció que esa frase suya final resumía muy bien a mi madre. Imaginad con libertad, tirando del hilo de la sugerencia y atad cabos. Alguna vez llegué incluso a tontear con la posibilidad de llegar a ponerla en su lápida como epitafio metonímico: «Los ponis sufren, sí, pero están acostumbrados».

Cuando Adriana me llevó hasta la puerta de aquel sanatorio donde se encontraba almacenado el cuerpo de mi madre, se ofreció, decidida, a entrar conmigo. A acompañarme en la propia gestión de aquel asunto e incluso en el dolor mismo. No ya la editora ni la amiga, ahora la mujer que, tímidamente, había encontrado algún remoto y posible sentido a mi arrebatada propuesta de enlace. En cuanto a mí, también me había adjudicado un papel estelar: el del hombre que propone, que está convencido de su capacidad para hacer lo correcto, sostenido por una propia fuerza extraña que aún no sabía bien en qué consistía. Así, le insistí en que aquella cuestión de la madre la debía resolver solo. Adriana aceptó, admirada de un posible nuevo Víctor, hacedor y parco.

El edificio no poseía la más mínima intención de renovación. Impropio de este país de ansiosos y constructoras. Tenía esa sobria decrepitud soviética de los edificios oficiales del racionalismo más franquista. Los extremos siempre de la mano. Ni un picaporte, ni un azulejo, ni un banco, nada nuevo. Solo a mi madre le hubiese parecido bien tanta grosera apuesta por el pasado. Parecía, pues, que el edificio estuviese entero allí, como mayestático mausoleo, para albergarla únicamente a ella.

La culpabilidad que se siente indefectiblemente hacia la figura de la madre en mi caso se había convertido en gigante demonio cuando pensé que quizá yo la había llegado a ver alguna vez ridícula. Sucedió tras descubrir la diferencia abismal que existía entre ella y la otra madre elegida. Los progenitores por mí buscados y deseados: los otros lugares, los cientos de libros, las otras palabras, las infinitas ciudades y, por supuesto, los recursos; aquellos que se abrían ante mí voluptuosos tras el simple hecho de negar a la madre.

Pero recorriendo aquellos fríos y amarillentos pasillos de la morgue, decidí que ya no debía criticarla nunca más, ni tampoco depositar en ella razón alguna para justificar ningún tipo de frustración. No podía seguir adelante con el juego de palabras encadenadas que concluían siempre en la muerte de la madre, porque ya sabía en qué acababa todo aquello. La conveniencia de no permitirme más excesos del pensamiento era lo único en lo que todos parecíamos estar completamente de acuerdo.

Si yo no era capaz de ver a la madre ni después de muerta, si no podía esbozar empatía alguna por una mujer cuyo único crimen cometido consistió en no resistir mi juicio, era mejor, pues, de nuevo el silencio absoluto, al menos hasta que poder vivir sin conjeturas no significase una forzada impostura, hasta que de verdad nada me mereciese demasiada opinión.

Un funcionario cercano a los sesenta de bata blanca me indicaba el camino. Un recorrido breve hasta que por fin empujó una puerta y entramos en la sala del goteo y los azulejos. Abrió la nevera y, tras sacar el cuerpo de mi madre, descubrió su rostro. Luego el hombre de bata blanca se marchó dejándome completamente solo con ella.

La recordaba más grande, dura, como un tronco robusto. El cuerpo de mi madre era ahora pequeño, seco, plegado. Sentí ganas de levantar la sábana para observarla de cuerpo entero y descubrir si quizá faltaba algo o si era posible que un cuerpo humano se pudiese reducir tanto tras abandonar la existencia. No levanté la sábana.

Estoy ante mi madre y de verdad quisiera invocar su recuerdo, glorificar su memoria a base de olores, sensaciones de abrigo. Troquelar imágenes positivas de la infancia protegida. Sé que las hubo. Todo lo de la crueldad comenzó en realidad cuando apliqué opinión a los hechos. Fui yo el único responsable de oscurecer el dibujo. Lo sé. Sería justo y útil recordar momentos dulces en este instante ante ella, como una ceremonia privada de agradecimiento y despedida, pero no me sale. No hay modo.

Lo intenté un rato más y, decepcionado de mí mismo, desistí. Acaricié el rostro de mi madre y después de un rato lo volví a cubrir con delicadeza. Tras unos segundos de pausa hueca, salí de allí y sentí frío en la nuca. Como cuando hui de mi casa al intuir por primera vez la presencia del chico. Al salir no había nadie esperándome, así que caminé lo andado.

En el mostrador de la entrada estaba el funcionario de bata blanca que me abrió la puerta del depósito, ahora con una carpeta de papeles que yo debía firmar para, supongo, reconocer así a mi madre como tal y autorizar su incineración. El funcionario se comía un bocadillo abrigado por papel de aluminio mientras pasaba hojas y hojas de documentos para firmar. Fue así como llegó a mí por unos segundos el recuerdo de forma inesperada. El sencillo olor me arrojó ultrasónicamente al lugar donde aún no existían los juicios y las opiniones. El bocadillo en la papelera del colegio, y después la madre sobre un mármol de la cocina preparándolo, su bata de dibujos reconfortantes, cortando el crujiente pan, poniendo esmero, satisfecha de conocer la suma de placeres que me brindaba, con la ilusión intacta, con el hacer como prioridad absoluta. La sencilla cuestión de no tener que decidir y de no albergar dudas inquietantes: un bocadillo para el hijo.

Un leve mareo nubló los renglones de las hojas que iba firmando y tuve que parar. Comencé entonces a caminar muy deprisa de vuelta por el pasillo, de nuevo hacia el depósito. Estaba invadido. Todas las culpas eran mías, todos los dolores y las impotencias.

Debía haber abrazado aquel cuerpo pequeño, debí haberla despedido con un abrazo. Debí hacerlo todas las mañanas, defender cada uno de todos los bocadillos, no tirarlos, sino engullirlos enteros como único nutriente para soportar toda la hambruna emocional que yo mismo me produje después y ya para siempre. Debí dejar bien sentadas las bases antes de alejarme de mi madre de manera definitiva. Así iba la cabeza, sin dueño, mientras mis pasos se aceleraban por el corredor. Cuando llegué a la puerta del depósito no me siguió nadie para abrirla. Ya no podía volver ni a ella ni a ninguno de los lugares visitados. Una puerta cerrada. Nunca quise volver pero ahora además no podría. Adherí entonces mi rostro a la fría puerta.

El dolor es la sustancia que nos hace comprender lo infinito. Mi dolor se autoabastece, es inmortal, no puedo hacer las paces con él, lo quiere todo de mí, lo ocupa todo. Mejor encontrar la puerta cerrada, mamá.

No recuerdo cuánto tiempo estuve allí, pero sí que hubo un momento en el que vino a mí de nuevo la otra madre, la camarera, y la consciencia de su existencia me sirvió para despegar mi rostro de la puerta y volver. Siempre nos rescata el presente. Firmé como pude el último papel sin leer nada y salí antes de que aquel aroma de la memoria desmadejase mis decididas pero aún débiles intenciones. Solo tenía que tratar de elaborar un posible futuro. El futuro, ese impertinente abofeteable al que

constantemente le quitamos la razón.

Al salir de la morgue el viento evidenciaba el frío y me golpeaba produciendo claridad. Me dispuse a esperar un taxi que me llevase hasta la madre camarera cuando descubrí que en un lateral del edificio, mal vallada, en una explanada de cemento descuartizado, llena de hierbajos y basura, había una vieja piscina abandonada. Me acerqué a la verja para verla mejor cuando una voz a mi espalda me explicó:

—Mucho antes de sanatorio fue un colegio.

Apenas volví la cabeza pude ver a una señora ocre que salía también de la morgue con una expresión cuya brevedad no le impedía transmitirme la información que pretendía: complicidad entre los vivos al despedirse de sus muertos. Luego la mujer me arrebató un taxi, me brindó una última leve sonrisa y se marchó. Respiré hondo y luego me dirigí a la piscina sin pensarlo demasiado. No fue difícil entrar al recinto a través de la portezuela rota de la verja. No imaginé fantasmagoría pasada; ni niños, ni agua, ni chapoteo, ni felicidad de otros. Acepté el paso del tiempo y me quedé con lo que veía. Tampoco me resultó complicado acceder al interior de la piscina por la crujiente y desdentada escalerilla del lado que menos cubría. Una vez dentro, caminé de un lado a otro. Varias veces. Tres largos. A ratos mirando hacia el interior, la desconchada línea negra sobre fondo a veces azul y otras gris, otros hacia arriba, al cielo, también cemento y ventisca. Una y otra vez. De un lado a otro.

Nado en piscinas vacías.

Me había ido de una madre a la otra. Una sencilla y directa asociación de pensamientos que me había producido también de modo simple y lineal una concatenación de movimientos. Al llegar allí, la madre camarera no estaba en la barra del bar donde la vi por última vez. Aquel era su día libre y el dueño obeso no tuvo reparos en informarme de la dirección de su casa. A escasos quinientos metros. Fui sin dudarlo.

Allí me encontraba, sentado en el sofá de la sala de aquel breve piso donde vivieran el chico y su madre. Pocos muebles, algunas cajas, temporalidad y muchos libros. Gastados, releídos, de puntas dobladas, libros de bolsillo, multitud de ejemplares baratos para aquellos que solo buscan las palabras. Lee. La madre del chico lee. Una afición común pero que sin embargo distaba de la imagen que me había construido de aquella familia. Pensé en cuántas veces, sin saberlo, había incurrido en errores de apreciación de este tipo. Sentí la ausencia irreparable de todas esas verdades perdidas en el tiempo: una suerte de inusual añoranza. Pero si ella leía, ¿por qué no le transmitió ese hábito a su hijo?, y si lo hizo, ¿por qué yo no recordaba de él esa fundamental información?

Quería poder hablar con ella. No había pensado nada en concreto, no tenía ninguna otra cuestión que el chico. Simplemente su nombre, poder recuperar su nombre. Con eso, pensaba, vendría todo lo demás. Hasta su presencia misma, quizá, de nuevo. No me hubiera asustado ni siquiera la posibilidad de que mi conversación con ella derivase, por flojera de intención o por una destructiva e incontrolada pulsión, en hablar de la noche del accidente o incluso llegar a reconocerle mi involuntaria y trágica autoría.

Su nombre. La punta del hilo para tirar de todo lo demás. No debía preguntárselo directamente, pero no sería necesario porque con toda probabilidad ella lo mencionaría en cualquier mínima conversación. Solo el hijo nos mantenía juntos en aquel saloncito de piso de periferia, así que llamarlo por su nombre era un suceso que parecía inevitable.

Nada más abrirme la puerta con un pijama gastado, pelo descuidado en una coleta, aún las ojeras, y sus ojos mirándome en el estrecho rellano de la escalera, me invitó a pasar y me condujo a la sala sin dudarlo un instante.

—Han sido semanas muy difíciles, disculpe el desorden. Me arrepentí de no hablar con usted el día del funeral, pero no fui capaz en aquel momento. Me alegra mucho que haya decidido volver.

Descubrí así que sí me había reconocido en los bancos de la iglesia.

Tenía periódicos en las ventanas. Me conmovió la coincidencia: los dos cohabitando en el mismo único infierno, tan cerca y tan ajenos. Se sentó ante mí y tardó en hablarme. Yo tampoco pude hacerlo enseguida. Un buen rato. Algo extraño. La pausa pudo ser de minutos o al menos esa impresión me produjo.

—Me gustaría poder ver su habitación —le dije.

—Mi hijo no tenía habitación. Dormía en este sofá. No sabe cuántas veces me he arrepentido de no haberle podido brindar su espacio. Quien no encuentra su lugar acaba por irse —me dijo expresándose con la digna rotundidad del que no tiene nada más que lo vivido.

Hablamos un largo rato. Me permití escucharla. La mujer pensaba que hablaba con un cómplice de afectos y admiraciones por las cualidades de su hijo y fue sorpresivo el retrato que me hizo. Todo en él resultaba nuevo y diferente. Contradecía el dibujo que de él tenía. Hasta su complicado curriculum callejero se convertía en parte de un perfil de atormentado chico plagado de sensibilidades e inusitadas virtudes. Una especie de rebelde con incomprendido talento. Todo me era ajeno. Disimulaba mi estupor ante el conocimiento de un ser que deambuló brevemente por mi vida sin recibir ni la más mínima de mis atenciones. Debí saberlo para darle lugar, pero no atesoraba esa magnífica información. Fui breve en mis intervenciones para no evidenciar mi ignorancia, pero también para provocar el final de aquella conversación que enseguida se convirtió en una tortura, un constante machaque que me recordaba cuánta estupidez y locura me había invadido durante tanto tiempo. Cómo no lo vi y, sobre todo, cómo pude no verme a mí mismo.

—No tenía habitación, pero si viene buscando algo que lo acerque a su recuerdo puedo ofrecerle sin duda lo más importante.

Tras estas palabras, la madre camarera se levantó dejándome solo en aquella sala, pero tardó muy poco en volver. Traía consigo una caja de cartón que depositó ante mí en la mesita. Luego se sentó a mi lado y la abrió.

—Todo lo que importa de mi hijo está en esta caja —añadió con un entusiasmo intacto, casi ilusión. Una actitud que me trastornaba de pura culpa.

Esperaba entonces que comenzase a enseñarme fotos y pequeños objetos, fetiches de recuerdos útiles para una madre aunque del todo innecesarios para mi búsqueda, pero no fue así. Solo había una cosa: una rebosada carpeta de cartón azul descolorida que me brindó sin dudarlo.

—No se atrevió nunca a dársela, supongo que porque no confiaba en que pudiese llegar a interesarle. No le habló nunca de su novela, ¿verdad?

¿Una novela? Negué con la cabeza. Mi silencio fue interpretado por esa mujer como dolorosa emoción contenida y, esta vez sí, en eso consistía exactamente.

Cuando la madre soltó por fin la carpeta para dejarla definitivamente en mis manos, de nuevo su fe intacta acompañaba su acto y su mirada.

Su ofrenda les propinaba un nuevo mazazo a mis afianzados descreimientos. Me exigía ser mejor, me obligaba a un esfuerzo descomunal de superación que podía situarme de nuevo en un abismo de impotencia, pero mi curiosidad y mi necesidad de entender todo el sinsentido vivido era mucho mayor y esa carpeta era, sin duda, la respuesta; o así lo debí de interpretar al menos.

No hablamos mucho más, aquella entrega era la conclusión de aquel encuentro. La única razón. Después me acompañó hasta la puerta y allí mismo me ofrecí para lo que necesitase. Ella lo agradeció y añadió que lo único que le reconfortaría de verdad era que yo leyese las palabras de su hijo porque entendía que ese había sido su inconfeso deseo al acercarse a mí. Luego dijo algo que decidí no juzgar:

—Esas páginas no son lo que queda de mi hijo. Son mi hijo mismo.

Salí de allí aferrado a aquella carpeta. Me merecía tanta atención que hasta después de un buen trecho de camino de vuelta a casa no caí en la cuenta de que aquella mujer no había mencionado en ningún momento el nombre de su hijo y si lo había hecho yo, igual de desconsiderado con lo esencial como de costumbre, no había conseguido reparar en ello.

El amarillo anaranjado de las farolas daba al caer de la tarde una atmósfera de inoportuno exotismo. Un tropel de jóvenes alrededor de la veintena corrían para no perder el autobús. Reían, vociferaban. La carpeta azul, ya tan mía, me servía de escudo. Pensé entonces que seguro habría viajado en las manos del chico por aquella misma línea. Me dejé arrastrar y decidí subir con ellos. Era sábado y se dirigían desde la periferia a invadir la ciudad durante el sueño de sus habitantes, a adueñarse durante la noche como bacterias de los espacios que imaginamos solo nuestros y que, mientras dormimos, abandonamos a su suerte. Reparé esta vez en las sensaciones resultantes de aquel viaje de vuelta en transporte público. La espera en la parada, el tiempo sucediendo sin urgencia. El rato compartido con extraños. Admitiendo cada parada de los otros para poder alcanzar la tuya misma. Cuando la paciencia se instala como cualidad sin ser advertida.

En cada una de esas paradas iban subiendo más y más jóvenes hasta abarrotar el autobús de risas y politonos. Concentrados en sus objetivos, convencidos hasta la prepotencia de la perdurabilidad de las primeras veces. Sentado al fondo no reparaban en mí. Me permitían observar pero quizá yo tampoco estaba ya en ello. La carpeta, los jóvenes y el autobús: un todo. Una sensación compacta.

Ya en Madrid bajamos en la última parada del centro. Se esparcieron los chicos, diluyéndose sus sonidos en los otros ruidos de Madrid y desde allí, yo, entonces, caminé sin prisa pero sin pausa, hasta mi casa.

Sentía ganas de volver y lo hice sin el impulso de la decisión pero sin ninguna duda. Al abrir la puerta descubrí que durante mi ausencia se habían ocupado de ventilar la atmósfera creando calma chicha. Mi casa estaba completamente limpia, a las ventanas les habían retirado todos los periódicos y la luz nocturna de la calle y el aire parecían haber desintegrado del todo la presencia del chico. Desde luego, tenía la certeza de que no seguía allí y no ansiaba su retorno; de momento la posesión de su carpeta me bastaba.

También habían llenado la nevera de alimentos que no requerían preparación: manzanas, plátanos, pechuga de pavo, cereales, ensaladas, pan de espelta, mucha agua y diversos tipos de yogures. Además, claro, se habían deshecho de todas las botellas de alcohol. Continué recorriendo la casa, siguiendo la estela de todas las atenciones que habían preparado para mí. Así, llegué hasta mi despacho, donde me encontré con algo que solo dos semanas antes hubiese despertado toda mi rabia: habían ordenado minuciosamente mi escritorio, mis libretas, mis notas, los libros, los lápices... Todo en desquiciante orden. Pero aquello no me inquietó lo más mínimo. Lo miré con detalle y ni tan siquiera reparé en la ausencia de esa cólera mía con la que ocultaba siempre el miedo. Deposité la carpeta sobre la mesa y observé que, además, sobre ella habían dispuesto un *bouquet* perfectamente ordenado con todos los medicamentos que la doctora me había recetado. Antipsicóticos: Haloperidol. Ansiolíticos: Tranquimazin 50. Antidepresivos: Paroxetina. Y por último vitaminas: un complejo B.

Llamó mi atención que dispusiesen todos esos medicamentos en mi despacho y no en el botiquín del baño, en la cocina o incluso en mi mesa de noche. La conclusión extraída fue que todo el asunto de mi curación o, mejor dicho, de mi aturdimiento químico, se asociaba únicamente a mi retorno a la escritura.

Todo estaba decidido mucho antes de mi participación. Veía un plano general de personajes dispuestos frontalmente. Un grupo liderado por Adriana que incluía a mi madre muerta, la madre camarera, Cornel el rumano, la psiquiatra del hospital, las enfermeras —la amable y la seca—, algunos otros amigos de la comparsa coral y, por supuesto, el chico ensangrentado. Todos a la espera de un acto, un movimiento, el fluir de un teclado. Quizá con un angular deformante, o no. No quiero exagerar.

Como ahora mi estrategia consistía en dejarme hacer, me dispuse para la obediencia. Por estrenar actitudes, dispuesto a la novedad pero sin despojarla al cien por cien del punto de cinismo que albergaba una, aún incierta, venganza oculta. Así, repasé minuciosamente el informe médico con las dosis y las diferentes tomas y me dediqué a apuntarlas en las cajas de los medicamentos. Volví a coger la carpeta azul y las pastillas y me fui con todo de nuevo a la cocina. Allí me preparé, con un esmero nada propio de mí, una ensalada y un sándwich. Entendí que mi nueva vida consistiría en, ante la duda, hacer siempre exactamente lo contrario de lo que solía hacer. Esta contradicción sistemática al principio sería como una interpretación actoral, el ensayo, torpe aún, de una futura proeza olímpica, pero que seguro acabaría por pegarse a la piel hasta el punto de conseguir la autosugestión absoluta, hasta poder darle al diseño de mi nuevo hombre todo el crédito necesario.

Hacia medianoche me encontré allí, sentado ante mi cena, bajo la luz recortada de la lámpara que colgaba sobre la mesa de la cocina. El resto de la casa completamente a oscuras. Como si se hubiese desdibujado todo a mi alrededor y solo existiésemos la carpeta del chico, mi cena y yo mismo. Así debería ser siempre. Estaba comprendiendo finalmente que el mecanismo para cambiar nos exige focalizar la sola acción y nublar el resto, concentrarnos en cada acto y en cada momento, nada más.

Me tomé un buen rato para cortar el sándwich y los trozos de lechuga y luego también para masticar con calma. Digerir la transformación con parsimonia. Todo lo demás permanecía en el lado oscuro, en el mundo silenciado, a la espera, como si un invisible escudo me protegiese. Me pareció incluso oír el móvil desde el dormitorio, tan lejano, tan al margen. Probablemente Adriana, claro. Inmediatamente después de cenar me dispuse a preparar mi primera dosis de pastillas. La correspondiente a la toma de la noche. Supe enseguida, por supuesto, que ingerirlas eliminaría definitivamente cualquier posibilidad de volver a ver al chico. Aunque fuese él el detonante más palpable de todo este nuevo camino no podría, sin embargo, acompañarme si decidía recorrerlo. Pero no había marcha atrás, así que no le di muchas más vueltas y me las tomé enseguida. Tres.

Me descubrí a mí mismo en una postura involuntaria que se asemejaba bastante a algo parecido a un ritual de despedida: con la mano derecha reposando sobre la carpeta azul mientras me tragaba las pastillas. Como en un juramento.

Tardé tres días en poder abrir aquella carpeta. Me acompañaba a todas las habitaciones durante todo el proceso. Iba del sofá al despacho, del despacho a la cocina, de la cocina a la cama y de la cama al baño. Comía, dormía y pasaba horas enteras sentado junto a ella. Sin reflexiones ni elucubraciones ni libres asociaciones de ideas, en un estado sin estado. A la espera. Nunca mi mirada se fue al lado oscuro de la casa. Nunca interpreté sonido alguno, nunca adiviné la sombra, ni las pisadas, ni la presencia del chico. No sentí ni miedo ni añoranza. La carpeta siempre como escudo. Cerrada como un elemento compacto y rígido que nada contuviese. Una losa azul. Algunas veces más sonó el teléfono y alguna vez recuerdo haber visto el nombre de Adriana palpitando y aquella foto de la vieja armadura en la pantalla del móvil. Nunca contesté.

Una mañana, sin atisbo de intención, ya pleno por los efectos de la medicación, hacia el cuarto día, agarré firmemente los elásticos de aquella descolorida carpeta, asumí su improbable contenido y pude abrirla.

Que tire la primera piedra el escritor contemporáneo que no haya venido alguna vez con la monserga de que reflexiona sobre la identidad.

El móvil no para de sonar. Llamadas, mensajes, avisos del buzón. Una verbena de peticiones. He dejado que se acabe la batería y no me he molestado en volver a cargarlo. El teléfono fijo permanece descolgado. Todo el foco está en la carpeta. Ya abierta de par en par ante mí. Dentro hay un taco anillado de algo más de trescientos folios con una portada blanca sin título. Hojeo. El tamaño de letra y la tipografía son pequeñas y los espacios ajustados. No busca rellenar páginas. Pienso entonces: «Hay una idea que se impone. No es forzada. Surge. Se instala y crece sola decidiendo su propia medida. Un escritor que avanza sin pensar en concluir. Un goce de inspiración superior al propio hombre. El paraíso que siempre he buscado y que jamás alcanzo. Una novela». Me resisto a sumergirme del todo en ella y me dispongo a picotearla, al menos de momento, cuando descubro debajo de ella, semioculta, en una de las aletas de la carpeta, una pequeña libreta. Tapas amarillas e interior de cuadros con una línea de margen rojo. La libreta está raquílica porque la han despojado de muchas de sus hojas, de hecho aún permanece en la mellada espiral metálica un grueso de tiras de papel que delata lo arrancado. Al observar esa ausencia no pienso en notas desechadas, sino en un antiguo ejemplar, quizá de la etapa escolar, que se quedó a medio uso y que fue reciclado para una nueva labor. Un título garabateado a bolígrafo en la tapa capta mi atención. Se trata de mi nombre: VÍCTOR.

Abandono la novela por un momento sobre la mesa y me centro en la lectura puntual de la libreta. Imagino un diario sobre mí, mi diario. Pero consigo clarificar mi mente y discernir aún dónde están los nombres y los pronombres: MI nombre, SU libreta, MI personaje, SU diario, MI error de observación, SU admiración oculta, MI ceguera absoluta, SU presunto talento. Va bien. Todo bajo control. He abierto la carpeta en el momento adecuado. Mi percepción ya está efectivamente reforzada por la medicación y yo completamente dispuesto a descubrir al chico y, un regalo inesperado, a descubrirme a mí mismo en sus notas, que consisten en breves párrafos, a veces de una única línea. Algunos responden a un dibujo sintético de un momento vivido conmigo, pero en su mayoría son notas breves y crípticas y no consigo asociarlas a la situación que las inspiró. En cualquier caso, como tampoco recuerdo con detalle las vivencias compartidas con él, aunque las líneas fuesen más diáfanas tampoco conseguiría descifrarlas. Algo más de treinta páginas que había dedicado a mirarme sin ser visto, a analizar mi comportamiento desde el exterior de la jaula de fieras, con femenina discreción, mientras yo, con los ojos abrasados, babeaba aterrado y feroz sin reparo en destrozarme los morros contra los barrotes.

Su letra, como todo lo demás, se confunde con la mía. Algo más abierta y despreocupada, más sucia e imperfecta, pero segura de su utilidad desde un trazo que se esmera menos en la legibilidad. Como si fuese mi letra, pero sin mí. Aquí una selección de las notas más claras:

«Se suele olvidar de lo que le digo, a veces ignora lo que sé, prefiere centrarse en esa ignorancia. Le gusta imaginarme inocente, pero luego me culpa de eso».

«Nunca calla, nunca se detiene, nunca fija la mirada. Dice una y otra vez las mismas cosas».

«Cuando parece calmarse, busca en realidad, desesperado, qué más poder decir».

«Todos sus amigos han resistido, se han sometido y se han acostumbrado. Él cree tener una respuesta que lo justifica todo de un plumazo, un secreto que lo distingue, pero solo se ha lanzado al vacío».

«Es un hombre que se asfixia. A veces parece que quisiera que yo respirase por los dos».

«Aún no sabe que escribo».

«Me gustaría que apreciase la diferencia. Solo con eso cambiarían las cosas».

«El otro día se caía de borracho y entre balbuceos se comparó con mi padre».

«No rememoro a mi padre».

«No hay carencia ni moraleja: él no es un resultado».

«No podemos aprender nada el uno del otro. No nos mueve ese interés».

Finalmente, un breve párrafo me detuvo. Tres líneas que me invitaban de nuevo a caer en un lugar desordenado, turbio, el punto de partida de una nueva y empinada cuesta abajo.

«Me gusta cuando soy él y él disfruta siendo yo. Su admiración por mí consiste en la fusión y el robo. Nuestro afecto mutuo es la forma más despiadada de suplantación».

Podría, claro, haberla escrito yo sobre él. La frase entonces me llevó de cabeza a volver a lo anterior. Releía deprisa y descubría así que todas aquellas notas en realidad poseían un billete de ida y vuelta. Entonces la duda desvió por un segundo mi mirada al pasillo. No podía seguir con la lectura de la libreta después del descubrimiento de aquel párrafo, la tuve que encerrar en un cajón. Le di cristiana sepultura. Estaba fortalecido, sí, pero aún mariposeó mi cordura ante la posibilidad de volver de nuevo a esa espídica claridad rotunda, ante la invitación a elucubrar de nuevo hasta ese precipicio en el que la realidad siempre se desdibujaba. Durante unos minutos sentí que el foco no se centraba en nada, todo se había vuelto a iluminar. De nuevo una luz cegadora. Me levanté del escritorio aturdido y me tomé mi tiempo para apaciguarme y volver a restablecer el control.

Cociné, haciendo que hacía, obviando que de nuevo pensaba concatenadamente y a toda velocidad. Luego, basándome en mi fe reciente en el poder de las acciones simples, me senté en la mesa de la cocina, cené con orden pero sin calma y me tomé mi nueva dosis nocturna de píldoras. Luego permanecí allí, sentado un buen rato, con la cabeza agachada, mirando el plato manchurreado de las sobras, esperando a que amainase. Después de algo más de media hora levanté la mirada de nuevo y volví la cabeza para enfrentarme con firmeza al oscuro pasillo, fijando así, al fin, la calmante información de que no había nadie al otro lado.

No me dilaté mucho más, después de conseguir mitigar del todo el resplandor ruidoso que se había asomado tras la lectura de la libreta, fortalecido de nuevo por el éxito en el ejercicio del autocontrol, me fui a por la carpeta para devorar de una vez por todas aquella novela sin reparar en consecuencias o quizá animado, sin saberlo, por la posibilidad de que las hubiera.

Me senté en el sillón de orejas donde minuciosamente hice añicos todas mis notas. Quiero decir, donde lo había hecho el chico. Supe que tendría que leerla de una sola sentada o quizá no volvería a encontrar el arrojito para retornar a ella, así que empleé toda la noche. Conseguí que el ansiolítico no me durmiese. La lectura pudo más. En realidad podría haber concluido en menos tiempo pero, como me espeluznaban muchos párrafos, subía y bajaba constantemente. Releía una y otra vez, buscándome en los recovecos, escrutando mi extraña relación con todas aquellas páginas. El chico sabía de mí. Me había sonsacado. Había hecho una disección y me había contado con pelos y señales. Así entendí que aquellas frases inconexas de la libreta no consistían en un diario, sino en las notas para una novela. Un dibujo del natural. Tan certero, tan terrorífico y a la vez un viaje perfecto de un ser a otro. El chico había querido que escribiese sobre él, pero ¿era yo el que había querido que escribiese sobre mí? ¿Era yo el que quise escribir sobre mí mismo? Estaba todo fundido, minuciosa y orquestadamente mezclado. Frases elaboradas, rabiosas y rápidas que debieron reventar teclados enteros como un pianista febril.

¿Era cierto que aquel fantasma me había pedido a fuerza de golpes que lo contase en palabras? Pude entonces manejarme aún con la coherencia e imaginé un truco de la memoria, un espejo retratando la imagen invertida: yo escribiendo sobre él, él escribiendo sobre mí; y la imagen devuelta: yo escribiendo sobre mí mismo. Me había creído ya liberado por fin y de pronto, sin embargo, me descubría de nuevo en el mismo estrecho y mal ventilado zulo del yo.

Pero si no recordaba nada, si había estado tan ajeno y a la vez tan motivado: ¿no puede ser que fuese yo en realidad el que escribiese tanto acierto luminoso? ¿No podía ser en realidad aquel chico un ladrón? ¿No pude atropellarlo, borracho de certezas, en defensa propia ante su propio previo atropello? ¿No era posible que en realidad le hubiera robado la vida a un ladrón? ¿O era solamente otra vez el egoísmo actuando a mi favor?

Yo no escribía. Se me exigía hacerlo y por tanto se me invitó a dejar de hacerlo y, desde luego, argumenté toda mi impotencia sin fisuras, pero ahora todas aquellas páginas tenían irremisiblemente que ser mías. No quería ni podía preguntar a nadie siquiera sobre la posibilidad de que aquel escrito fuese de otro ser. Ni Adriana ni mi madre camarera podrían nunca confirmármelo. Nadie podría liberarme de las dudas. Solo el chico sin vida ni nombre podía hacerlo, podía volver de inmediato y confirmarme su talento o el hurto despiadado, el sablazo a un impotente escritor que, ajeno, borracho y ya en fusión absoluta con el joven que se había colado por una ventana, había conseguido el anhelado genio para construir la obra única. Yo era el pobre hombre de éxito que, tras una vida de palos de ciego y ambiciones frustradas, daba con lo buscado.

El chico debía volver y confesar ahora. Si era necesario lo golpearía yo a él. Cargaría a manotazos con el éter de su presencia fantasmal hasta aniquilarme a mí mismo por completo y que él admitiese el hurto de mi novela, mi involuntario dardazo en la diana. Debía hacerlo volver, así que me encaminé deprisa hasta mi dormitorio y me senté en la cama ante la mesa de noche donde estaban las tres cajas de píldoras del tratamiento. Las fui sacando de una en una de sus fundas hasta depositarlas todas en un cenicero. Alrededor de cien pastillas. Luego fui al baño y las eché en la taza. Al tirar de la cisterna muchas de las cápsulas se mantuvieron flotando como un recuerdo persistente. Esperé a que el depósito se llenase de nuevo y volví a tirar. Podía haberlas echado a la basura pero debía deshacerme de ellas completamente para evitar que, invadido por la flaqueza o las dudas, viese la posibilidad de recuperarlas. Tuve que repetir la operación cuatro veces más sin retirar en ningún momento mi mirada ejecutora del agua en remolino, conservando la calma, hasta que por fin no quedó a flote ni una sola. Ya solo era cuestión de esperar. En cuanto se disolviese del todo el efecto neutralizador de la influencia química, seguro que el chico volvería y me respondería.

Poco a poco iba abandonando la línea recta. Era plenamente consciente del descenso paulatino. En otras ocasiones no me había percatado del momento en el que el caos se había ido apoderando de mí y había sufrido el más desordenado *jazzeo* del pensamiento sin mi participación. En esa ocasión, sin embargo, lo veía venir, observaba con toda la atención cómo me iba invadiendo. Pero el hecho de percibir esta degeneración de la coherencia no le restaba ni la intensidad, ni la inmersión subjetiva necesarias a la situación. Al contrario, conocerla otorgaba razones y daba justificación a las visiones. El mundo que conocemos ha estado liderado muchas veces por dementes con esta firme estructura mental y capacidad de autorreconocimiento.

Así fui transformándome durante algo más de cuatro días. Los dos primeros experimenté únicamente conatos aislados, picos intermitentes de aceleración de los pensamientos, aunque a ratos aún podía incluso dormir. El tercer día, con la ansiedad ya abiertamente instalada, sentí la necesidad de beber. Tenía claro que no quería callejear de barra en barra, que debía permanecer en casa. Ya habían dado las diez y comprar alcohol para llevar se complicaba a partir de esa hora, así que decidí acercarme con lo puesto al bar de la china, convencido de que ella obviaría la normativa, y así fue. Me hice con dos botellas de whisky dudoso y volví deprisa a casa.

Una vez de vuelta, acampé en mi salón, como un vigía a la espera. En el sofá, en penumbra: nada de comer, ni lectura, ni televisión, ni música. Solo las botellas, la carpeta y yo.

Aún tuve la consciencia hibridada entre cordura y desorden unas horas más, pero al comenzar el cuarto día, cuando los residuos químicos estaban ya difuminados por completo, me hallé por fin plenamente preparado y dispuesto para recibirlo. Lo supe al abrir los ojos bruscamente cuando la mañana apenas clareaba. Desperté como si me hubiesen propinado un manotazo seco en medio de la espalda, un empujón brutal que me robaba la respiración. El corazón disparado. Sudor. Aún en *shock*. Conocía ya aquel estado y miré a ambos lados, sin apenas mover la cabeza. Sentía al chico ya tan cerca que, imaginándolo agazapado a mi sombra, me dispuse a buscarlo también tras el respaldo del sofá que había sido mi garita de esos días, pero no fue necesario porque de inmediato oí nuevamente sus ruidos al fondo del pasillo. Sonidos indefinidos. No eran pasos ni sollozos ni gritos ni estruendo de libros al caer, tampoco palabras ni quejidos ni siquiera una respiración. Sabía que estaba ya allí porque no solo podía oírlo, sino también olerlo y sentir su atmósfera, rabiosa y alegre, violenta y esperanzadora. Podía haberlo esperado allí mismo, sentado, pero la impaciencia me teledirigía. Me levanté del sofá con expectante sigilo y lentamente comencé a recorrer la casa en su búsqueda. Todas las habitaciones, todos los rincones: el comedor, el despacho, la cocina, mi dormitorio, el vestidor, la entrada. Todos los espacios me informaban de su reciente presencia, como si le fuese pisando los talones, pero no acababa de encontrármelo del todo. Quizá porque ya estábamos demasiado cerca, más de lo que yo mismo creía. La excitación y el pulso aumentaban como los de un niño ante una película de terror; andaba temeroso, previendo mi propio grito adrenalínico causado por el golpe de efecto de una inesperada aparición. Así que, para aliviar la presión del momento, decidí llamarlo.

—¡Chico!, te estaba esperando, no te escondas porque esta vez he sido yo el que te pide que vuelvas.

Recorría ya el largo pasillo evitando hacer ruido.

—Chico, si no apareces dejaré de buscarte.

Ya había recorrido todos los recovecos posibles. Solo faltaba el baño, donde me había deshecho de la medicación. Pensé que había cierta coherencia narrativa en el hecho de que se ocultara en el mismo lugar en el que perpetré el ritual de invocación, así que fui, convencido de dar allí fin a mi búsqueda. Al situarme ante la puerta abierta, el grifo goteaba delatando que la bañera estaba llena de agua, y lo imaginé allí dentro, sumergido. Comencé a acercarme lentamente, ya tensionado al máximo, pero no estaba allí. Entonces, por fin, lo sentí completamente pegado a mi espalda. Me di unos segundos para respirar hondo y después me volví intentando controlar mi estupor para enfrentarme por fin a su visión. Frente al espejo del lavabo estaba él, ante mí, orgulloso, ya sin las heridas del accidente: Víctor, el chico, yo. Sonriéndome, dándome la bienvenida, celebrando mi regreso igual que yo el suyo. El chico del barrio, el que hizo la comunión tras la muerte de su padre. El hijo de la madre camarera, la de los acogedores bocadillos, la mujer que no pudo llorar la muerte de su marido porque siguió trabajando para sostenerme, para dar futuro al niño escritor, al joven orgulloso que un día desterrará el miedo emparedando al niño asustado tras un muro tan delgado que se quebrará muchas veces a lo largo de su vida. El chico, el niño, el hombre, habían vuelto ya con su novela borracha e inconsciente. Su gran obra involuntaria.

Había vuelto y había, en realidad, estado siempre. Yo, Víctor, el único dueño de la libreta amarilla ahora por fin ante el espejo. El único dibujante posible de aquel autorretrato. No temería nunca más las otras habitaciones oscuras, porque nada ni nadie me esperaba ya en ellas. Estábamos todos allí, el rebelde enfadado, el chico de barrio con talento, el loco borracho e impotente y, por fin, también el anhelado escritor maduro. Todos juntos para sostener aquel caótico y necesario equilibrio. Todos juntos en uno para orquestar el mayor de los engaños dedicados al mundo conocido. Silencio. Ya lo sabía, pero ahora además lo entendía: solo tenía que callar. Bastaba con eso.

—Hola, chico, hola, Víctor.

Frente a frente, nos dedicábamos una cómplice y reconciliadora sonrisa, convencidos ya de la enorme libertad que había representado nuestro encierro cuando, de pronto, nuevamente, oí que alguien metía la llave en la cerradura y abría la puerta de la calle. No había sorpresa alguna, solo podía ser Adriana. Así está construida la realidad y así por fin la entendía: siempre desde la intensidad de las revelaciones a la ligereza de los asuntos, de pensar a hacer, de sentir a ejecutar. Adriana, a pesar de disponer de llave, se encontró con la cadena echada, así que, agitada, comenzó a golpear la puerta y a gritar mi nombre. Fuimos a abrirle enseguida.

No le hice preguntas sobre su fiesta de cumpleaños. Si estuve solo o acompañado. No indagué si de verdad hubo accidente, ni tampoco si la trama policial existió o fue un invento suyo para apaciguar al loco. Al fin y al cabo toda la información que tenía al respecto consistía en lo que ella me había contado en sus llamadas. No quise saber nada más, nunca más, porque no quería volver a perder a mi madre, ni al chico que fui, ni mi nueva novela. Así estaba todo perfectamente ordenado y así debía permanecer: mi pasado, mi nuevo presente y mi nueva obra. Se tratase o no de una invención, era lo mejor para mí y por lo tanto también lo mejor para ella.

El desconcierto que poseía Adriana el día que me recogió en el hospital había ido en aumento, así que llegó completamente desarmada y confusa por lo que, una vez más, me fue fácil no evidenciarme hablando. Dejé que ella desarrollase el encuentro. Los dos sentados en la cocina. Hablaba sin pausa. Como si mi propia zozobra la hubiese acabado engullendo a ella también. Vasos comunicantes. Adriana mezclaba los asuntos atropelladamente. El cierre de su grupo editorial, el fin de un tiempo en el peor de los tiempos, un pánico inconfeso a la vejez y a la soledad absoluta... En definitiva, la caída de todo lo conocido para ella.

Aunque Adriana y su estructura habían sido mi único sostén, ya era poseedor de nuevas certezas. No temí por mí ante su derrumbe absoluto. Al contrario, cualquier cambio, por dificultoso que fuese, me producía ahora la tranquilidad infinita de un reto superable. Pero sí entendí la conmiseración al verla así, sin asideros. Adriana entonces captó mi calma y sintió extrañeza.

—¿Por qué sonríes en silencio? ¿Qué es lo que te ocurre? —balbuceó desesperada.

Yo no estaba siendo consciente de que sonreía. Tuve entonces que concentrarme en la emulación e improvisé una explicación.

—Confío en el futuro. No tienes que preocuparte por nada. Si empezamos de nuevo juntos volveremos a conocer el entusiasmo.

—Pero a estas alturas ya no sé cómo vivir de otra manera. ¿Por qué no contestabas a mis llamadas? —repuso demandante.

—He estado escribiendo, Adriana.

—Ya me da igual. No me consueles con engaños. Mi editorial casi no existe y por lo tanto nuestro contrato tampoco.

Le sonreí, ahora sí a conciencia, y salí decidido de la cocina abandonándola por un momento. Caminé hasta el sofá del salón en busca de la carpeta y lo que restaba de las dos botellas de whisky. De vuelta por el pasillo vi a Adriana al fondo, ajena, pequeña, sentada allí con asustadiza expectación. Puse entonces sobre la mesa la carpeta, la botella de whisky y un pequeño vaso. Una muda invitación. Adriana llenó el vaso casi del todo y de inmediato lo bebió entero, sin ansiedad pero sin pausa.

En otro momento se hubiese llevado el manuscrito a su casa y hubiese tardado unos cuantos días en hincarle el diente, pero su necesidad de hallar una puerta de salida hizo que, allí mismo, en la cocina, abriese la carpeta, sacase el taco de folios y, tras mirarme un segundo con infantil anhelo, comenzase a leer. No me moví ni un momento de su lado. Sentado frente a ella no hice otra cosa durante todo ese largo rato que observarla leer y servirle más copas.

Yo había tardado una noche entera en leerlo, ella poco menos de cinco horas y poco más de media botella de whisky.

Al terminar la última página, ya bastante borracha, no mencionó nada enseguida, pero yo la había escrutado lo suficiente durante la lectura y durante toda nuestra vida como para saber que estaba conmocionada. Lejos de comenzar a hablar del asunto, Adriana cambió de tema y sacó el que en esta ocasión la había traído hasta mí. Así lo comprendí.

—Cuando salíamos del sanatorio en mi coche me propusiste que nos casáramos. ¿Casarnos nosotros? ¿Por qué?

—¿Quieres que nos casemos? —le pregunté.

Adriana, sin filtros ni capacidad para argumentar, asintió como única respuesta.

—Lo haremos —repuse.

Jamás nos hubiésemos siquiera planteado ninguno de los dos semejante absurdo, pero en ese momento estaba convencido de que unirme por fin y del todo a mi demonia, a la anfitriona roja de mis más caninas hambrunas de notoriedad, adquiriría un completo e imprevisto sentido. Un eficaz desenlace narrativo que resolvía a la vez la línea argumental y el contenido temático de todo nuestro proceso juntos. Mi mentora y mi enemiga. Mi vehículo y mi prisión, ahora pequeña y debilitada cayendo en mis brazos. En ese instante nada ni nadie excepto ella me hubiera podido producir esa tan anhelada empatía por un semejante. Estaba completamente convencido de que lo haría, me casaría con ella.

Adriana saltó entonces de asunto.

—Tu novela es inmensa y ahora es la única novela posible. Ha merecido la pena el cataclismo. Hemos vuelto, Víctor.

—¿Y si no fuese mía? —pregunté.

Adriana respondió saltando nuevamente a otro asunto.

—¿Cuál es su título?

Sentí ante su pregunta un residuo de temor que permanecería conmigo y para siempre. El resquicio eterno de albergar a un impostor que tarde o temprano recibiría su merecido. Pero ¿quién no lo ha sentido alguna vez? Entonces me acerqué mucho a su oído para responderle muy bajito y evitar así que nadie más pudiese escucharnos. La pregunta no me pilló por sorpresa, no tuve que pensarlo. El título existía y Adriana, al escucharlo, se estremeció.

A veces regresa el joven que fuimos para recordarnos nuestras más básicas razones. Entonces, temerosos de que su ímpetu y su verborrea desconsiderada desmonte nuestro sistema, le damos caza hasta acabar con él. Así y para siempre podemos descansar tranquilos sobre nuestra mullida condena de aburrimiento.

La gloria o el mérito de ciertos hombres consiste en escribir bien, el de otros consiste en no escribir.
JEAN DE LA BRUYÈRE

Dentro de nada volverá de nuevo el invierno. Hará entonces alrededor de un año que Adriana y yo vivimos en su casa. No hemos llegado a celebrar una boda. Nos superó a ambos el sentido del ridículo. Supimos lo que pensarían de nosotros por lo que nosotros mismos pensábamos. Nos expusimos todos demasiado, no dejamos títere con cabeza y, aunque ahora vivamos tiempos de calma y las espadas no estén en alto, sabemos que, con lo que ambos hemos sembrado, permanecerán siempre empuñadas. Estilos de vida. No conoceremos nunca la paz absoluta. Los dos lo asumimos y eso nos une aún más. No nos hemos casado pero no hemos podido evitar que sucediese el milagro: estamos incondicionalmente juntos.

—Mi casa es tu casa.

—Mi casa, si no estás, no es mi casa.

Nuestro nuevo hobby consiste en las demostraciones afectivas. Un coleccionismo aséptico que no provoca Diógenes acumulativo.

En este último verano, Adriana ha vuelto a llenar la piscina. Costó que el sol la calentara. No hemos tenido fiestas nocturnas pero sí hemos recibido amigos a lo largo de los cálidos días y nos hemos sumergido largamente en ella, sin miedo a arrugarnos. Hemos superado una letal resaca y, por el momento, a ninguno de los dos nos queda demasiado entusiasmo para volver a emprender una nueva celebración. Demasiadas fiestas.

En todo este reconciliador y protector verano no he sentido apenas la necesidad de volver a la medicación. Creo que ahora soy capaz de controlarlo. Whisky y nada más. Algún ansiolítico a veces, ante la larga noche, para no añorar demasiado la pérdida de la habilidad elucubradora del joven escritor. Con toda esta calma el acto creativo, claro, esta mermado. No digo que tenga que ser siempre y para todos así. Hablo de mí. Yo, personalmente, no he sido capaz de retenerlo.

He aprendido, eso sí, a tirar de oficio. Duele menos. Tanto lo deseé que ahora por fin aquí está. Oficio: ese viejo sabelotodo que le resta gravedad al crimen de ser aburrido. Aunque escribo con constancia, una parte de mí no lo considera escribir. Quería dejar de hacerlo y, en ese sentido, puedo decir que ya no lo hago.

Eso sí, hemos engordado y dormido bien. En cuanto a los ruidos, ya no son tan ensordecedores. Ahora consisten solo en un pequeño e imperceptible tinnitus. A veces demasiado agudo e irritante pero siempre soportable. Un asunto mío en el que Adriana no participa. Ni sabe, ni puede.

Nuestros libros, nuestros cuadros, nuestros viajes, nuestros amigos y todo aquello que sabemos es nuestro escudo, nuestra disculpa y nuestra respuesta ofensiva.

La otra mañana Adriana se ayudaba de alguien del servicio para descolgar el grabado de Bacon y enviarlo al trastero del sótano.

—Odio esta cara emborronada.

Es verdad. Últimamente hemos necesitado de la claridad más figurativa.

La noche anterior a la publicación de la novela, con todos los compromisos de prensa ya previstos y el acto de presentación preparado, me levanté de la cama y me dirigí a la cocina en busca de una pastilla que calmase mi justificada inquietud. No estaba dispuesto a sobredimensionarla, claro. Era de esperar en la víspera de la salida de la novela. Recorría a oscuras el pasillo y entonces ocurrió una única vez más. Los ruidos no venían de mis oídos. Una respiración, un gemido de angustia, golpes y pasos. Volví mi cabeza y el origen me arrastró hasta la biblioteca contigua al salón.

No tuve que encender la luz para adivinar su presencia. Allí estaba, así que entré sin dudarlo y me senté junto a él. No recuerdo el tiempo que transcurrió ni lo que sucedió exactamente entre ambos, solo sé que unos leves y reprimidos sollozos a nuestras espaldas nos interrumpieron. Al volvernos allí estaba Adriana, observándonos hablar en voz tan baja que seguramente ni siquiera pudo entender lo que decíamos. Adriana lloraba desconsolada. Una princesa con su sobrio y arrugado camión blanco, una pobre niña aterrada ante un temido y esperado descubrimiento. ¡Me sentí tan avergonzado!

—¿Hablas con él? Sigues viéndolo, ¿verdad? —pudo apenas balbucear—. Me has estado engañando.

Ante el desorden que anunciaban sus preguntas, decidí interpretar de nuevo al escritor maduro y solté una carcajada tranquilizadora. Adriana se alivió. Después le aseguré que ensayaba mis palabras para la presentación del libro a la mañana siguiente. Me acerqué hasta ella, que permanecía plantada en el quicio de la puerta y, sin volver la cabeza, la acompañé de nuevo a la cama. No volvió a hacer preguntas.

El nuevo equipo de la editorial era mínimo, así que, a la mañana siguiente, en aquella enorme y bulliciosa librería del centro donde se presentaba por fin la nueva novela, Adriana trabajaba con el entusiasmo y la eficacia de las primeras veces. La mujer orquesta. Teníamos buena audiencia y yo estaba dispuesto. Adriana, como siempre, hizo una breve introducción, generosa en fe y afectos, y enseguida me brindó la palabra. Aplausos. Silencio. Los miré a todos durante unos segundos. Ojos alerta y dispuestos. Familiaridad y anhelo de entretenimiento. Me gustó disfrutar de un breve instante de esa calma previa y cómplice. Los seres ante la dulce espera de un deseado intercambio. Les ofrecía una sonrisa ligera y muchos rostros me la devolvían.

Me disponía a hablar cuando algo me confundió y nubló por un instante mis intenciones. A través de la cristalera de la librería, en la calle, de pie y mirándome, pude ver a mi madre camarera. Un plano manchado por el resto de los viandantes que se cruzaban con ella, ajenos. El intento de adivinar en su expresión cuáles eran ahora sus pretensiones secuestró completamente mi atención: la madre admirada, la madre agradecida, la madre decepcionada, la madre rencorosa, la madre vengativa... No existían datos suficientes en su mirada para conseguir dilucidarlo. Me dejaba a mí toda la responsabilidad, me obligaba a buscar a solas la redención, a hacer el camino completo en solitario. Inquieto, volví un segundo a mis papeles intentando retomar la labor de presentación y, confuso ya del todo, otra vez a la cristalera para suplicarle una opinión, un juicio. Pero la madre ya no estaba. La busqué entonces en el interior de la librería, perdida entre la audiencia. Había muchas mujeres, de todas las edades, pero ninguna era ya la madre. No la volví a ver. Llegó entonces a mi retina el breve inserto del cuerpo encogido y cubierto con una sábana en aquel húmedo depósito. Fueron segundos eternos en los que permanecí mudo, en blanco. La audiencia ya no sonreía, les había dado tiempo suficiente para empezar a hacerse preguntas. Adriana, entonces, me habló con la mirada, reprobación y autoridad. Un breve gesto con la mano que me indicaba que arrancase, como una madre imprevista. Obedecí, claro. Empecé a hablar y todos escucharon.

—Había preparado unas palabras pero ahora he dejado de encontrarlas útiles. Ni siquiera las recuerdo ya del todo. Si les parece voy a leerles un poco.

Abrí un ejemplar de la novela y comencé, automático y sereno, a leer estas primeras páginas:

Capítulo 1:

Llevaba ya más de dos años sin escribir. Casi ni siquiera fantaseaba con hacerlo. Me había dedicado un tiempo, demasiado, a esa pequeña literatura oral que nos convierte en charlatanes de fiestas, sobreactuados de red social, manipuladores de las palabras en favor de un goce no siempre de ida y vuelta. Un intenso palabritas, sobrado y elucubrador. Un pesado a evitar, soportable solo a ratos.

Siempre conseguía eludir el papel. No quería bajar al sótano, aterrado ante el sonido que de allí me llegaba. No era un sonido, era un terrible olor que a duras penas conseguía disfrazar, un hedor sonoro como un grito podrido.

Pensaba a menudo que era cuestión de tiempo, de rachas, periodos de observación y reflexión, de etapas de llenado. Acumulando sin discriminar, como si todo fuese información, como si todo me sirviese alguna vez para algo en mi Diógenes absoluto. Amontonando vivencias apestosas, situaciones y miradas como bolsas de basura apiladas en los pasillos... Me castigaba y me toleraba al mismo tiempo. Siempre supe hacerlo, combinar indulgencia y autorreproche, mi cóctel favorito.

Pero en cada uno de aquellos días había siempre un momento para la decisión y la audacia, así me convencía de que estaba intentando remediarlo, de que arrancararía con la escritura por fin partiendo de cualquiera de las innumerables ideas que diariamente hacían en mí el camino de entrada y salida. Cualquiera de ellas, incluso la peor de todas. La satisfacción estaba solo en pensarlo: un goce neurótico, una fantasía analgésica y paralizante.

El cuerpo obedece con automática ferocidad y busca caminos para nuestros más titubeantes requerimientos, casi siempre en contra de nosotros mismos. El cuerpo gobierna y, atendiendo a ese deseo de volver a escribir, realizó algunos movimientos, intentando ponerle remedio de la única manera que sabía: haciendo más ruido aún, rompiéndolo todo y poniéndome en jaque.

Así, una noche en la que el olor estaba a punto de asfixiarme, mi cuerpo abrió las ventanas de par en par; y allí estaba él, husmeando, merodeando. Y yo, claro, lo dejé entrar.

Aún confundo el momento exacto en que entró en mi vida, pero está intacto el retrato mental que me hice de él. Era un torpe, un ambicioso, el muchacho sordo y mudo que tenía todos los nombres y ninguno. Ese idiota innecesario al que invitaría al festín con mi desdén de vampiro amateur y mi exceso de falso enamorado de la vida sin decirle que él era la única vianda.

Lo había visto ya antes, a distancia, y sabía lo que estaba haciendo. No eran, ni por asomo, pasos inocentes los suyos, pero los míos tampoco.

Comencé con algunas frases tontas y él respondió con algún cuestionable halago. Luego, un gesto suyo de prematuro desinterés fue decisivo para que afilase mis colmillos y me tirase en barrena a por él a una velocidad vertiginosa y cómica a un tiempo.

Se llamaba Víctor, como siempre humilde y pretencioso como el charol embarrado de un zapato que no está hecho para caminar y que sin embargo lleva ya el cuentakilómetros al límite. Podría completar la descripción pero lo cierto es que el dibujo a trazo gordo del idiota interesado saltaba de él a mí como las pulgas... Y nos fundíamos, o mejor, nos confundíamos, mezclándose nuestros rasgos de origen antagónicos hasta el mimetismo absoluto, como en esos videoclips con morphing de los noventa. Así, a veces yo era él y otras él era yo, a veces moría de pena por él y otras me lamentaba de mí mismo. En cuanto a él, también a veces le ocurría todo, pero casi siempre nada.

Podría dedicar más tiempo a describir con detalle todos los episodios de esta breve relación que venía a colmar el vaso, a provocar un equilibrio a través de un gran desastre, a cambiar las cosas quizá o a desmontarlas definitivamente para que nada se moviese. Podría contarle, disfrazando hábilmente las obviedades, porque tengo cada instante de aquellos escasos dos meses minuciosamente elaborado y, por supuesto, reinventado: cuando el idiota se hizo listo, cuando yo me volví idiota, cuando manipulé triunfante, cuando me dieron la vuelta, cuando creí amar, cuando jugué sin piedad, cuando creyó amar él, cuando me despreció, cuando se sintió despreciado, cuando nos reímos todos de él, cuando él se rio el último...

Pero definitivamente esto no es una canción de amor, hablamos del egoísmo y sus excelencias, así que el relato exige a gritos una elipsis.

Se trataba de un asunto de dos tan intenso como común, tan brillante como repetido, de tal manera que todo el que fuese ajeno a aquella borrachera emocional, es decir, todo el mundo excepto yo, lo encontraría, sin duda, eludible, inútil, soporífero y no pasaría de estas primeras páginas. Malos tiempos para cuentos de amor con el único y endeble fin de emocionar, para historias esperanzadoras que no han sido desvirgadas por venenosos puntos de giro, para páginas y páginas de dulce retrato preñado de eficaz empatía pero sin cargas de dinamita ocultas tras cada punto y aparte. Nada de eso. Voy a ir a lo que considero sin duda el verdadero arranque de la cuestión. Daré un salto mortal para situarme directamente en el momento en que maté a Víctor. Aquella imborrable noche en la que destrocé a ese muchacho de tal modo que no lo reconoció ni su madre.

Sobre el autor

Félix Sabroso Cruz (1965) ha estrenado con éxito entre España y Latinoamérica más de una docena de textos teatrales, tres de los cuales han sido publicados. También ha dirigido y escrito junto a la cineasta Dunia Ayaso las películas *Perdona bonita pero Lucas me quería a mí*, *El grito en el cielo*, *Descongélate*, *Los años desnudos* y *La isla Interior*. Además es guionista de numerosos formatos televisivos. *El tiempo de los monstruos*, su nueva película, está pendiente de estreno. *En la piscina vacía* es su primera novela.

Twitter: [@FelixSabroso](https://twitter.com/FelixSabroso)

Facebook: [FelixSabroso](https://www.facebook.com/FelixSabroso)

Instagram: [FelixSabroso](https://www.instagram.com/FelixSabroso)

© 2015, Félix Sabroso
© 2015, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-8365-843-7

Poema 670 de Emily Dickinson, perteneciente a la obra Poemas, selección y traducción de Silvina Ocampo, Tusquets Editores, Buenos Aires 2011.
© Tusquets Editores, 1985, para la traducción, la selección y el prólogo de esta edición.
© De la traducción: Silvina Ocampo, 1985.

© 2015, Montse Martín, por el diseño de cubierta
Conversión ebook: Arca Edinet S. L.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial